



William Shakespeare

Coriolano

E LEJANDRIA



William Shakespeare

Coriolano

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

CORIOLOANO

WILLIAM SHAKESPEARE

PUBLICADO: 1623
FUENTE: WWW.GUTENBERG.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

Coriolano

1. [Personajes](#)
2. [Acto I. Escena I. Roma. Una calle](#)
3. [Acto I. Escena II. Corioles. La Casa del Senado](#)
4. [Acto I. Escena III. Roma. Una estancia en casa de Marcio](#)
5. [Acto I. Escena IV. Ante Corioles](#)
6. [Acto I. Escena V. Dentro de Corioles. Una calle](#)
7. [Acto I. Escena VI. Cerca del campamento de Cominio](#)
8. [Acto I. Escena VII. Las puertas de Corioles](#)
9. [Acto I. Escena VIII. Un campo de batalla entre los campamentos romano y volsco](#)
10. [Acto I. Escena IX. El campamento romano](#)
11. [Acto I. Escena X. El campamento de los volscos](#)
12. [Acto II. Escena I. Roma. Un lugar público](#)
13. [Acto II. Escena II. Roma. El Capitolio](#)
14. [Acto II. Escena III. Roma. El Foro](#)
15. [Acto III. Escena I. Roma. Una calle](#)
16. [Acto III. Escena II. Roma. Una habitación en casa de Coriolano](#)
17. [Acto III. Escena III. Roma. El Foro](#)
18. [Acto IV. Escena I. Roma. Ante una puerta de la ciudad](#)
19. [Acto IV. Escena II. Roma. Una calle cerca de la puerta](#)
20. [Acto IV. Escena III. Un camino entre Roma y Ancio](#)
21. [Acto IV. Escena IV. Ancio. Ante la casa de Aufidio](#)
22. [Acto IV. Escena V. Ancio. Una sala en casa de Aufidio](#)
23. [Acto IV. Escena VI. Roma. Un lugar público](#)
24. [Acto IV. Escena VII. Un campamento a poca distancia de Roma](#)
25. [Acto V. Escena I. Roma. Un lugar público](#)
26. [Acto V. Escena II. Un puesto avanzado del campamento volsco ante Roma](#)
27. [Acto V. Escena III. La tienda de Coriolano](#)
28. [Acto V. Escena IV. Roma. Un lugar público](#)
29. [Acto V. Escena V. Roma. Una calle cerca de la puerta](#)
30. [Acto V. Escena VI. Ancio. Un lugar público](#)

PERSONAJES

CAYO MARCIO CORIOLANO, noble romano. VOLUMNIA, su madre. VIRGILIA, su esposa. EL JOVEN MARCIO, su hijo. VALERIA, amiga de Volumnia y de Virgilia. UNA DAMA DE COMPAÑÍA, criada de Volumnia.

MENENIO AGRIPA, amigo de Coriolano. COMINIO, general contra los volscos. TITO LARCIO, general contra los volscos. SICINIO VELUTO, tribuno del pueblo. JUNIO BRUTO, tribuno del pueblo. UN HERALDO ROMANO.

TULO AUFIDIO, general de los volscos. SU LUGARTENIENTE. CONSPIRADORES CON AUFIDIO. UN CIUDADANO DE ANCIO. DOS GUARDIAS VOLSCOS.

Senadores romanos y volscos, patricios, ediles, lictores, soldados, ciudadanos, mensajeros, criados de Aufidio y otros acompañantes.

La acción transcurre en parte en Roma y en parte en los territorios de los volscos y los anciantes.

ACTO I

ESCENA I

ROMA. UNA CALLE

Entra una compañía de ciudadanos amotinados, con palos, cachiporras y otras armas.

PRIMER CIUDADANO. Antes de seguir adelante, escuchadme.

TODOS. ¡Habla, habla!

PRIMER CIUDADANO. ¿Estáis todos resueltos a morir antes que a padecer hambre?

TODOS. ¡Resueltos, resueltos!

PRIMER CIUDADANO. Primero, sabéis que Cayo Marcio es el principal enemigo del pueblo.

TODOS. ¡Lo sabemos, lo sabemos!

PRIMER CIUDADANO. Matémosle, y tendremos grano al precio que nos plazca. ¿Es ese el veredicto?

TODOS. Basta ya de hablar; que se haga. ¡Vamos, vamos!

SEGUNDO CIUDADANO. Una palabra, buenos ciudadanos.

PRIMER CIUDADANO. Se nos tiene por ciudadanos pobres, y por buenos a los patricios. Lo que sobra a la autoridad nos aliviaría a nosotros. Si nos cedieran tan solo la superfluidad mientras aún fuese sana, podríamos suponer que nos socorrían con humanidad. Pero nos tienen por demasiado caros. La flaqueza que nos aqueja, el objeto de nuestra miseria, es como un inventario que particulariza su abundancia; nuestro padecer es ganancia para ellos. Vengamos esto con nuestras picas antes de convertirnos en rastrillos; porque los dioses saben que hablo así por hambre de pan, no por sed de venganza.

SEGUNDO CIUDADANO. ¿Procederíais especialmente contra Cayo Marcio?

PRIMER CIUDADANO. Contra él primero. Es un verdadero perro para el común.

SEGUNDO CIUDADANO. ¿Consideráis los servicios que ha prestado a su patria?

PRIMER CIUDADANO. Muy bien, y de buena gana le daría por ello buena fama, si no fuera porque se paga a sí mismo con su orgullo.

SEGUNDO CIUDADANO. No, pero no habléis con malicia.

PRIMER CIUDADANO. Os digo que lo que hizo famosamente lo hizo con ese fin. Aunque los de conciencia blanda puedan contentarse con decir que fue por su patria, lo hizo por complacer a su madre y en parte por orgullo, que lo tiene, y hasta la cumbre de su virtud.

SEGUNDO CIUDADANO. Lo que no puede evitar por naturaleza, vos lo tenéis por vicio en él. No debéis en modo alguno decir que es codicioso.

PRIMER CIUDADANO. Si no debo, no me faltarán acusaciones que hacerle. Tiene faltas de sobra para cansarse de repetirlas. [*Voces dentro.*] ¿Qué gritos son esos? El otro lado de la ciudad se ha levantado. ¿Por qué nos quedamos aquí parloteando? ¡Al Capitolio!

TODOS. ¡Vamos, vamos!

Entra Menenio Agripa.

PRIMER CIUDADANO. Alto, ¿quién viene ahí?

SEGUNDO CIUDADANO. El digno Menenio Agripa, que siempre ha amado al pueblo.

PRIMER CIUDADANO. Es hombre bastante honrado. ¡Ojalá lo fueran todos los demás!

MENENIO. ¿Qué empresa traéis entre manos, paisanos míos? ¿Adónde vais con palos y cachiporras? ¿Qué ocurre? Hablad, os lo ruego.

PRIMER CIUDADANO. Nuestro propósito no es desconocido para el Senado. Hace quince días que tienen barruntos de lo que pensamos hacer, y ahora se lo demostraremos con hechos. Dicen que los suplicantes pobres tienen aliento fuerte; pues sabrán que también tenemos brazos fuertes.

MENENIO. Vamos, señores, buenos amigos míos, honrados vecinos, ¿vais a perderos vosotros mismos?

PRIMER CIUDADANO. No podemos, señor; ya estamos perdidos.

MENENIO. Os digo, amigos, que los patricios sienten por vosotros el más caritativo cuidado. Por vuestras carencias, por vuestro padecer en esta escasez, tanto valdría que golpearais el cielo con vuestros palos como que los alcéis contra el Estado romano, cuyo curso seguirá el camino que ha tomado, quebrando diez mil trabas de eslabón más fuerte de lo que jamás podrá mostrar vuestro estorbo. En cuanto a la escasez, los dioses la hacen, no los patricios, y vuestras rodillas ante ellos, no vuestros brazos, deben ayudaros. ¡Ay!, os deja llevar la calamidad allí donde os aguarda más, y calumniáis a los timoneles del Estado, que velan por vosotros como padres, cuando los maldecís como a enemigos.

PRIMER CIUDADANO. ¿Que velan por nosotros? ¡Cierto, en verdad! Nunca han velado por nosotros. Nos dejan morir de hambre, mientras sus almacenes rebosan de grano; dictan edictos de usura para sostener a los usureros; derogan a diario cualquier ley

saludable dictada contra los ricos, y promulgan cada día estatutos más hirientes para encadenar y contener a los pobres. Si las guerras no acaban con nosotros, lo harán ellos; y ese es todo el amor que nos tienen.

MENENIO. O habéis de confesaros prodigiosamente maliciosos, o se os ha de acusar de necedad. Voy a contaros un lindo cuento. Puede que ya lo hayáis oído, pero, ya que sirve a mi propósito, me arriesgaré a repetirlo una vez más.

PRIMER CIUDADANO. Bien, lo escucharé, señor; mas no penséis que vais a paliar nuestra desgracia con un cuento. Pero, si os place, proseguid.

MENENIO. Hubo un tiempo en que todos los miembros del cuerpo se rebelaron contra el vientre, y así lo acusaban: que él solo, como un abismo, permanecía en medio del cuerpo, ocioso e inactivo, siempre almacenando el sustento, sin llevar jamás una labor igual a la de los demás, mientras los otros instrumentos veían y oían, discurrían, instruían, andaban, sentían, y, participando mutuamente, atendían al apetito y afecto comunes de todo el cuerpo. El vientre respondió...

PRIMER CIUDADANO. Bien, señor, ¿qué respuesta dio el vientre?

MENENIO. Señor, os lo diré. Con una especie de sonrisa, que no venía de los pulmones, sino así —pues, mirad, puedo hacer que el vientre sonría igual que puedo hacerle hablar—, replicó con sorna a los miembros descontentos, a las partes amotinadas que envidiaban su recibo; y con no menos tino que vosotros denigráis a nuestros senadores porque no son como vosotros.

PRIMER CIUDADANO. La respuesta del vientre, ¿cuál fue? La cabeza coronada y regia, el ojo vigilante, el corazón consejero, el brazo nuestro soldado, la pierna nuestro corcel, la lengua nuestra trompeta, con otras piezas y ayudas menores, ¿es esta nuestra fábrica, si ellos...

MENENIO. ¿Qué entonces? Por mi vida, este mozo sabe hablar. ¿Qué entonces? ¿Qué entonces?

PRIMER CIUDADANO. Habían de ser reprimidos por el vientre cormorán, que es el sumidero del cuerpo...

MENENIO. Bien, ¿qué entonces?

PRIMER CIUDADANO. Si los antiguos agentes se quejaban, ¿qué podría responder el vientre?

MENENIO. Os lo diré si me otorgáis un poco —de lo que tan poco tenéis— de paciencia; oiréis la respuesta del vientre.

PRIMER CIUDADANO. Tardáis mucho en ello.

MENENIO. Notad esto, buen amigo: vuestro grave vientre era deliberado, no precipitado como sus acusadores, y así respondió: «Cierto es, amigos incorporados míos», dijo, «que yo recibo primero el alimento general del que vosotros vivís; y es justo, porque soy el almacén y la tienda de todo el cuerpo. Pero, si recordáis, lo envío por los ríos de vuestra sangre hasta la corte misma, el corazón, hasta el trono del cerebro; y, a través de los recovecos y oficios del hombre, los nervios más fuertes y las venas menores e inferiores reciben de mí esa competencia natural con que viven. Y aunque todos a la vez, vosotros, buenos amigos míos» —esto dice el vientre, notadlo bien...

PRIMER CIUDADANO. Sí, señor, bien, bien.

MENENIO. «Aunque todos a la vez no podáis ver lo que reparto a cada cual, con todo puedo llevar mis cuentas de modo que todos, de mí, recibáis de vuelta la flor de todo, y a mí no me dejéis sino el salvado». ¿Qué decís a esto?

PRIMER CIUDADANO. Fue una respuesta. ¿Cómo la aplicáis?

MENENIO. Los senadores de Roma son este buen vientre, y vosotros los miembros amotinados. Pues examinad sus consejos y sus cuidados, digerid rectamente las cosas que atañen al bien común, y hallaréis que ningún beneficio público recibís que no proceda o venga de ellos a vosotros, y en modo alguno de vosotros mismos. ¿Qué decís vos, dedo gordo de esta asamblea?

PRIMER CIUDADANO. ¿Yo, el dedo gordo? ¿Por qué el dedo gordo?

MENENIO. Porque, siendo de los más bajos, más viles, más pobres de esta sapientísima rebelión, vas tú el primero. Bribón, que eres el peor en sangre para correr, marchas el primero para ganar alguna ventaja. Pero preparad vuestros duros palos y cachiporras. Roma y sus ratas están a punto de batalla; uno de los bandos ha de padecer la ruina.

Entra Cayo Marcio.

MENENIO. ¡Salve, noble Marcio!

MARCIO. Gracias. ¿Qué ocurre, bribones sediciosos, que, rascando la pobre sarna de vuestra opinión, os convertís en costras?

PRIMER CIUDADANO. Siempre hemos tenido vuestra buena palabra.

MARCIO. Quien os dé buenas palabras os adulará por debajo del desprecio. ¿Qué queréis, perros, vosotros que no os place ni la paz ni la guerra? La una os espanta; la otra os envanece. Quien confía en vosotros, donde debiera hallar leones, halla liebres; donde zorros, gansos. No sois más seguros, no, que el carbón encendido sobre el hielo o el granizo al sol. Vuestra virtud consiste en ensalzar a quien su delito somete, y en maldecir la justicia que lo hizo. Quien merece grandeza merece vuestro odio; y vuestros afectos son el apetito de un enfermo, que más desea aquello que ha de agravar su mal. Quien depende de vuestro favor nada con aletas de plomo, y tala robles con juncos. ¡Que os cuelguen! ¿Confiar en vosotros? A cada minuto cambiáis de parecer, y llamáis noble a quien hace un instante era vuestro odio, y vil a quien era vuestra guirnalda. ¿Qué ocurre, que en estos distintos rincones de la ciudad clamáis contra el noble senado, que, bajo los dioses, os mantiene a raya, sin lo cual os devoraríais los unos a los otros? ¿Qué es lo que buscan?

MENENIO. Grano a su propio precio, del cual dicen que la ciudad está bien provista.

MARCIO. ¡Que los cuelguen! ¿Dicen? Se sientan junto al fuego y presumen de saber lo que se hace en el Capitolio, quién ha de encumbrarse, quién prospera y quién declina; toman partido en las facciones y propalan conjeturados matrimonios, fortaleciendo bandos y debilitando a los que no están a su gusto por debajo de sus zapatos remendados. ¿Dicen que hay grano de sobra? Si la nobleza dejara a un lado su compasión y me dejara usar mi espada, haría con estos miles de esclavos descuartizados una pila tan alta como pudiera alcanzar mi lanza.

MENENIO. No, estos están ya casi del todo persuadidos; pues, aunque les falta discreción en abundancia, son sobradamente cobardes. Pero os lo ruego, ¿qué dice la otra tropa?

MARCIO. Se han disuelto. ¡Que los cuelguen! Decían que estaban hambrientos, suspiraban refranes de que el hambre derriba muros de piedra, que los perros han de comer, que la carne se hizo para las bocas, que los dioses no enviaron grano solo para los ricos. Con estos jirones desahogaban sus quejas, y, respondidas y concedida una petición —extraña, por cierto, capaz de quebrar el corazón de la generosidad y hacer palidecer al poder osado—, arrojaron sus gorros como si fueran a colgarlos de los cuernos de la luna, vitoreando su propio triunfo.

MENENIO. ¿Qué se les ha concedido?

MARCIO. Cinco tribunos que defiendan su vulgar sabiduría, de su propia elección. Uno es Junio Bruto, Sicinio Veluto, y no sé quién más. ¡Por la muerte! Antes debiera la chusma haber descubierto la ciudad entera que haberlo así logrado conmigo. Con el tiempo, esto ganará terreno sobre el poder y hará brotar mayores materias para el argumento de la insurrección.

MENENIO. Esto es extraño.

MARCIO. Idos a casa, despojos.

Entra apresuradamente un mensajero.

MENSAJERO. ¿Dónde está Cayo Marcio?

MARCIO. Aquí. ¿Qué ocurre?

MENSAJERO. Las nuevas son, señor, que los volscos están en armas.

MARCIO. Me alegro de ello. Así tendremos medio de dar salida a nuestra rancia superfluidad.

Entran Sicinio Veluto, Junio Bruto, dos tribunos; Cominio, Tito Larcio con otros senadores.

MARCIO. Mirad, nuestros mejores ancianos.

PRIMER SENADOR. Marcio, es cierto lo que nos habéis dicho hace poco: los volscos están en armas.

MARCIO. Tienen un caudillo, Tulo Aufidio, que os ha de dar trabajo. Peco al envidiar su nobleza, y, si yo fuera otra cosa que lo que soy, desearía ser él solo.

COMINIO. Habéis luchado juntos.

MARCIO. Aunque medio mundo se enfrentara con el otro medio y él estuviera de mi parte, me pasaría al otro bando, solo por hacer mi guerra contra él. Es un león al que me enorgullece dar caza.

PRIMER SENADOR. Entonces, digno Marcio, acompañad a Cominio a esta guerra.

COMINIO. Es vuestra antigua promesa.

MARCIO. Señor, lo es, y soy constante. Tito Larcio, tú me verás una vez más golpear el rostro de Tulo. ¿Qué, estás rígido? ¿Te quedas fuera?

TITO LARCIO. No, Cayo Marcio; antes apoyarme en una muleta y luchar con la otra mano que quedarme atrás en este empeño.

MENENIO. ¡Oh, de buena casta!

PRIMER SENADOR. Acompañadnos al Capitolio, donde sé que nos aguardan nuestros mejores amigos.

TITO LARCIO. Guiad vos. Seguid a Cominio. Nosotros os seguiremos a vos; bien merecida tenéis la primacía.

COMINIO. Noble Marcio.

PRIMER SENADOR. [*A los ciudadanos.*] Idos ya a vuestras casas, marchaos.

MARCIO. No, dejad que nos sigan. Los volscos tienen mucho grano; llevemos allá a estas ratas a roer sus graneros. Dignos amotinados, vuestro valor se despliega bien. Os ruego que sigáis.

[*Salen. Quedan Sicinio y Bruto.*]

SICINIO. ¿Hubo jamás hombre tan orgulloso como este Marcio?

BRUTO. No tiene igual.

SICINIO. Cuando nos eligieron tribunos del pueblo...

BRUTO. ¿Reparasteis en su labio y en sus ojos?

SICINIO. No, pero sí en sus burlas.

BRUTO. Cuando se enoja, no se priva de escarnecer a los dioses.

SICINIO. De mofarse de la modesta luna.

BRUTO. ¡Que la guerra presente lo devore! Se ha vuelto demasiado orgulloso para ser tan valeroso.

SICINIO. Una naturaleza así, halagada por el buen éxito, desdeña la sombra que pisa al mediodía. Pero me maravilla que su insolencia soporte ser mandado por Cominio.

BRUTO. La fama a que aspira, en la cual ya está bien favorecido, no puede sostenerse ni alcanzarse mejor que en un puesto por debajo del primero; pues lo que salga mal será culpa del general, aunque él actúe hasta el límite de un hombre, y el juicio veleidoso clamará entonces sobre Marcio: «¡Ah, si él hubiera llevado el asunto!».

SICINIO. Además, si las cosas van bien, la opinión que tan pegada está a Marcio robará a Cominio sus propios méritos.

BRUTO. Vamos. La mitad de todos los honores de Cominio son para Marcio, aunque Marcio no los haya ganado, y todas sus faltas serán honores para Marcio, aunque en verdad nada de ello merezca.

SICINIO. Vayámonos y oigamos cómo se dispone la partida, y de qué modo, más allá de su singular figura, marcha él a esta presente empresa.

BRUTO. Vamos allá.

[*Salen.*]

ACTO I

ESCENA II

CORIOLES. LA CASA DEL SENADO

Entra Tulo Aufidio con senadores de Corioles.

PRIMER SENADOR. Así pues, vuestra opinión, Aufidio, es que los de Roma se han introducido en nuestros consejos y saben cómo procedemos.

AUFIDIO. ¿No es la vuestra la misma? ¿Qué se ha pensado jamás en este Estado que pudiera llevarse a acto corporal sin que Roma se anticipara? No hace ni cuatro días que tuve noticias de allí. Estas son las palabras —creo que tengo aquí la carta. Sí, aquí está. [*Lee.*] *Han reclutado una fuerza, mas no se sabe si para el este o para el oeste. La escasez es grande. El pueblo, amotinado; y se rumorea que Cominio, Marcio, vuestro viejo enemigo, que es en Roma más odiado que por vosotros, y Tito Larcio, romano muy valeroso, estos tres capitanean este aprestamiento, sea cual sea su destino. Lo más probable es que vaya contra vosotros. Considerad esto.*

PRIMER SENADOR. Nuestro ejército está en campaña. Nunca dudamos de que Roma estuviera pronta a respondernos.

AUFIDIO. Ni pensasteis vosotros que fuera necesidad mantener velados vuestros grandes propósitos hasta que forzosamente hubieran de mostrarse, lo cual, en el momento de incubarse, parece que ya se descubrió a Roma. Con este descubrimiento, veremos acertado nuestro designio, que era tomar muchas plazas antes de que Roma supiera casi que estábamos en marcha.

SEGUNDO SENADOR. Noble Aufidio, tomad vuestra comisión y acudid a vuestras huestes. Dejados a nosotros la guarda de Corioles. Si nos ponen sitio, para el socorro traed vuestro ejército. Pero creo que hallaréis que no se han preparado contra nosotros.

AUFIDIO. Oh, no lo dudéis; hablo con certeza. Y más aún: algunas partidas de su fuerza ya están en marcha, y solo hacia aquí. Dejo a vuestras señorías. Si Cayo Marcio y yo llegamos a encontrarnos, está jurado entre nosotros que hemos de combatir sin tregua hasta que uno de los dos no pueda más.

TODOS. ¡Los dioses os asistan!

AUFIDIO. ¡Y guarden a vuestras señorías!

PRIMER SENADOR. Adiós.

SEGUNDO SENADOR. Adiós.

TODOS. Adiós.

[*Salen.*]

ACTO I

ESCENA III

ROMA. UNA ESTANCIA EN CASA DE MARCIO

Entran Volumnia y Virgilia, madre y esposa de Marcio. Se sientan en dos taburetes bajos y cosen.

VOLUMNIA. Os ruego, hija, que cantéis, o que os mostréis de manera más consoladora. Si mi hijo fuera mi esposo, me regocijaría con más libertad en esa ausencia en que ganó honor que en los abrazos de su lecho, donde más amor mostraría. Cuando aún era de cuerpo tierno y el único hijo de mi vientre, cuando su juventud, con su gallardía, atraía todas las miradas hacia él, cuando por todo un día de súplicas de reyes una madre no debiera venderle una hora de su contemplación, yo, considerando cuánto convendría el honor a una persona así —que no era mejor que un cuadro colgado de la pared, si la fama no lo hacía moverse—, tuve a bien dejarle buscar el peligro allí donde era más probable que hallase gloria. Lo envié a una guerra cruel, de la que volvió con las sienes ceñidas de roble. Te digo, hija, que no salté más de gozo al oír por vez primera que era varón, que ahora al ver por vez primera que se ha probado hombre.

VIRGILIA. Pero si hubiera muerto en la empresa, señora, ¿qué entonces?

VOLUMNIA. Entonces su buena fama habría sido mi hijo; en ella hubiera hallado descendencia. Escuchadme profesar con sinceridad: si tuviera una docena de hijos, todos igualmente amados por mí y ninguno menos querido que el tuyo y mi buen Marcio, preferiría que once murieran noblemente por su patria antes que uno se hartase voluptuosamente fuera de la acción.

Entra una dama de compañía.

DAMA. Señora, la dama Valeria ha venido a visitaros.

VIRGILIA. Os ruego que me deis licencia para retirarme.

VOLUMNIA. Ciertamente no lo haréis. Me parece oír desde aquí el tambor de vuestro esposo, verle arrastrar a Aufidio por los cabellos; como niños huyendo de un oso, así los volscos rehúyen de él. Me parece verle así, dando patadas y gritando así: «¡Vamos, cobardes! Os engendraron en el miedo, aunque nacisteis en Roma». Y luego, limpiándose con su mano enguantada de hierro la frente ensangrentada, sale como el segador a quien se le ha encomendado segar todo o perder su jornal.

VIRGILIA. ¿Su frente ensangrentada? ¡Oh, Júpiter, no, sangre no!

VOLUMNIA. ¡Fuera, necia! Sienta mejor a un hombre que el oro a su trofeo. Los pechos de Hécuba, cuando amamantaba a Héctor, no se veían más hermosos que la frente de Héctor cuando escupía sangre ante la espada griega, con desdén. Decid a Valeria que estamos dispuestas a darle la bienvenida.

[Sale la dama de compañía.]

VIRGILIA. ¡Que el cielo guarde a mi señor del feroz Aufidio!

VOLUMNIA. Él batirá la cabeza de Aufidio por debajo de su rodilla y le pisará el cuello.

Entra Valeria con un ujier y una dama de compañía.

VALERIA. Mis dos señoras, buenos días os dé Dios.

VOLUMNIA. Dulce señora.

VIRGILIA. Me alegro de veros, señoría.

VALERIA. ¿Cómo estáis las dos? Sois amas de casa consumadas. ¿Qué cosáis ahí? Una labor fina, a fe mía. ¿Cómo está vuestro pequeño hijo?

VIRGILIA. Os lo agradezco, señoría; bien, buena señora.

VOLUMNIA. Prefiere con mucho ver espadas y oír un tambor que mirar a su maestro de escuela.

VALERIA. ¡Por mi palabra, hijo de su padre! Juraría que es un niño hermosísimo. A fe mía, lo estuve mirando el miércoles media hora seguida. Tiene un semblante tan resuelto. Lo vi correr tras una mariposa dorada, y cuando la atrapó, la soltó de nuevo, y volvió tras ella otra vez, y así una y otra vez, y volvía a levantarse, y volvió a atraparla. Y, ya fuera que la caída lo enfureciese o no sé qué, apretó así los dientes y la despedazó. ¡Oh, os aseguro cómo la hizo trizas!

VOLUMNIA. Es un antojo de los de su padre.

VALERIA. En verdad, es un niño noble.

VIRGILIA. Un trasto, señora.

VALERIA. Vamos, dejad a un lado vuestra labor de aguja. Quiero que juguéis a la ociosa ama de casa conmigo esta tarde.

VIRGILIA. No, buena señora, no saldré de casa.

VALERIA. ¿No saldréis de casa?

VOLUMNIA. Saldrá, saldrá.

VIRGILIA. En verdad, no, con vuestro perdón. No cruzaré el umbral hasta que mi señor vuelva de la guerra.

VALERIA. Vamos, os confináis sin razón alguna. Venid, habéis de visitar a la buena señora que está de parto.

VIRGILIA. Le desearé pronta recuperación y la visitaré con mis oraciones, mas no puedo ir allá.

VOLUMNIA. ¿Por qué, os lo ruego?

VIRGILIA. No es por ahorrarme la molestia, ni porque me falte cariño.

VALERIA. Seríais otra Penélope. Aunque dicen que todo el hilo que hiló durante la ausencia de Ulises no hizo sino llenar Ítaca de polillas. Venid, quisiera que vuestra batista fuera tan sensible como vuestro dedo, para que dejaraís de pincharla por lástima. Venid, vendréis con nosotras.

VIRGILIA. No, buena señora, perdonadme; en verdad, no saldré.

VALERIA. En verdad, venid conmigo, y os contaré excelentes nuevas de vuestro esposo.

VIRGILIA. Oh, buena señora, aún no puede haber ninguna.

VALERIA. De veras, no bromeo con vos. Anoche llegaron noticias de él.

VIRGILIA. ¡De veras, señora!

VALERIA. Es cierto, en serio. Oí decirlo a un senador. Es así: los volscos tienen un ejército en pie, contra el cual ha partido el general Cominio con una parte de nuestras fuerzas romanas. Vuestro esposo y Tito Larcio han puesto sitio a su ciudad de Corioles. No dudan en absoluto de vencer, y en hacer de ello guerra breve. Esto es cierto, por mi honor; así que, os lo ruego, venid con nosotras.

VIRGILIA. Disculpadme, buena señora. Os obedeceré en todo lo demás en adelante.

VOLUMNIA. Dejadla, señora. Tal como está, no haría sino turbar nuestro mejor humor.

VALERIA. A fe que lo creo. Quedad con Dios, entonces. Venid, buena y dulce señora. Te lo ruego, Virgilia, echa fuera de la puerta tu solemnidad, y ven con nosotras.

VIRGILIA. No, ni una palabra más, señora. En verdad, no debo. Os deseo mucho gozo.

VALERIA. Bien, entonces, adiós.

[*Salen.*]

ACTO I

ESCENA IV

ANTE CORIOLES

Entran Marcio y Tito Larcio, con tambor y estandartes, con capitanes y soldados, como ante la ciudad de Corioles. Se les acerca un mensajero.

MARCIO. Ahí llegan noticias. Apuesto a que se han encontrado.

LARCIO. Mi caballo contra el vuestro, a que no.

MARCIO. Trato hecho.

LARCIO. De acuerdo.

MARCIO. [*Al mensajero.*] Habla, ¿se ha encontrado nuestro general con el enemigo?

MENSAJERO. Están a la vista uno del otro, pero aún no han hablado.

LARCIO. Entonces el buen caballo es mío.

MARCIO. Os lo compraré.

LARCIO. No, ni lo venderé ni lo daré. Os lo prestaré por espacio de cincuenta años. Intimidad a la ciudad.

MARCIO. ¿A qué distancia están estos ejércitos?

MENSAJERO. A milla y media de aquí.

MARCIO. Entonces oiremos su toque de alarma, y ellos el nuestro. Ahora, Marte, te lo ruego, haznos prestos en la faena, para que con las espadas humeantes podamos marchar de aquí a socorrer a nuestros amigos en el campo. Vamos, sopla tu ráfaga.

[*Tocan a parlamento.*]

Entran dos senadores con otros sobre las murallas de Corioles.

MARCIO. ¿Está Tulo Aufidio dentro de vuestros muros?

PRIMER SENADOR. No, ni hombre alguno que os tema menos que él: eso es menos que poco. [*Tambor a lo lejos.*] Escuchad, nuestros tambores sacan a nuestra juventud. Antes derribaremos nuestros muros que dejarnos encerrar por ellos. Nuestras puertas, aunque parecen cerradas, solo están prendidas con juncos. Se abrirán por sí solas. [*Toque de alarma a lo lejos.*] ¡Escuchad, allá lejos! Ahí está Aufidio. Oíd la faena que hace entre vuestro ejército dividido.

MARCIO. ¡Oh, ya están en ello!

MARCIO. Que su estruendo sea nuestra instrucción. ¡Escalas, eh!

Entra el ejército de los volscos, como saliendo por las puertas de la ciudad.

MARCIO. No nos temen, sino que salen de su ciudad. Ahora, poned los escudos delante del corazón, y combatid con corazones de más temple que los escudos. Adelante, bravo Tito. Nos desdeñan mucho más allá de lo que pensábamos, lo cual me hace sudar de ira. ¡Vamos, compañeros! A quien retroceda lo tendré por volsco, y sentirá mi filo.

[*Toques de alarma. Los romanos son rechazados hasta sus trincheras. Salen, con los volscos persiguiéndolos.*]

Entra Marcio maldiciendo, con soldados romanos.

MARCIO. ¡Que todo el contagio del sur caiga sobre vosotros, vergüenzas de Roma! Rebaño de... ¡Que las llagas y las pestes os cubran, para que se os aborrezca más lejos de lo que se os ve, y que uno contagie a otro contra el viento a una milla de distancia! ¡Almas de ganso con forma de hombre, cómo habéis huido de esclavos a los que apalearían hasta los monos! ¡Plutón y el infierno! Todas las heridas por detrás. ¡Espaldas rojas y rostros pálidos de fuga y de miedo afiebrado! Enmendaos y cargad de frente, o, por los fuegos del cielo, dejaré al enemigo y haré mi guerra contra vosotros. Cuidado con ello. ¡Vamos! Si os mantenéis firmes los batiremos hasta sus propias mujeres, como ellos nos batieron a nosotros hasta nuestras trincheras. ¡Seguidme!

[Otro toque de alarma. Los volscos vuelven a entrar y son rechazados hasta las puertas de Corioles, que se abren para admitirlos.]

MARCIO. Así, ahora las puertas están abiertas. ¡Ahora, sedme buenos segundos! Es para los que siguen que la fortuna se ensancha, no para los que huyen. Miradme, y haced lo mismo.

[Marcio persigue a los volscos que huyen a través de las puertas, y queda encerrado dentro.]

PRIMER SOLDADO. Temeridad, yo no.

SEGUNDO SOLDADO. Ni yo.

PRIMER SOLDADO. Mirad, lo han encerrado dentro.

[Continúa el toque de alarma.]

TODOS. Al matadero, os lo aseguro.

Entra Tito Larcio.

LARCIO. ¿Qué ha sido de Marcio?

TODOS. Muerto, señor, sin duda.

PRIMER SOLDADO. Persiguiendo a los fugitivos pisándoles los talones, entró con ellos, quienes de repente cerraron de golpe sus puertas. Está él solo, para responder a toda la ciudad.

LARCIO. ¡Oh, noble mozo, que con su carne sensible aventaja a su espada insensible, y, cuando ella se dobla, tú te mantienes en pie! Nos has dejado, Marcio. Un carbunclo entero, tan grande como tú, no sería joya tan rica. Fuiste soldado hasta cumplir el deseo mismo de Catón, no solo fiero y terrible en tus golpes, sino que con tu torva mirada y el estruendo atronador de tus voces hiciste temblar a tus enemigos, como si el mundo entero estuviera afiebrado y tembloroso.

Entra Marcio, sangrando, acosado por el enemigo.

PRIMER SOLDADO. Mirad, señor.

LARCIO. ¡Oh, es Marcio! Saquémoslo de allí, o quedémonos igual que él.

[Combaten, y todos entran en la ciudad.]

ACTO I

ESCENA V

DENTRO DE CORIOLES. UNA CALLE

Entran algunos romanos, con botín.

PRIMER ROMANO. Esto me lo llevo a Roma.

SEGUNDO ROMANO. Y yo esto.

TERCER ROMANO. ¡Mala peste caiga en ello! Tomé esto por plata.

Entran Marcio y Tito Larcio con un trompeta.

MARCIO. Mirad a estos traperos que aprecian sus horas en menos que una dracma cascada. Cojines, cucharas de plomo, hierros de un cuarto, jubones que hasta los verdugos enterrarían con los que los llevaron puestos, estos viles esclavos, antes de que acabe el combate, cargan con el botín. ¡Abajo con ellos!

[Salen los romanos con el botín.]

[Continúa el toque de alarma a lo lejos.]

MARCIO. Y escuchad, ¡qué estruendo hace el general! ¡A él! Ahí está el hombre que odio con toda mi alma, Aufidio, atravesando a nuestros romanos. Así pues, valiente Tito, toma un número

conveniente de hombres para asegurar la ciudad, mientras yo, con los que tengan el ánimo, me apresuro a socorrer a Cominio.

LARCIO. Digno señor, sangras. Tu esfuerzo ha sido demasiado violento para un segundo asalto de combate.

MARCIO. Señor, no me alabéis. Mi faena aún no me ha calentado. Quedad con Dios. La sangre que derramo es más bien saludable que peligrosa para mí. Así me presentaré ante Aufidio, y así combatiré.

LARCIO. ¡Que ahora la hermosa diosa Fortuna se enamore profundamente de ti, y que sus grandes encantos extravíen las espadas de tus adversarios! Bravo caballero, ¡que la prosperidad sea tu paje!

MARCIO. Que te sea amiga a ti no menos que a aquellos a quienes coloca más alto. Así pues, adiós.

LARCIO. ¡Tú, dignísimo Marcio!

[Sale Marcio.]

LARCIO. Ve a tocar tu trompeta en la plaza. Llama allí a todos los oficiales de la ciudad, donde sabrán nuestra voluntad. ¡Vamos!

[Salen.]

ACTO I

ESCENA VI

CERCA DEL CAMPAMENTO DE COMINIO

Entra Cominio, como en retirada, con soldados.

COMINIO. Tomad aliento, amigos míos. ¡Bien combatido! Hemos salido de esto como romanos, sin necedad en nuestra resistencia ni cobardía en la retirada. Creedme, señores: seremos atacados de nuevo. Mientras combatíamos, por los intervalos y las ráfagas que nos traía el viento hemos oído las cargas de los nuestros. ¡Que los dioses de Roma guíen su fortuna como deseamos guiar la nuestra, para que, encontrándose nuestras dos huestes con semblante sonriente, os deban a vosotros un sacrificio de gracias!

Entra un mensajero.

¿Qué noticias traes?

MENSAJERO. Los ciudadanos de Corioles han salido y han dado batalla a Larcio y a Marcio. Vi a los nuestros arrollados hasta sus trincheras, y entonces me alejé.

COMINIO. Aunque digas la verdad, me parece que no la dices bien. ¿Cuánto hace de eso?

MENSAJERO. Más de una hora, mi señor.

COMINIO. No hay ni una milla de distancia; hace poco oímos sus tambores. ¿Cómo has podido perder una hora en una milla y traerme tan tarde tus noticias?

MENSAJERO. Espías de los volscos me dieron caza, y me obligaron a dar un rodeo de tres o cuatro millas; de no ser así, señor, os habría traído mi informe hace ya media hora.

[Sale el mensajero.]

Entra Marcio, ensangrentado.

COMINIO. ¿Quién viene allí, que parece despellejado? Oh dioses, tiene la traza de Marcio, y ya le he visto así otras veces.

MARCIO. ¿Llego demasiado tarde?

COMINIO. No distingue el pastor el trueno del tamboril mejor de lo que yo distingo la voz de Marcio entre la de cualquier hombre vulgar.

MARCIO. ¿Llego demasiado tarde?

COMINIO. Sí, si no venís cubierto con la sangre de otros, sino envuelto en la vuestra.

MARCIO. Oh, dejad que os abrace con brazos tan firmes como cuando os cortejaba, con el corazón tan alegre como el día en que concluyeron nuestras nupcias y ardían las velas camino del lecho.

COMINIO. Flor de los guerreros, ¿qué es de Tito Larcio?

MARCIO. Como un hombre ocupado en dictar decretos, condenando a unos a muerte y a otros al destierro, rescatando a éste o apiadándose de él, amenazando a aquél; sujeta a Corioles en nombre de Roma como quien tiene a un lebrel dócil atado a la trailla, para soltarlo cuando le plazca.

COMINIO. ¿Dónde está aquel miserable que me dijo que os habían rechazado hasta vuestras trincheras? ¿Dónde está? Llamadlo.

MARCIO. Dejadlo estar. Dijo la verdad. Pero en cuanto a nuestros caballeros, la tropa de a pie... ¡mala peste! ¡Tribunos para ellos!... nunca huyó tanto el ratón del gato como ellos se echaron atrás ante bellacos peores que ellos mismos.

COMINIO. Pero ¿cómo conseguisteis la victoria?

MARCIO. ¿Habrá tiempo para contarlo? No lo creo. ¿Dónde está el enemigo? ¿Sois dueños del campo? Si no lo sois, ¿por qué os detenéis hasta serlo?

COMINIO. Marcio, hemos combatido en desventaja, y nos retiramos para lograr mejor nuestro propósito.

MARCIO. ¿Cómo está dispuesta su hueste? ¿Sabéis en qué ala han situado a sus hombres de confianza?

COMINIO. Según supongo, Marcio, sus tropas de vanguardia son los ancianes, los de mayor confianza; al mando de ellos, Aufidio, el corazón mismo de su esperanza.

MARCIO. Os suplico, por todas las batallas en que hemos combatido, por la sangre que juntos hemos vertido, por los votos que hicimos de perdurar como amigos, que me pongáis frente a frente con Aufidio y sus ancianes, y que no demoréis el momento presente, sino que, llenando el aire de espadas en alto y de dardos, lo probemos en esta misma hora.

COMINIO. Aunque quisiera veros conducido a un baño reparador y que se os aplicaran bálsamos, jamás me atrevería a negaros lo que pedís. Escoged, entre los que mejor puedan ayudaros en vuestra empresa.

MARCIO. Sean los que estén más dispuestos. Si hay aquí alguno —dudarlo sería casi un pecado— que ame esta pintura con que me veis embadurnado; si alguno teme menos por su persona que por una mala fama; si alguno piensa que una muerte gloriosa vale más que una vida deshonorosa, y que su patria le es más cara que él mismo, que ése, o cuantos compartan tal disposición, lo manifieste así, blandiendo el arma, y siga a Marcio.

[Blande la espada.]

[Todos gritan, blanden las espadas, lo alzan en brazos y lanzan las gorras al aire.]

¡Oh, sólo a mí! ¿Hacéis de mí una espada? Si estas muestras no son fingidas, ¿cuál de vosotros no vale por cuatro volscos? Ninguno de vosotros deja de ser capaz de oponer al gran Aufidio un escudo tan firme como el suyo. A algunos, aunque a todos doy las gracias, he de escoger entre todos. Los demás llevarán a cabo la empresa en otro combate, según lo exija la ocasión. Tened a bien marchar, y pronto formaré mi tropa, escogiendo a los hombres mejor dispuestos.

COMINIO. Marchad, compañeros. Confirmad con hechos esta muestra, y compartiréis con nosotros todo el botín.

[Salen.]

ACTO I

ESCENA VII

LAS PUERTAS DE CORIOLES

Tito Larcio, tras haber dejado guarnición en Corioles, entra con tambor y trompeta, camino de Cominio y Cayo Marcio, acompañado de un lugarteniente, otros soldados y un explorador.

LARCIO. Bien, que se guarden las puertas. Cumplid vuestros deberes tal como los he dispuesto. Si mando aviso, enviad esas centurias en nuestra ayuda; las demás bastarán para una breve defensa. Si perdemos el campo, no podremos conservar la ciudad.

LUGARTENIENTE. No temáis por nuestro celo, señor.

LARCIO. Id, y cerrad las puertas tras nosotros. Ven, guía nuestro; condúcenos al campamento romano.

[Salen.]

Acto I

Escena VIII

UN CAMPO DE BATALLA ENTRE LOS CAMPAMENTOS ROMANO Y VOLSCO

Toque de alarma, como en batalla. Entran Marcio y Aufidio por puertas distintas.

MARCIO. No lucharé con nadie más que contigo, porque te odio más que a un hombre que quiebra su palabra.

AUFIDIO. Nos odiamos por igual. No hay en África serpiente que aborrezca tanto como tu fama y tu malicia. Afirma el pie.

MARCIO. Que el primero que ceda muera esclavo del otro, ¡y que los dioses lo condenen después!

AUFIDIO. Si huyo, Marcio, dame caza a gritos como a una liebre.

MARCIO. No hace tres horas, Tulo, que yo solo combatí dentro de los muros de tu Corioles, e hice cuanto estrago quise. No es mi sangre la que ves en mí a modo de máscara. Para tu venganza, tensa tus fuerzas hasta el límite.

AUFIDIO. Aunque fueras el Héctor que fue azote de vuestra jactanciosa progenie, no escaparías de mí aquí.

[Luchan, y algunos volscos acuden en ayuda de Aufidio.]

Serviciales y no valientes, me habéis avergonzado con vuestro apoyo indigno.

[Marcio combate hasta hacerlos retroceder sin aliento. Aufidio y Marcio salen por separado.]

ACTO I

ESCENA IX

EL CAMPAMENTO ROMANO

Toque de alarma. Suena la retirada. Fanfarria. Entran, por una puerta, Cominio con los romanos; por otra, Marcio, con el brazo en cabestrillo.

COMINIO. Si te refiriera de nuevo la obra de este día, no darías crédito a tus propias hazañas. Pero he de contarla donde los senadores mezclen las lágrimas con las sonrisas; donde los grandes patricios escuchen y se encojan de hombros, y al final se maravillen; donde las damas se estremezcan de espanto y, gustosamente temblorosas, pidan oír más; donde los torpes tribunos, que junto con los rancios plebeyos aborrecen tus honores, digan contra su propio corazón: «Damos gracias a los dioses de que nuestra Roma tenga un soldado así». Y, sin embargo, sólo has llegado tú a un bocado de este festín, habiendo ya comido de sobra antes.

Entra Tito Larcio con su tropa, de vuelta de la persecución.

LARCIO. Oh general, aquí está el corcel, nosotros somos los arreos. ¡Si hubieras visto—

MARCIO. Os ruego, basta ya. Mi madre, que tiene el privilegio de ensalzar su propia sangre, me apena cuando me alaba. He hecho lo que vosotros habéis hecho —eso es cuanto puedo—; movido como vosotros lo habéis sido, por mi patria. Quien no ha hecho sino cumplir su buena voluntad ha igualado ya mi hazaña.

COMINIO. No seréis la tumba de vuestro propio mérito. Roma ha de conocer el valor de lo suyo. Sería un ocultamiento peor que un robo, no menos que una calumnia, esconder vuestras hazañas y silenciar lo que, aun alabado hasta la cima y remate del elogio, parecería todavía modesto. Por eso os suplico —en señal de lo que sois, no para recompensar lo que habéis hecho— que me escuchéis delante de nuestro ejército.

MARCIO. Tengo algunas heridas, y me escuecen al oírse recordadas.

COMINIO. Si no escocieran, bien podrían enconarse por ingratitud y curarse a sí mismas con la muerte. De todos los caballos —de los que hemos tomado buen número y buenos— de todo el tesoro ganado en este campo y en la ciudad, os concedemos el diezmo, para que lo toméis antes del reparto común, a vuestra sola elección.

MARCIO. Os lo agradezco, general, pero no puedo hacer que mi corazón consienta en tomar un soborno como pago de mi espada. Lo rehúso, y me atengo a mi parte común con los que presenciaron la hazaña.

[Larga fanfarria. Todos gritan: «¡Marcio, Marcio!», y lanzan al aire gorras y lanzas. Cominio y Marcio permanecen con la cabeza descubierta.]

¡Que estos mismos instrumentos que profanáis no vuelvan a sonar jamás! Cuando tambores y trompetas se hagan aduladores en el campo de batalla, ¡que cortes y ciudades se hagan todas de lisonja de doble faz! Cuando el acero se ablande, blando como la seda del parásito, ¡que a él se le haga orador de las guerras! No más, digo. Porque no me he lavado la nariz sangrante, ni he vencido a algún miserable débil —cosa que, sin que se advierta, aquí han hecho

muchos otros— me aclamáis con hipérboles, como si yo gustara de que mi poco mérito se alimentara de alabanzas aderezadas con mentiras.

COMINIO. Demasiado modesto sois, más cruel con vuestra buena fama que agradecido a quienes os la tributamos con sinceridad. Con vuestra venia: si os enojáis contra vos mismo, os pondremos, como a quien intenta hacerse daño, unos grillos, y luego razonaremos con vos sin peligro. Sépase, pues, tanto para nosotros como para el mundo entero, que Cayo Marcio ciñe la guirnalda de esta guerra, y en señal de ello le doy mi noble corcel, conocido de todo el campamento, con todos sus arreos. Y desde ahora, por lo que hizo ante Corioles, llámesele, con todo el aplauso y clamor de la hueste, ¡Cayo Marcio Coriolano! ¡Que lleve ese título con nobleza para siempre!

[Fanfarria. Suenan trompetas y tambores.]

TODOS. ¡Cayo Marcio Coriolano!

CORIOLANO. Iré a lavarme; y cuando mi rostro esté limpio, veréis si me ruborizo o no. Con todo, os lo agradezco. Pienso montar vuestro corcel y procurar en todo momento hacer honor, con todas mis fuerzas, al noble título que me otorgáis.

COMINIO. Bien, a nuestra tienda, donde, antes de reposar, escribiremos a Roma sobre nuestro éxito. Vos, Tito Larcio, habéis de volver a Corioles. Enviadnos a los mejores de allí, con quienes podamos concertar condiciones para su bien y el nuestro.

LARCIO. Así lo haré, señor.

CORIOLANO. Los dioses empiezan a burlarse de mí. Yo, que hace un momento rechacé los más principescos dones, me veo obligado a suplicar a mi señor general.

COMINIO. Tomadlo, es vuestro. ¿De qué se trata?

CORIOLANO. Estuve alojado en cierta ocasión, aquí en Corioles, en casa de un hombre pobre; me trató con bondad. Me llamó a voces; lo vi prisionero; pero entonces tenía a Aufidio ante mis ojos, y

la cólera ahogó mi compasión. Os pido que deis la libertad a mi pobre huésped.

COMINIO. ¡Oh, bien pedido! Aunque fuera el verdugo de mi propio hijo, quedaría libre como el viento. Ponedlo en libertad, Tito.

LARCIO. Marcio, ¿su nombre?

CORIOLANO. ¡Por Júpiter, lo he olvidado! Estoy rendido; sí, mi memoria está cansada. ¿No hay vino aquí?

COMINIO. Vayamos a nuestra tienda. La sangre se seca sobre vuestro rostro; ya es hora de que se atienda. Venid.

[Fanfarria de cornetas. Salen.]

ACTO I

ESCENA X

EL CAMPAMENTO DE LOS VOLSCOS

Fanfarria. Cornetas. Entra Tulo Aufidio, ensangrentado, con dos o tres soldados.

AUFIDIO. La ciudad está tomada.

SOLDADO. Se devolverá con buenas condiciones.

AUFIDIO. ¿Condiciones? Quisiera ser romano, pues siendo volsco no puedo ser lo que soy. ¿Condiciones? ¿Qué buena condición puede hallar un tratado en la parte que está a merced del otro? Cinco veces, Marcio, he combatido contigo; otras tantas me has vencido, y creo que volverías a hacerlo cada vez que nos encontráramos, tan a menudo como comemos. Por los elementos, que si vuelvo a encontrarme con él cara a cara, o él es mío o yo soy suyo. Mi rivalidad ya no tiene el honor que tenía, pues donde pensaba aplastarlo con fuerza igual, espada contra espada, ahora lo acosaré por cualquier medio, y que la cólera o la astucia lo consigan.

SOLDADO. Es el mismísimo demonio.

AUFIDIO. Más audaz, aunque no tan sutil. Mi valor está envenenado con sólo padecer la mancha de su afrenta; por él ha de

salir de sus propios límites. Ni el sueño ni el asilo, hallándolo desarmado o enfermo, ni templo ni Capitolio, ni las plegarias de los sacerdotes ni las horas del sacrificio —todos ellos diques contra el furor— podrán alzar su privilegio corrompido y su costumbre contra mi odio a Marcio. Donde lo encuentre, aunque fuera en su propia casa, bajo la guardia de mi hermano, aun allí, contra el canon de la hospitalidad, lavaré en su corazón mi mano feroz. Id vosotros a la ciudad; averiguad cómo se sostiene y quiénes han de ser los rehenes para Roma.

SOLDADO. ¿No iréis vos?

AUFIDIO. Se me espera en el bosque de cipreses. Os ruego que —está al sur de los molinos de la ciudad— me llevéis allí noticia de cómo va todo, para que, al paso de ello, apresure mi viaje.

SOLDADO. Así lo haré, señor.

[*Salen.*]

Acto II

Escena I

ROMA. UN LUGAR PÚBLICO

Entra Menenio con los dos tribunos del pueblo, Sicinio y Bruto.

MENENIO. El augur me dice que esta noche tendremos noticias.

BRUTO. ¿Buenas o malas?

MENENIO. No conforme a los deseos del pueblo, pues no aman a Marcio.

SICINIO. La naturaleza enseña a las bestias a conocer a sus amigos.

MENENIO. Decidme, ¿a quién ama el lobo?

SICINIO. Al cordero.

MENENIO. Sí, para devorarlo, como los hambrientos plebeyos devorarían al noble Marcio.

BRUTO. Buen cordero, en verdad, el que bala como un oso.

MENENIO. Buen oso, en verdad, el que vive como un cordero. Sois vosotros dos hombres de edad; decidme una cosa que voy a preguntaros.

LOS DOS TRIBUNOS. Decid, señor.

MENENIO. ¿En qué enormidad es pobre Marcio que no tengáis vosotros dos en abundancia?

BRUTO. No es pobre en ningún defecto, sino que está provisto de todos.

SICINIO. Especialmente en soberbia.

BRUTO. Y superando a todos los demás en jactancia.

MENENIO. Esto sí que es extraño. ¿Sabéis vosotros dos cómo se os censura aquí en la ciudad, quiero decir, entre los de nuestro bando, los de la buena mano? ¿Lo sabéis?

LOS DOS TRIBUNOS. Y bien, ¿cómo se nos censura?

MENENIO. Puesto que ahora habláis de soberbia, ¿no os enfadaréis?

LOS DOS TRIBUNOS. Bien, bien, señor, ¿bien?

MENENIO. Bah, no es cosa de importancia; pues un ladronzuelo de ocasión bien pequeño os robará una buena parte de vuestra paciencia. Soltad las riendas a vuestro genio y enfadaos a placer, al menos si os place enfadaros. Culpáis a Marcio de ser soberbio.

BRUTO. No somos los únicos en hacerlo, señor.

MENENIO. Bien sé que solos podéis hacer muy poco, pues son muchos los que os ayudan, o de otro modo vuestros actos resultarían asombrosamente escasos. Vuestras facultades son demasiado infantiles para hacer mucho por vuestra cuenta. Habláis de soberbia. ¡Oh, si pudierais volver los ojos hacia la nuca y hacer un examen interior de vuestras propias personas! ¡Oh, si pudierais!

LOS DOS TRIBUNOS. ¿Y entonces qué, señor?

MENENIO. Pues entonces descubriríais un par de magistrados tan indignos, soberbios, violentos y coléricos —alias necios— como los que más haya en Roma.

SICINIO. Menenio, también a vos se os conoce bastante bien.

MENENIO. Se me conoce por ser un patricio de genio vivo, aficionado a una copa de vino caliente sin ni una gota de Tíber que lo aguada; se dice que soy algo parcial en favorecer la primera queja que oigo, precipitado y como yesca ante el más trivial motivo; hombre que trata más con las posaderas de la noche que con la frente de la mañana. Lo que pienso, lo digo, y gasto mi malicia en el aliento. Al encontrarme con dos estadistas tan cumplidos como vosotros —no puedo llamaros Licurgos—, si el brebaje que me dais me sienta mal al paladar, hago un gesto de disgusto. No puedo decir que vuestras señorías hayan tratado bien el asunto cuando hallo al asno mezclado en la mayor parte de vuestras sílabas. Y aunque he de conformarme con sufrir a los que dicen que sois hombres reverendos y graves, mienten a sabiendas los que dicen que tenéis buena cara. Si veis esto en el mapa de mi microcosmos, ¿se sigue de ahí que también a mí se me conoce bastante bien? ¿Qué daño pueden sacar de este retrato vuestras cegatas miradas, si también a mí se me conoce bastante bien?

BRUTO. Vamos, señor, vamos; a vos os conocemos de sobra.

MENENIO. No conocéis ni a mí, ni a vosotros mismos, ni nada de nada. Andáis ávidos de las gorras y reverencias de pobres bellacos. Gastáis toda una sana mañana escuchando un pleito entre una vendedora de naranjas y un vendedor de espitas, y luego aplazáis a un segundo día de audiencia la controversia de tres peniques. Cuando estáis oyendo un asunto entre una parte y otra, si por azar os asalta un retortijón, ponéis caras de comediante, izáis la bandera roja contra toda paciencia, y, entre gritos pidiendo el orinal, despedís la controversia sangrando, más enredada aún por haberla oído. Toda la paz que ponéis en sus pleitos es llamar bellacos a las dos partes. Sois un par de extraños sujetos.

BRUTO. Vamos, vamos. Bien se sabe que sois más perfecto bufón de sobremesa que necesario magistrado en el Capitolio.

MENENIO. Hasta nuestros propios sacerdotes tendrían que hacerse burlones si hubieran de tratar con sujetos tan ridículos como vosotros. Cuando habláis lo mejor y más al caso, no vale ni el meneo

de vuestras barbas, y vuestras barbas no merecen sepultura tan honrosa como rellenar el cojín de un remendón o quedar sepultadas en la albarda de un asno. Y con todo, seguís diciendo que Marcio es soberbio, él que, tasado en poco, vale por todos vuestros antecesores desde Deucalión, aunque quizá algunos de los mejores de ellos fueran verdugos de casta. Buenas tardes a vuestras señorías. Más conversación con vosotros me infectaría el cerebro, siendo como sois los pastores de la bestial plebe. Me atrevo a despedirme de vosotros.

[Se dispone a salir. Bruto y Sicinio se apartan.]

Entran Volumnia, Virgilia y Valeria.

MENENIO. ¡Cómo! Mis señoras, tan hermosas como nobles —y la luna, si fuera terrenal, no sería más noble—, ¿adónde vais siguiendo así, tan de prisa, la mirada?

VOLUMNIA. Honorable Menenio, mi hijo Marcio se acerca. ¡Por el amor de Juno, vamos!

MENENIO. ¿Eh? ¿Marcio, de vuelta a casa?

VOLUMNIA. Sí, digno Menenio, y con el más próspero de los éxitos.

MENENIO. ¡Toma mi gorra, Júpiter, y gracias te doy! ¡Eh! ¿Marcio, de vuelta a casa?

VALERIA, VIRGILIA. Sí, es cierto.

VOLUMNIA. Mirad, aquí hay una carta suya. El Estado tiene otra, su esposa otra, y creo que hay una en casa para vos.

MENENIO. Esta noche haré tambalearse mi propia casa. ¿Una carta para mí?

VIRGILIA. Sí, ciertamente, hay una carta para vos; la vi.

MENENIO. ¿Una carta para mí? Me otorga siete años de salud garantizada, tiempo durante el cual haré un gesto de desdén al médico. La más soberana receta de Galeno no es sino empirismo, y

comparada con este remedio no vale más que una purga de caballo. ¿No está herido? Solía volver a casa herido.

VIRGILIA. ¡Oh, no, no, no!

VOLUMNIA. Oh, sí está herido, y doy gracias a los dioses por ello.

MENENIO. Y yo también, si no es demasiado. Si trae la victoria en el bolsillo, las heridas le sientan bien.

VOLUMNIA. En la frente, Menenio. Vuelve a casa por tercera vez con la guirnalda de roble.

MENENIO. ¿Ha corregido bien a Aufidio?

VOLUMNIA. Tito Larcio escribe que combatieron juntos, pero que Aufidio escapó.

MENENIO. Y ya era hora, os lo garantizo. Si se hubiera quedado junto a él, no habría querido quedar tan «aufidiado» ni por todos los cofres de Corioles y el oro que contienen. ¿Está el Senado enterado de esto?

VOLUMNIA. Buenas señoras, vamos. Sí, sí, sí. El Senado tiene cartas del general, en las que atribuye a mi hijo todo el mérito de la guerra. En esta acción ha superado en el doble sus hazañas anteriores.

VALERIA. En verdad, se dicen de él cosas asombrosas.

MENENIO. ¿Asombrosas? Sí, os lo garantizo, y no sin que las haya ganado en buena ley.

VIRGILIA. Que los dioses las hagan ciertas.

VOLUMNIA. ¿Ciertas? ¡Bah, bobadas!

MENENIO. ¿Ciertas? Juraría que son ciertas. ¿Dónde está herido? [*A los tribunos.*] ¡Dios guarde a vuestras señorías! Marcio vuelve a casa; tiene más motivo aún para estar orgulloso. ¿Dónde está herido?

VOLUMNIA. En el hombro y en el brazo izquierdo. Tendrá grandes cicatrices que mostrar al pueblo cuando aspire a su cargo. En la

expulsión de Tarquino recibió siete heridas en el cuerpo.

MENENIO. Una en el cuello y dos en el muslo... nueve son las que yo conozco.

VOLUMNIA. Antes de esta última expedición ya tenía veinticinco heridas.

MENENIO. Ahora son veintisiete. Cada tajo fue la tumba de un enemigo.

[Un grito y fanfarria.]

¡Escuchad, las trompetas!

VOLUMNIA. Estos son los heraldos de Marcio: delante de sí lleva el estruendo, y detrás deja lágrimas. La muerte, ese oscuro espíritu, mora en su brazo nervudo, que, al levantarse, desciende, y entonces los hombres mueren.

[Toque de clarines.]

Entran el general Cominio y Tito Larcio, y entre ellos Coriolano coronado con guirnalda de roble, con capitanes, soldados y un heraldo. Suenan las trompetas.

HERALDO. Sepa Roma que, él solo, Marcio combatió dentro de las puertas de Corioles, donde ha ganado, con fama, un nuevo nombre para Cayo Marcio; a éste sigue en honor el de «Coriolano». Bienvenido a Roma, ínclito Coriolano.

[Suenan una fanfarria.]

TODOS. ¡Bienvenido a Roma, ínclito Coriolano!

CORIOLANO. Basta ya de esto, me ofende el corazón. Os ruego, basta ya.

COMINIO. Mirad, señor, vuestra madre.

CORIOLANO. Oh, ya sé que habéis suplicado a todos los dioses por mi prosperidad.

[Se arrodilla.]

VOLUMNIA. No, mi buen soldado, levántate.

[*Se levanta.*]

Mi gentil Marcio, digno Cayo, y recién nombrado por el honor que tus hazañas te han ganado... ¿cómo es? ¿Coriolano he de llamarte? Pero, oh, tu esposa...

CORIOLANO. Salud, mi grácil silencio. ¿Habrías reído si hubiera vuelto a casa en un ataúd, tú que lloras al verme triunfar? Ah, mi amor, esos mismos ojos llevan las viudas de Corioles y las madres que han perdido a sus hijos.

MENENIO. ¡Que los dioses te coronen!

CORIOLANO. ¿Y vos seguís con vida? [*A Valeria.*] Oh, mi dulce señora, perdonad.

VOLUMNIA. No sé hacia dónde volverme. ¡Oh, bienvenido a casa! Y bienvenido, general. Y bienvenidos todos.

MENENIO. ¡Cien mil bienvenidas! Podría llorar, y podría reír; me siento ligero y pesado a la vez. Bienvenido. ¡Que una maldición nazca de raíz en el corazón de quien no se alegre de verte! Sois tres a quienes Roma debiera adorar; y sin embargo, a fe de hombres, tenemos aquí en casa algunos viejos árboles agrios que no se dejarán injertar a vuestro gusto. Con todo, ¡bienvenidos, guerreros! A la ortiga la llamamos ortiga, y a las faltas de los necios, mera necesidad.

COMINIO. Siempre en lo cierto.

CORIOLANO. Menenio, siempre, siempre.

HERALDO. ¡Paso allí, y adelante!

CORIOLANO. [*A Volumnia y Virgilia.*] Vuestra mano, y la tuya. Antes de cobijar mi cabeza bajo nuestro propio techo, he de visitar a los buenos patricios, de quienes he recibido no sólo saludos, sino con ellos nuevos honores.

VOLUMNIA. He vivido para ver cumplidos mis propios deseos y los edificios de mi fantasía. Sólo falta una cosa, que no dudo que

nuestra Roma habrá de otorgarte.

CORIOLOANO. Sabed, buena madre, que prefiero servirles a mi manera antes que gobernarlos a la suya.

COMINIO. Adelante, al Capitolio.

[Fanfarria de cornetas. Salen con la misma pompa que antes.]

Bruto y Sicinio se adelantan.

BRUTO. Todas las lenguas hablan de él, y los ojos legañosos se calzan anteojos para verlo. Vuestra niñera parlanchina deja que su criatura llore hasta el arretrato mientras ella charla de él. La fregona de cocina se prende al cuello mugriento su mejor lienzo, trepando por las tapias para verlo. Los tenderetes, los antepechos, las ventanas están atestados; los tejados llenos, y los caballetes montados por gente de las más variadas condiciones, todos concertados en el afán de verlo. Los flámines, que rara vez se dejan ver, se apretujan entre la turba popular y se afanan por ganar un puesto vulgar. Nuestras damas veladas entregan la guerra del blanco y el carmesí en sus mejillas primorosamente adornadas al desenfrenado saqueo de los ardientes besos de Febo. Tal es el alboroto, como si el dios, cualquiera que sea, que lo guía, se hubiera deslizado a hurtadillas en sus fuerzas humanas y le hubiera dado gallarda postura.

SICINIO. De pronto os lo garantizo cónsul.

BRUTO. Entonces nuestro cargo, mientras dure su poder, bien puede dormirse.

SICINIO. No sabrá llevar con templanza sus honores desde donde debiera empezar y acabar, sino que perderá los que ha ganado.

BRUTO. En eso hay consuelo.

SICINIO. No dudéis del común, por quien nosotros respondemos: por su antigua malquerencia olvidarán, al menor pretexto, estos nuevos honores suyos; y que él les dé motivo para ello es cosa tan segura como que se enorgullece de hacerlo.

BRUTO. Le oí jurar que, si hubiera de presentarse al consulado, jamás aparecería en la plaza ni se pondría la raída toga de la humildad, ni mostraría, como es costumbre, sus heridas al pueblo para mendigar sus alientos hediondos.

SICINIO. Así es.

BRUTO. Ésa fue su palabra. Oh, antes lo perdería que conseguirlo si no es por la petición de la nobleza y el deseo de los patricios.

SICINIO. No deseo nada mejor que verlo mantener ese propósito y ponerlo en práctica.

BRUTO. Es muy probable que lo haga.

SICINIO. Será entonces para él, tal como deseamos, una destrucción segura.

BRUTO. Así ha de resultar para él, o si no, nuestra autoridad llega a su fin. Debemos insinuar al pueblo en qué odio los ha tenido siempre; que, de estar en su mano, los habría convertido en mulas, habría acallado a sus voceros y despojado sus libertades; teniéndolos, en su capacidad y obrar humanos, por no más dotados de alma ni de aptitud para el mundo que los camellos en la guerra, que sólo reciben su forraje por llevar cargas, y golpes crueles por hundirse bajo ellas.

SICINIO. Esto, como decís, insinuado en algún momento en que su insolencia encumbrada llegue a tocar al pueblo —momento que no ha de faltar si se le empuja a ello, cosa tan fácil como azuzar perros contra ovejas—, será el fuego que prenda su rastrojo seco, y el resplandor lo oscurecerá a él para siempre.

Entra un mensajero.

BRUTO. ¿Qué ocurre?

MENSAJERO. Se os llama al Capitolio. Se cree que Marcio será cónsul. He visto agolparse a los mudos para verlo, y a los ciegos para oírlo hablar; las matronas le arrojaban guantes, las damas y las doncellas sus pañuelos y sus velos, a su paso; los nobles se

inclinaban como ante la estatua de Júpiter, y el común hacía una lluvia y un trueno de gorras y gritos. Jamás vi cosa igual.

BRUTO. Vamos al Capitolio; y llevemos con nosotros oídos y ojos para el momento presente, pero el corazón puesto en lo que ha de venir.

SICINIO. Os acompaño.

[*Salen.*]

Acto II

Escena II

ROMA. EL CAPITOLIO

Entran dos oficiales, a disponer los cojines, como si fuera en el Capitolio.

PRIMER OFICIAL. Vamos, vamos. Ya están casi aquí. ¿Cuántos aspiran al consulado?

SEGUNDO OFICIAL. Tres, dicen; pero todo el mundo cree que Coriolano se lo llevará.

PRIMER OFICIAL. Es un bravo mozo, pero es soberbio hasta la desmesura y no ama al pueblo llano.

SEGUNDO OFICIAL. A fe mía, ha habido muchos grandes hombres que han adulado al pueblo sin haberlo amado jamás; y hay muchos a quienes el pueblo ha amado sin saber por qué; de modo que, si aman sin saber por qué, tampoco odian por mejor motivo. Por eso, que a Coriolano no le importe que lo amen o lo odien manifiesta el verdadero conocimiento que tiene de su carácter, y, por su noble despreocupación, se lo deja ver claramente.

PRIMER OFICIAL. Si no le importara tener su amor o no, se mantendría indiferente entre no hacerles ni bien ni mal; pero busca

su odio con mayor empeño del que ellos pueden ponerle a él, y no deja nada por hacer que pueda mostrarlo cabalmente como su adversario. Ahora bien, aparentar buscar la malquerencia y el disgusto del pueblo es tan malo como aquello que a él le disgusta: adularlos por su amor.

SEGUNDO OFICIAL. Bien merecido tiene el favor de su patria, y su ascenso no ha sido por los fáciles peldaños de quienes, siendo dóciles y corteses con el pueblo, se han descubierto ante él sin más mérito, para ganarse así, sin otro hecho, su estima y su buena fama; sino que ha plantado tan hondo sus honores en los ojos del pueblo y sus hazañas en sus corazones, que callar sus lenguas sin confesarlo sería una suerte de injuria ingrata. Decir lo contrario sería una malicia que, desmintiéndose a sí misma, atraería la censura y la reprobación de cuantos oídos la escucharan.

PRIMER OFICIAL. No hablemos más de él; es un hombre digno. Dejad paso. Ya vienen.

Toque de clarines. Entran los patricios y los tribunos del pueblo, precedidos de lictores; Coriolano, Menenio, Cominio el cónsul. Los patricios se sientan. Sicinio y Bruto ocupan sus puestos aparte. Coriolano permanece de pie.

MENENIO. Habiendo ya resuelto lo tocante a los volscos y decidido llamar a Tito Larcio, resta, como punto principal de esta junta que sigue, recompensar el noble servicio de quien tan firme se ha mostrado en pro de su patria. Por tanto, os ruego, reverendísimos y graves ancianos, que pidáis al actual cónsul y último general que, en vista de nuestros felices éxitos, refiera algo de la digna hazaña llevada a cabo por Marcio Cayo Coriolano, a quien nos hemos reunido aquí tanto para agradecer como para recordar con honores dignos de él.

[Coriolano se sienta.]

PRIMER SENADOR. Hablad, buen Cominio. No omitáis nada por su extensión, y hacednos pensar que es nuestro Estado el que resulta corto en la recompensa, antes que nosotros los que la alargamos de

más. Maestros del pueblo, os pedimos vuestros oídos más benévolo y, después, vuestra gestión cariñosa ante el cuerpo común, para que apruebe lo que aquí se acuerde.

SICINIO. Estamos convocados para un grato tratado, y tenemos el corazón dispuesto a honrar y a favorecer el tema de nuestra asamblea.

BRUTO. Tanto más dichosos seremos de hacerlo cuanto mejor recuerde él una estima del pueblo más benévola que la que hasta ahora le ha profesado.

MENENIO. ¡Eso está fuera de lugar, fuera de lugar! Preferiría que hubierais callado. ¿Os place oír hablar a Cominio?

BRUTO. De muy buen grado. Mas mi advertencia era más pertinente de lo que vuestro reproche le concede.

MENENIO. Él ama a vuestro pueblo, pero no le atéis a ser su compañero de lecho.— Hablad, digno Cominio.

[Coriolano se levanta y hace ademán de marcharse.]

No, quedaos en vuestro asiento.

PRIMER SENADOR. Sentaos, Coriolano. Nunca es vergüenza oír lo que noblemente habéis hecho.

CORIOLANO. Perdonad, vuestras señorías. Preferiría que mis heridas volvieran a sangrar antes que oír contar cómo las gané.

BRUTO. Señor, espero que mis palabras no os hayan hecho levantar del escaño.

CORIOLANO. No, señor. Y sin embargo, a menudo, cuando los golpes me han hecho quedarme, he huido de las palabras. Vos no me halagasteis, luego no me heristeis; pero a vuestro pueblo lo amo en la medida en que él pesa.

MENENIO. Os ruego, sentaos ahora.

CORIOLANO. Preferiría que me rascasen la cabeza al sol cuando suena la alarma, antes que sentarme ocioso a oír mis nada

convertidas en portentos.

[*Sale.*]

MENENIO. Amos del pueblo, ¿cómo podría él adular a vuestra multiplicada progenie —que es de mil a uno por cada hombre de valía—, cuando ahora veis que preferiría arriesgar todos sus miembros por el honor antes que una sola de sus orejas por oírlo contar?— Proseguid, Cominio.

COMINIO. Me faltará voz. Las hazañas de Coriolano no deben pronunciarse con flaqueza. Téngase por cierto que el valor es la más excelsa de las virtudes y la que más dignifica a quien la posee; si así es, el hombre de quien hablo no puede en el mundo entero hallar contrapeso que le iguale. A los dieciséis años, cuando Tarquino levantó una hueste contra Roma, combatió él más allá de la medida de los demás. Nuestro entonces dictador, a quien señalo con toda alabanza, le vio luchar cuando, con su mentón aún de amazona, hizo retroceder ante sí los labios erizados de barba del enemigo. Se plantó sobre un romano abrumado y, a la vista del cónsul, mató a tres contrarios. Al propio Tarquino salió al encuentro y le hirió en la rodilla. En las proezas de aquel día, cuando aún podía representar a la mujer en la escena, se probó el mejor hombre del campo, y por galardón fue coronado de roble. Así entrado en la edad viril desde su aprendizaje, creció como el mar, y en el ímpetu de diecisiete batallas desde entonces arrebató a todas las espadas la guirnalda. En esta última, ante Corioles y dentro de ella, séame permitido decir que no puedo hacerle justicia con la palabra. Detuvo a los que huían y, con su raro ejemplo, convirtió el terror del cobarde en juego. Como las algas ante un navío que navega, así le obedecían los hombres y caían bajo su proa. Su espada, sello de la muerte, allí donde marcaba, prendía; de la cabeza a los pies era una cosa hecha de sangre, cuyo menor movimiento llevaba el compás de gritos moribundos. Solo entró por la puerta mortal de la ciudad, que dejó pintada de un destino ineludible; salió sin ayuda y, con un repentino refuerzo, golpeó a Corioles como un planeta. Ya todo era suyo cuando, poco después, el fragor de la guerra volvió a herir su oído

dispuesto; entonces al punto su ánimo redoblado reanimó lo que en la carne estaba rendido, y volvió a la batalla, donde corrió humeante sobre las vidas de los hombres como si fuera un botín perpetuo; y hasta que llamamos nuestros el campo y la ciudad, jamás se detuvo a aliviar el pecho jadeante.

MENENIO. ¡Hombre digno!

PRIMER SENADOR. No podrá sino corresponder con creces a los honores que le destinamos.

COMINIO. Nuestro botín lo desdeñó con el pie, y miró las cosas preciosas como si fueran el estiércol común del mundo. Codicia menos de lo que la propia miseria le daría, recompensa sus hazañas con hacerlas, y se contenta con gastar el tiempo en acabarlo.

MENENIO. Es en verdad noble. Que se le llame.

PRIMER SENADOR. Llamad a Coriolano.

OFICIAL. Ya aparece.

Entra Coriolano.

MENENIO. El Senado, Coriolano, se complace en hacerte cónsul.

CORIOLANO. A ellos debo siempre mi vida y mis servicios.

MENENIO. Resta, pues, que habléis al pueblo.

CORIOLANO. Os suplico que me dejéis saltar por encima de esa costumbre, pues no puedo vestir la toga, quedar desnudo ante ellos y suplicarles que, por mis heridas, me den su sufragio. Pláceos que pase por alto este trámite.

SICINIO. Señor, el pueblo ha de tener sus votos, y no cederá ni un ápice de la ceremonia.

MENENIO. No les forcéis a ello. Os ruego que os acomodéis a la costumbre y toméis, como hicieron vuestros predecesores, vuestro honor con su forma debida.

CORIOLANO. Es un papel que representaré con rubor, y bien podría quitársele al pueblo.

BRUTO. ¿Reparáis en eso?

CORIOOLANO. ¡Jactarme ante ellos: «así hice, y así»! Mostrarles las cicatrices ya sin dolor que debiera ocultar, ¡como si las hubiese recibido solo por el precio de su aliento!

MENENIO. No insistáis en ello.— A vosotros, tribunos del pueblo, encomendamos nuestro propósito para con él, y a nuestro noble cónsul deseamos toda dicha y honor.

SENADORES. ¡Vengan a Coriolano toda dicha y honor!

[Fanfarria de cornetas. Salen todos menos Sicinio y Bruto.]

BRUTO. Ya veis cómo se propone tratar al pueblo.

SICINIO. ¡Ojalá perciban su intención! Se lo pedirá como si despreciase aquello mismo que solicita que esté en su mano concederle.

BRUTO. Venid, les informaremos de lo aquí obrado. Sé que en la plaza nos aguardan.

[Salen.]

ACTO II

ESCENA III

ROMA. EL FORO

Entran siete u ocho ciudadanos.

PRIMER CIUDADANO. En fin, si nos pide nuestros votos, no debemos negárselos.

SEGUNDO CIUDADANO. Podemos negárselos, señor, si queremos.

TERCER CIUDADANO. Tenemos en nosotros mismos el poder de hacerlo, pero es un poder que no tenemos poder de ejercer; porque si él nos muestra sus heridas y nos cuenta sus hazañas, hemos de poner nuestras lenguas en esas heridas y hablar por ellas. Así que, si nos cuenta sus nobles hazañas, hemos también de contarle nuestra noble aceptación de ellas. La ingratitud es monstruosa, y que la multitud sea ingrata sería hacer un monstruo de la multitud, de la cual, siendo nosotros miembros, nos convertiríamos a nosotros mismos en miembros monstruosos.

PRIMER CIUDADANO. Y para que no se nos tenga en mejor concepto, poco hace falta; pues una vez que nos alzamos por el grano, él mismo no vaciló en llamarnos la multitud de muchas cabezas.

TERCER CIUDADANO. Así nos han llamado muchos; no porque nuestras cabezas sean unas castañas, otras negras, otras rubias, otras calvas, sino porque nuestros ingenios son de tan diverso color; y en verdad creo que si todos nuestros ingenios salieran de un solo cráneo, volarían al este, al oeste, al norte, al sur, y su acuerdo en un solo rumbo sería, a un tiempo, hacia todos los puntos de la rosa de los vientos.

SEGUNDO CIUDADANO. ¿Eso crees? ¿Hacia dónde juzgas que volaría mi ingenio?

TERCER CIUDADANO. Bah, tu ingenio no saldría tan pronto como el de otro hombre; está bien acuñado en una cabeza de alcornoque. Pero si estuviera libre, sin duda volaría hacia el sur.

SEGUNDO CIUDADANO. ¿Por qué hacia allí?

TERCER CIUDADANO. Para perderse en una niebla, donde, deshechas tres partes por rocíos podridos, la cuarta volvería por conciencia, para ayudar a conseguirte una esposa.

SEGUNDO CIUDADANO. Nunca te faltan tus artimañas. Anda, anda.

TERCER CIUDADANO. ¿Estáis todos resueltos a dar vuestros votos? Mas no importa; la mayor parte decide. Digo que, si él se inclinara hacia el pueblo, nunca hubo hombre más digno.

Entra Coriolano con la toga de la humildad, junto a Menenio.

Ahí viene, y con la toga de la humildad. Reparad en su comportamiento. No hemos de quedarnos todos juntos, sino ir pasando por donde él está, de uno en uno, de dos en dos y de tres en tres. Él ha de hacer sus peticiones una por una, en lo cual cada uno de nosotros tiene un honor singular al darle nuestros propios votos con nuestras propias lenguas. Seguidme, pues, y os indicaré cómo habéis de pasar ante él.

TODOS. Conformes, conformes.

[*Salen.*]

MENENIO. Oh, señor, no procedéis bien. ¿No sabéis que los hombres más dignos lo han hecho?

CORIOLOANO. ¿Qué he de decir? «Os ruego, señor» —¡mala peste! No puedo llevar mi lengua a semejante paso. «Mirad, señor, mis heridas; las gané al servicio de mi patria, cuando algunos de vuestros hermanos rugían y huían del estruendo de nuestros propios tambores.»

MENENIO. ¡Ay, los dioses! No debéis hablar de eso. Debéis pedirles que piensen en vos.

CORIOLOANO. ¡Que piensen en mí! ¡Que los ahorquen! Preferiría que me olvidasen, como olvidan las virtudes que nuestros predicadores pierden por su causa.

MENENIO. Lo echaréis todo a perder. Os dejo. Os ruego que les habléis, os lo ruego, de manera sana y cortés.

[Sale Menenio.]

CORIOLOANO. Decidles que se laven la cara y mantengan los dientes limpios.

Entran tres de los ciudadanos.

Vaya, aquí llega un par. Ya sabéis, señores, la causa de que esté yo aquí de pie.

TERCER CIUDADANO. Lo sabemos, señor. Decidnos qué os ha traído a ello.

CORIOLOANO. Mi propio mérito.

SEGUNDO CIUDADANO. ¿Vuestro propio mérito?

CORIOLOANO. Sí, pero no mi propio deseo.

TERCER CIUDADANO. ¿Cómo, no vuestro propio deseo?

CORIOLOANO. No, señor; jamás fue deseo mío importunar a los pobres con mendicidad.

TERCER CIUDADANO. Habéis de pensar que, si os damos algo, esperamos ganar con vos.

CORIOLOANO. Pues bien, os ruego, ¿cuál es vuestro precio por el consulado?

PRIMER CIUDADANO. El precio es pedirlo con cortesía.

CORIOLOANO. Con cortesía, señor, os ruego, dejádmelo tener. Tengo heridas que mostraros, que serán vuestras en privado.— Vuestro buen voto, señor. ¿Qué decís?

SEGUNDO CIUDADANO. Lo tendréis, digno señor.

CORIOLOANO. Trato hecho, señor. Van, en total, dos dignos votos pedidos. Ya tengo vuestra limosna. Adiós.

TERCER CIUDADANO. Pero esto es un tanto extraño.

SEGUNDO CIUDADANO. Si hubiera que darlo de nuevo... pero no importa.

[Salen dos ciudadanos.]

Entran otros dos ciudadanos.

CORIOLOANO. Os ruego ahora, si concuerda con el tono de vuestros votos que yo sea cónsul, aquí traigo la toga de costumbre.

CUARTO CIUDADANO. Habéis merecido noblemente de vuestra patria, y no habéis merecido noblemente.

CORIOLOANO. ¿Vuestro enigma?

CUARTO CIUDADANO. Habéis sido azote para sus enemigos; habéis sido vara para sus amigos. No habéis amado, en verdad, al común del pueblo.

CORIOLOANO. Deberíais tenerme por más virtuoso por no haber sido común en mi amor. Adularé, señor, a mi hermano jurado, el pueblo, para ganar de él una más preciada estima; es una condición que él tiene por gentil. Y ya que la sabiduría de su elección prefiere mi sombrero a mi corazón, practicaré la reverencia insinuante y me mostraré ante ellos del modo más fingido. Es decir, señor, fingiré el

hechizo de algún hombre popular y lo repartiré con largueza a quienes lo desean. Por tanto, os suplico, que yo sea cónsul.

QUINTO CIUDADANO. Esperamos hallaros nuestro amigo, y por ello os damos de corazón nuestros votos.

CUARTO CIUDADANO. Habéis recibido muchas heridas por vuestra patria.

CORIOLOANO. No sellaré vuestro conocimiento mostrándolas. Haré gran estima de vuestros votos, y así no os importunaré más.

AMBOS CIUDADANOS. Los dioses os den dicha, señor, de todo corazón.

[Salen los ciudadanos.]

CORIOLOANO. ¡Dulcísimos votos! Mejor es morir, mejor es padecer hambre, que mendigar el salario que antes ya se ha merecido. ¿Por qué, con esta toga lupina, he de estar aquí a pedir a Fulano y a Zutano su innecesario aval? La costumbre me llama a ello. ¿Lo que la costumbre quiere, en todo hemos de hacerlo? El polvo del tiempo antiguo quedaría sin barrer, y un error montañoso se amontonaría demasiado alto para que la verdad pudiera asomar por encima de él. Antes que hacer así el necio, que el alto cargo y el honor vayan a quien obrara de este modo. Ya estoy a la mitad; la parte sufrida ya pasó, la otra la haré ahora.

Entran tres ciudadanos más.

Aquí llegan más votos. ¡Vuestros votos! Por vuestros votos he combatido; por vuestros votos he velado; por vuestros votos llevo más de dos docenas de heridas. Dieciocho batallas he visto y de las que he oído hablar; por vuestros votos he hecho muchas cosas, unas menores, otras mayores. ¡Vuestros votos! En verdad, quisiera ser cónsul.

SEXTO CIUDADANO. Ha obrado noblemente, y no puede quedar sin el voto de ningún hombre honrado.

SÉPTIMO CIUDADANO. Sea, pues, cónsul. ¡Que los dioses le den dicha y le hagan buen amigo del pueblo!

LOS TRES CIUDADANOS. Amén, amén. Dios te guarde, noble cónsul.

[Salen los ciudadanos.]

CORIOLOANO. ¡Dignos votos!

Entra Menenio con Bruto y Sicinio.

MENENIO. Habéis cumplido vuestro plazo, y los tribunos os invisten con el voto del pueblo. Resta que, revestido ya de las insignias oficiales, os presentéis en breve ante el Senado.

CORIOLOANO. ¿Está esto hecho?

SICINIO. Habéis cumplido la costumbre de la petición. El pueblo os admite, y ha sido convocado para reunirse en breve y confirmar vuestra aprobación.

CORIOLOANO. ¿Dónde? ¿En la Casa del Senado?

SICINIO. Allí, Coriolano.

CORIOLOANO. ¿Puedo mudarme estas ropas?

SICINIO. Podéis, señor.

CORIOLOANO. Eso haré al punto y, reconociéndome de nuevo a mí mismo, iré a la Casa del Senado.

MENENIO. Os haré compañía.— ¿Venís con nosotros?

BRUTO. Nos quedamos aquí esperando al pueblo.

SICINIO. Que os vaya bien.

[Salen Coriolano y Menenio.]

Ya lo tiene; y por su semblante, me parece, le arde cálido en el corazón.

BRUTO. Con corazón soberbio vistió sus humildes ropas. ¿Despedís al pueblo?

Entran los plebeyos.

SICINIO. ¿Qué hay, mis amos? ¿Habéis elegido a este hombre?

PRIMER CIUDADANO. Tiene nuestros votos, señor.

BRUTO. Rogamos a los dioses que merezca vuestro afecto.

SEGUNDO CIUDADANO. Amén, señor. Según mi pobre e indigno parecer, se burló de nosotros cuando mendigó nuestros votos.

TERCER CIUDADANO. Ciertamente, se mofó de nosotros a las claras.

PRIMER CIUDADANO. No, es su manera de hablar. No se burló de nosotros.

SEGUNDO CIUDADANO. No hay entre nosotros, salvo tú, quien no diga que nos trató con desdén. Debería habernos mostrado sus marcas de mérito, las heridas recibidas por su patria.

SICINIO. Pues sí que lo hizo, estoy seguro.

TODOS. No, no. Nadie las vio.

TERCER CIUDADANO. Dijo que tenía heridas, que podía mostrar en privado, y, agitando así el sombrero con desdén, «Quisiera ser cónsul», dice; «la vieja costumbre no me lo permite si no es por vuestros votos; vuestros votos, pues.» Cuando se lo concedimos, entonces fue: «Os doy las gracias por vuestros votos. Gracias. ¡Vuestros dulcísimos votos! Ahora que ya habéis dejado vuestros votos, nada más tengo que ver con vosotros.» ¿No fue esto una burla?

SICINIO. Pues, o erais demasiado ignorantes para verlo, o, viéndolo, tuvisteis tan pueril benevolencia que le disteis vuestros votos.

BRUTO. ¿No pudisteis decirle a él tal como se os había enseñado? Cuando no tenía poder, sino que era un humilde siervo del Estado, era vuestro enemigo, y siempre habló contra vuestras libertades y los fueros que ostentáis en el cuerpo de la república; y ahora que llega a un lugar de poder y de mando en el Estado, si con

malignidad siguiera siendo enemigo firme de los plebeyos, vuestros votos podrían volverse maldiciones para vosotros mismos. Debisteis haberle dicho que, así como sus dignas hazañas no reclamaban menos de lo que él representaba, así también su naturaleza generosa habría de pensar en vosotros por vuestros votos, y trocar su malicia hacia vosotros en amor, erigiéndose en vuestro amigo señor.

SICINIO. Haberle dicho así, tal como se os había prevenido, habría tocado su ánimo y probado su inclinación; le habría arrancado, o bien su graciosa promesa, a la cual, cuando la ocasión os lo pidiera, podríais haberle obligado a atenerse; o bien habría exasperado su carácter arisco, que mal soporta condición alguna que le ate a nada. Y así, puesto en cólera, debisteis aprovechar la ventaja de su ira y dejarle sin elegir.

BRUTO. ¿Percibisteis que os solicitaba con desdén desembozado cuando necesitaba de vuestro afecto, y pensáis que ese desdén no ha de heriros cuando tenga poder para aplastaros? ¿Cómo, no había entre vosotros un solo corazón? ¿O teníais lenguas para clamar contra el gobierno del buen juicio?

SICINIO. ¿Habéis negado antes al que pedía humildemente, y ahora, en cambio, a quien no pedía sino que se burlaba, le otorgáis las lenguas que él solicitó?

TERCER CIUDADANO. Aún no está confirmado. Todavía podemos negárselo.

SEGUNDO CIUDADANO. Y se lo negaremos. Yo reuniré quinientos votos de ese parecer.

PRIMER CIUDADANO. Yo, dos veces quinientos, y sus amigos para completarlos.

BRUTO. Marchaos de aquí al punto, y decid a esos amigos que han elegido un cónsul que les arrebatará sus libertades, y les dejará con no más voz que perros a los que tanto se golpea por ladrar como se les tiene precisamente para eso.

SICINIO. Que se congreguen y, con juicio más seguro, revoquen todos vuestra ignorante elección. Ponderadles su soberbia y su vieja aversión hacia vosotros. Y además, no olvidéis con qué desdén vistió la humilde ropa, cómo en su súplica os desdeñó; mas vuestro afecto, pensando en sus servicios, os arrebató la percepción de su presente porte, que él, con mucha mofa y ninguna gravedad, modeló conforme al odio inveterado que os tiene.

BRUTO. Echad la culpa a nosotros, vuestros tribunos, de que nos afanamos, sin impedimento alguno de por medio, en que hubierais de depositar en él vuestra elección.

SICINIO. Decid que le elegisteis más por mandato nuestro que guiados por vuestro propio y verdadero afecto, y que vuestras mentes, ocupadas más en lo que debíais hacer que en lo que debierais, os hicieron, a contrapelo, votarle cónsul. Echadnos la culpa a nosotros.

BRUTO. Sí, no nos ahorréis nada. Decid que os dimos lecciones de cómo, desde muy joven, comenzó a servir a su patria, de cuánto tiempo perseveró, y de qué linaje procede: la noble casa de los Marcios, de donde vino aquel Anco Marcio, hijo de la hija de Numa, que reinó aquí tras el gran Hostilio; de la misma casa fueron Publio y Quinto, que trajeron hasta aquí por acueductos nuestra mejor agua; y Censorino, así apellidado —y noblemente así llamado por haber sido dos veces censor—, fue su gran antepasado.

SICINIO. A uno así descendido, que además ha obrado por su propia persona para ser puesto en alto lugar, os lo encomendamos a vuestra memoria; pero habéis hallado, midiendo su porte presente con su pasado, que es vuestro enemigo constante, y revocáis vuestra precipitada aprobación.

BRUTO. Decid que jamás lo hubierais hecho —insistid siempre en ello— de no ser por nuestra instigación. Y al punto, cuando hayáis reunido a los vuestros, id al Capitolio.

TODOS. Así lo haremos. Casi todos se arrepienten de su elección.

[*Salen los plebeyos.*]

BRUTO. Dejadlos ir. Mejor es arriesgar este motín ahora que esperar, sin duda alguna, a otro mayor. Si, como es su natural, él estalla en cólera ante su rechazo, observemos ambos y aprovechemos la ventaja de su ira.

SICINIO. Al Capitolio, vamos. Estaremos allí antes que la corriente del pueblo, y esto parecerá, como en parte lo es, cosa suya, aunque nosotros la hayamos agujoneado.

[*Salen.*]

Acto III

Escena I

Roma. Una calle

Cornetas. Entran Coriolano, Menenio, toda la nobleza, Cominio, Tito Larcio y otros senadores.

CORIOLOANO. ¿Conque Tulo Aufidio había reunido nueva hueste?

LARCIO. Así era, mi señor, y eso fue lo que causó nuestro más rápido acuerdo de paz.

CORIOLOANO. Entonces los volscos siguen igual que al principio, dispuestos, cuando el tiempo se lo indique, a hacer nueva incursión contra nosotros.

COMINIO. Están tan agotados, señor cónsul, que difícilmente veremos, en lo que nos queda de vida, ondear otra vez sus banderas.

CORIOLOANO. ¿Visteis a Aufidio?

LARCIO. Vino a mí bajo salvoconducto, y maldijo a los volscos por haber rendido tan vilmente la ciudad. Se ha retirado a Ancio.

CORIOLOANO. ¿Habló de mí?

LARCIO. Habló, mi señor.

CORIOLOANO. ¿Cómo? ¿Qué dijo?

LARCIO. Cuántas veces os había encontrado espada contra espada; que, de todas las cosas de la tierra, a vuestra persona era a la que más odiaba; que empeñaría toda su fortuna, sin esperanza de recobrarla, con tal de poder llamarse vuestro vencedor.

CORIOLOANO. ¿Vive en Ancio?

LARCIO. En Ancio.

CORIOLOANO. Quisiera tener motivo para buscarle allí, y hacer frente por entero a su odio. Bienvenidos a casa.

Entran Sicinio y Bruto.

Mirad, estos son los tribunos del pueblo, las lenguas de la boca del común. Los desprecio, porque se engalanan de autoridad contra toda paciencia noble.

SICINIO. No paséis más adelante.

CORIOLOANO. ¿Eh? ¿Qué es eso?

BRUTO. Será peligroso seguir. No más adelante.

CORIOLOANO. ¿A qué se debe este cambio?

MENENIO. ¿Qué ocurre?

COMINIO. ¿No ha obtenido ya la aprobación de nobles y de plebeyos?

BRUTO. No, Cominio.

CORIOLOANO. ¿Es que he tenido votos de niños?

PRIMER SENADOR. Tribunos, dejad paso. Él irá a la plaza.

BRUTO. El pueblo está encolerizado contra él.

SICINIO. Deteneos, o todo caerá en tumulto.

CORIOLOANO. ¿Es esa vuestra manada? ¿Han de tener votos quienes ahora los otorgan y al punto reniegan de sus propias lenguas? ¿Cuáles son vuestros oficios? Siendo vosotros sus bocas,

¿por qué no gobernáis sus dientes? ¿No los habéis azuzado vosotros mismos?

MENENIO. Calma, calma.

CORIOLOANO. Es cosa deliberada, y crece por conjura, para refrenar la voluntad de la nobleza. Sufridlo, y vivid con quienes no saben gobernar ni jamás querrán ser gobernados.

BRUTO. No lo llaméis conjura. El pueblo clama que os burlasteis de él; y hace poco, cuando se le dio grano de balde, os quejasteis, y calumniasteis a quienes suplicaban por el pueblo, llamándolos adutores del momento, lisonjeros, enemigos de la nobleza.

CORIOLOANO. Vaya, eso ya se sabía de antes.

BRUTO. No, a todos ellos no.

CORIOLOANO. ¿Los habéis informado desde entonces?

BRUTO. ¿Cómo? ¿Yo, informarlos?

COMINIO. Bien capaz sois de semejante oficio.

BRUTO. No menos capaz, en todo sentido, que vos del vuestro.

CORIOLOANO. ¿Por qué entonces habría yo de ser cónsul? Por aquellas nubes, dejad que merezca tan mal como vos, y hacedme vuestro colega tribuno.

SICINIO. Mostráis demasiado de aquello mismo por lo que el pueblo se agita. Si queréis llegar a donde os dirigís, habréis de buscar el camino, del cual os habéis apartado, con ánimo más manso, o nunca seréis tan noble como para cónsul, ni yo me uniré a él para ser tribuno.

MENENIO. Calmémonos.

COMINIO. Al pueblo se le engaña, se le instiga. Este tejemaneje no conviene a Roma, ni Coriolano ha merecido este obstáculo tan deshonoroso, puesto falsamente en el camino llano de su mérito.

CORIOLOANO. ¿Habladme del grano? Ese fue mi discurso, y lo repetiré de nuevo.

MENENIO. Ahora no, ahora no.

PRIMER SENADOR. No en este acaloramiento, señor, ahora no.

CORIOLOANO. Ahora, por mi vida, lo haré. A mis más nobles amigos pido perdón. En cuanto a la mudable muchedumbre de rancio olor, que me miren, pues no adulo, y que en ello se contemplen a sí mismos. Digo otra vez que, halagándolos, alimentamos contra nuestro senado la cizaña de la rebelión, la insolencia, la sedición, que nosotros mismos hemos arado, sembrado y esparcido al mezclarlos con nosotros, el número honrado, a quienes no falta virtud, no, ni poder, sino aquel que hemos dado a los mendigos.

MENENIO. Bien, basta ya.

PRIMER SENADOR. Ni una palabra más, os lo suplicamos.

CORIOLOANO. ¿Cómo? ¿Ni una más? Así como por mi patria he derramado mi sangre sin temer fuerza extranjera, así también mis pulmones acuñarán palabras hasta su ruina contra esa sarna con que nos negamos a que nos tiña, y que sin embargo buscamos el modo mismo de contraer.

BRUTO. Habláis del pueblo como si fuerais un dios que castiga, y no un hombre sujeto a su misma flaqueza.

SICINIO. Bien haríamos en dejar que el pueblo lo sepa.

MENENIO. ¿Qué, qué? ¿Su cólera?

CORIOLOANO. ¿Cólera? Aunque fuera tan paciente como el sueño de medianoche, por Júpiter, este sería mi parecer.

SICINIO. Es un parecer que ha de quedar como veneno donde está, sin envenenar más allá.

CORIOLOANO. ¿«Ha de quedar»? ¿Oís a este Tritón de los pececillos? ¿Reparáis en su «ha de» absoluto?

COMINIO. Fue contra el canon.

CORIOLOANO. ¿«Ha de»? Oh, buenos pero muy poco sabios patricios, vosotros, senadores graves pero temerarios, ¿habéis así dado a la Hidra licencia para elegir un magistrado que, con su perentorio «ha de», no siendo sino el cuerno y el bramido del monstruo, no carece de ánimo para decir que desviará vuestra corriente hacia una zanja y hará suyo vuestro cauce? Si él tiene poder, entonces rendid vuestra ignorancia; si no lo tiene, despertad de vuestra peligrosa indulgencia. Si sois sabios, no seáis como necios comunes; si no lo sois, dejadles a ellos los cojines a vuestro lado. Vosotros sois plebeyos, si ellos son senadores; y ellos no lo son menos cuando, mezclados vuestros votos, el gusto más fuerte sabe sobre todo al de ellos. Eligen ellos a su magistrado, y a uno tal como este, que opone su «ha de», su popular «ha de», contra un tribunal más grave que ninguno que jamás frunció el ceño en Grecia. ¡Por el propio Júpiter, esto envilece a los cónsules! Y me duele el alma al saber que, cuando dos autoridades se alzan, sin que ninguna sea suprema, cuán pronto puede entrar la confusión por la brecha entre ambas y llevarse la una a la otra.

COMINIO. Bien, sigamos hacia la plaza.

CORIOLOANO. Quienquiera que diese aquel consejo de repartir de balde el grano del granero, como se acostumbraba antaño en Grecia...

MENENIO. Bueno, bueno, no más de eso.

CORIOLOANO. Aunque allí el pueblo tenía poder más absoluto, digo que alimentaron la desobediencia, nutrieron la ruina del Estado.

BRUTO. ¿Por qué habría el pueblo de dar su voto a quien así habla?

CORIOLOANO. Daré mis razones, más dignas que sus votos. Saben que el grano no fue nuestra recompensa, teniendo bien por cierto que jamás prestaron servicio por él. Requeridos para la guerra, hasta cuando se tocaba el ombligo mismo del Estado, no quisieron cruzar las puertas. Esta clase de servicio no merecía grano de balde. Estando en la guerra, sus motines y rebeliones, en los que

mostraron su mayor valor, no hablaban en su favor. La acusación que a menudo han lanzado contra el Senado, sin causa nacida, jamás pudo ser el origen natural de nuestra tan franca donación. Bien, ¿qué entonces? ¿Cómo ha de digerir esta entrañable multitud la cortesía del Senado? Que los hechos expresen lo que habrán de ser sus palabras: «Nosotros lo pedimos; somos la mayoría, y por verdadero temor nos concedieron lo que exigíamos.» Así envilecemos la naturaleza de nuestros escaños y hacemos que la chusma llame temor a nuestro celo, lo cual con el tiempo forzará los cerrojos del Senado y hará entrar a los cuervos a picotear a las águilas.

MENENIO. Vamos, basta.

BRUTO. Basta, y con creces.

CORIOLANO. No, imás aún! Por cuanto pueda jurarse, divino y humano, sea sello de cuanto concluyo. Este doble poder —donde una parte desdeña con razón, la otra insulta sin razón alguna, donde la nobleza, el título, la sabiduría no pueden concluir sino por el sí y el no de la ignorancia general— ha de omitir las necesidades reales y ceder mientras tanto ante la inconstante liviandad. Cerrado así el propósito, síguese que nada se hace con propósito. Por tanto, os lo suplico —vosotros que seréis menos temerosos que discretos, que amáis la parte fundamental del Estado más de lo que teméis su mudanza, que preferís una vida noble a una larga, y deseáis arriesgar un cuerpo con una medicina peligrosa que, sin ella, tiene segura la muerte—: arrancad de una vez la lengua multitudinaria; que no lama la dulzura que es su propio veneno. Vuestro deshonor mutila el juicio verdadero y priva al Estado de aquella integridad que debiera adornarle, sin poder hacer el bien que querría por el mal que lo gobierna.

BRUTO. Ya ha dicho bastante.

SICINIO. Ha hablado como un traidor, y responderá como responden los traidores.

CORIOLOANO. ¡Miserable, que el desprecio te abrume! ¿Qué ha de hacer el pueblo con estos tribunos calvos, de quienes, dependiendo, falta su obediencia al tribunal más alto? En una rebelión, cuando ley era no lo justo sino lo forzoso, entonces fueron elegidos. En hora mejor, dígame que lo justo ha de ser lo forzoso, y échese su poder al polvo.

BRUTO. Traición manifiesta.

SICINIO. ¿Este, cónsul? No.

BRUTO. ¡Ah de los ediles! Que se le prenda.

Entra un edil.

SICINIO. Ve a llamar al pueblo;

[Sale el edil.]

en cuyo nombre yo mismo te detengo como pérfido revolucionario, enemigo del bien público. Obedece, te lo ordeno, y sígueme a rendir cuentas.

CORIOLOANO. Fuera de aquí, viejo cabrón.

TODOS LOS PATRICIOS. Le seremos fiadores.

COMINIO. *[A Sicinio.]* Anciano señor, quitad las manos.

CORIOLOANO. *[A Sicinio.]* Fuera, cosa podrida, o te sacudiré los huesos fuera de tus ropas.

SICINIO. ¡Socorro, ciudadanos!

Entra una turba de plebeyos con los ediles.

MENENIO. ¡Más respeto por ambas partes!

SICINIO. Aquí está quien os arrebataría todo vuestro poder.

BRUTO. Prendedle, ediles.

TODOS LOS PLEBEYOS. ¡Abajo con él, abajo con él!

SEGUNDO SENADOR. ¡Armas, armas, armas!

[Todos se agitan en torno a Coriolano.]

¡Tribunos, patricios, ciudadanos, eh, vosotros! ¡Sicinio, Bruto, Coriolano, ciudadanos!

TODOS. ¡Paz, paz, paz! ¡Alto, deteneos, paz!

MENENIO. ¿Qué va a suceder? Me falta el aliento. La confusión está cerca. No puedo hablar. ¡Vosotros, tribunos, al pueblo!— ¡Coriolano, paciencia!— Hablad, buen Sicinio.

SICINIO. ¡Oídmme, pueblo! ¡Paz!

TODOS LOS PLEBEYOS. Oigamos a nuestro tribuno. ¡Paz! Hablad, hablad, hablad.

SICINIO. Estáis a punto de perder vuestras libertades. Marcio os lo arrebataría todo, Marcio, a quien hace poco nombrasteis cónsul.

MENENIO. ¡Vergüenza, vergüenza, vergüenza! Este es el modo de encender, no de apagar.

PRIMER SENADOR. De derribar la ciudad y arrasarlo todo.

SICINIO. ¿Qué es la ciudad sino el pueblo?

TODOS LOS PLEBEYOS. Ciertó, el pueblo es la ciudad.

BRUTO. Por consentimiento de todos, fuimos establecidos magistrados del pueblo.

TODOS LOS PLEBEYOS. Así seguís siendo.

MENENIO. Y es probable que sigáis siéndolo.

COMINIO. Ese es el modo de arrasar la ciudad, de traer el techo hasta los cimientos, y sepultar bajo montones y pilas de ruina todo lo que todavía se alza con orden distinto.

SICINIO. Esto merece la muerte.

BRUTO. O nos mantenemos en nuestra autoridad, o la perdemos. Aquí pronunciamos, de parte del pueblo, por cuyo poder fuimos elegidos suyos, que Marcio es digno de muerte inmediata.

SICINIO. Prendedle, pues, llevadle a la roca Tarpeya, y desde allí arrojadle a la destrucción.

BRUTO. ¡Ediles, prendedle!

TODOS LOS PLEBEYOS. ¡Ríndete, Marcio, ríndete!

MENENIO. Oídmeme una palabra. Os ruego, tribunos, que me oigáis tan sólo una palabra.

EDILES. ¡Paz, paz!

MENENIO. Sed lo que parecéis: un amigo leal de vuestra patria, y proceded con templanza a lo que así violentamente queréis remediar.

BRUTO. Señor, esos remedios fríos, que parecen ayudas prudentes, son muy venenosos donde el mal es violento.—Echadle mano, y llevadlo a la roca.

[Coriolano desenvaina la espada.]

CORIOLOANO. No; aquí moriré. Hay entre vosotros quien me ha visto combatir. Vamos, probad en vuestras propias carnes lo que en mí habéis visto.

MENENIO. ¡Bajad esa espada!—Tribunos, retiraos un momento.

BRUTO. ¡Echadle mano!

MENENIO. ¡Socorred a Marcio, socorred! ¡Vosotros que sois nobles, ayudadle, jóvenes y viejos!

TODOS LOS PLEBEYOS. ¡Abajo con él, abajo con él!

[En este tumulto, los tribunos, los ediles y el pueblo son rechazados a golpes.]

MENENIO. Id, idos a vuestra casa. Marchaos, fuera. Si no, todo se perderá.

SEGUNDO SENADOR. Idos de aquí.

CORIOLOANO. ¡Manteneos firmes! Tantos amigos tenemos como enemigos.

MENENIO. ¿Ha de llegarse a eso?

PRIMER SENADOR. ¡Los dioses no lo permitan! Te ruego, noble amigo, que vayas a tu casa; déjanos remediar este mal a nosotros.

MENENIO. Porque es una llaga en nosotros que vos no podéis curar por vos mismo. Marchaos, os lo ruego.

COMINIO. Venid, señor, con nosotros.

CORIOLANO. Ojalá fueran bárbaros, como lo son, aunque hayan nacido en Roma, y no romanos, como no lo son, aunque hayan sido paridos en el pórtico mismo del Capitolio.

MENENIO. ¡Marchaos! No pongáis en la lengua vuestra noble cólera. Un tiempo será deudor de otro.

CORIOLANO. En campo abierto podría vencer yo solo a cuarenta de ellos.

MENENIO. Yo mismo podría dar cuenta de un par de los mejores de entre ellos, sí, y de los dos tribunos.

COMINIO. Pero ahora la desproporción rebasa toda cuenta, y el valor se llama locura cuando se alza contra un edificio que se desploma. ¿Queréis marcharos, antes de que vuelva la turba, cuya furia desgarrar como aguas represadas, y arrolla cuanto antes solía sufrir sin protesta?

MENENIO. Os lo ruego, marchaos. Probaré si mi viejo ingenio tiene todavía demanda entre los que tienen tan poco. Esto ha de remendarse con paño de cualquier color.

COMINIO. Vamos, venid.

[Salen Coriolano y Cominio.]

PATRICIO. Este hombre ha malogrado su fortuna.

MENENIO. Su naturaleza es demasiado noble para este mundo. No adularía a Neptuno por su tridente, ni a Júpiter por su poder de lanzar el trueno. Su corazón es su boca; lo que su pecho forja, eso ha de verterlo su lengua, y, cuando está airado, olvida que jamás oyó el nombre de la muerte.

[*Ruido dentro.*]

Buena obra, en verdad.

PATRICIO. ¡Ojalá estuvieran ya acostados!

MENENIO. ¡Ojalá estuvieran en el Tíber! ¿Qué demonios, no pudo hablarles con dulzura?

Entran de nuevo Bruto y Sicinio con la turba.

SICINIO. ¿Dónde está esa víbora que quisiera despoblar la ciudad y ser él solo cada hombre?

MENENIO. Dignos tribunos—

SICINIO. Será arrojado desde la roca Tarpeya con mano rigurosa. Ha resistido a la ley, y por ello la ley le negará otro juicio que la severidad del poder público, al que él tanto desprecia.

PRIMER CIUDADANO. Bien sabrá que los nobles tribunos son la boca del pueblo, y nosotros sus manos.

TODOS LOS PLEBEYOS. Lo sabrá, de eso estamos seguros.

MENENIO. Señor, señor—

SICINIO. ¡Silencio!

MENENIO. No claméis destrucción donde sólo debéis cazar con moderado permiso.

SICINIO. Señor, ¿cómo es que vos habéis ayudado a hacer este rescate?

MENENIO. Escuchadme hablar. Así como conozco el mérito del cónsul, así puedo nombrar sus faltas.

SICINIO. ¿Cónsul? ¿Qué cónsul?

MENENIO. El cónsul Coriolano.

BRUTO. ¿Él, cónsul?

TODOS LOS PLEBEYOS. ¡No, no, no, no, no!

MENENIO. Si, con licencia de los tribunos y la vuestra, buen pueblo, puedo ser oído, os pediría una palabra o dos, que no os causarán otro daño que la pérdida de ese tiempo.

SICINIO. Hablad, pues, brevemente, que estamos resueltos a despachar a ese traidor viperino. Expulsarlo de aquí no sería sino un peligro, y retenerlo aquí, nuestra muerte segura. Por tanto, está decretado que muera esta noche.

MENENIO. ¡Ahora los buenos dioses no permitan que nuestra ínclita Roma, cuya gratitud hacia sus hijos meritorios está inscrita en el propio libro de Júpiter, devore ahora, cual madre desnaturalizada, a los suyos!

SICINIO. Es una enfermedad que ha de extirparse.

MENENIO. Oh, es un miembro que sólo tiene una enfermedad: mortal cortarlo, fácil curarlo. ¿Qué ha hecho a Roma que merezca la muerte? Matar a nuestros enemigos, la sangre que ha perdido —que me atrevo a garantizar que es mayor, con mucho, que la que le queda— la derramó por su patria; y lo que le resta, perderlo a manos de su propia patria sería para todos nosotros, los que lo hacemos y lo consentimos, un estigma hasta el fin del mundo.

SICINIO. Esto es enteramente torcido.

BRUTO. Meramente desviado. Cuando él amaba a su patria, ella lo honraba.

MENENIO. El servicio del pie, una vez gangrenado, ya no se respeta por lo que antes fue.

BRUTO. No oiremos más. Perseguidlo hasta su casa, y arrancadlo de allí, no sea que su infección, por ser contagiosa, se extienda más.

MENENIO. ¡Una palabra más, una palabra! Esta cólera de pie de tigre, cuando descubra el daño de su precipitación no medida, atará demasiado tarde plomos a sus talones. Proceded conforme a derecho, no sea que, siendo él tan querido, estallen bandos y saqueen la gran Roma con romanos.

BRUTO. Si así fuera—

SICINIO. ¿De qué habláis? ¿No hemos tenido ya una prueba de su obediencia? ¡Nuestros ediles golpeados! ¿Y a nosotros mismos resistidos? Vamos.

MENENIO. Considerad esto: se ha criado en la guerra desde que pudo empuñar una espada, y está mal instruido en el lenguaje cernido; harina y salvado juntos arroja sin distinción. Dadme licencia: iré a él y me comprometo a traerlo donde responda en forma legal, en paz, a su propio riesgo extremo.

PRIMER SENADOR. Nobles tribunos, ése es el camino humano: el otro curso resultará demasiado sangriento, y su fin será desconocido para quien lo comience.

SICINIO. Noble Menenio, sed entonces oficial del pueblo.—
Señores, deponed vuestras armas.

BRUTO. No vayáis a casa.

SICINIO. Reuníos en la plaza. Allí os aguardaremos, y si no traéis a Marcio, procederemos por nuestro primer camino.

MENENIO. Yo os lo traeré. [*A los senadores.*] Dejadme rogaros vuestra compañía. Ha de venir, o seguirá lo peor.

PRIMER SENADOR. Os ruego, vamos a él.

[*Salen.*]

Acto III

Escena II

ROMA. UNA HABITACIÓN EN CASA DE CORIOLANO

Entra Coriolano con nobles.

CORIOLANO. Que derriben todo en torno a mis oídos, que me den la muerte en la rueda o atado a los talones de caballos salvajes, o que amontonen diez colinas sobre la roca Tarpeya, de modo que la caída se prolongue más allá del alcance de la vista, aun así seguiré siendo para ellos lo que soy.

PRIMER PATRICIO. Así obráis con más nobleza.

CORIOLANO. Me admira que mi madre no me apruebe aún más, ella que solía llamarlos vasallos de lana, criaturas hechas para comprar y vender por unos cuartos, para descubrirse la cabeza en las asambleas, para bostezar, callar y maravillarse cuando alguien de mi rango se levantaba a hablar de paz o de guerra.

Entra Volumnia.

De vos hablo. ¿Por qué deseasteis que fuese más templado? ¿Queríais que fuese infiel a mi naturaleza? Decid mejor que

interpreto al hombre que soy.

VOLUMNIA. Oh, señor, señor, señor, hubiera querido que os revistierais bien de vuestro poder antes de haberlo desgastado.

CORIOLOANO. Dejadlo.

VOLUMNIA. Podríais haber sido bastante el hombre que sois esforzándoos menos por serlo. Menores habrían sido las contrariedades a vuestro carácter si no les hubierais mostrado cómo estabais dispuesto, antes de que perdieran el poder de contrariaros.

CORIOLOANO. ¡Que se ahorquen!

VOLUMNIA. Sí, y que se quemen también.

Entra Menenio con los senadores.

MENENIO. Vamos, vamos, habéis sido demasiado rudo, algo demasiado rudo. Debéis volver y enmendarlo.

PRIMER SENADOR. No hay otro remedio, a menos que, por no hacerlo, nuestra buena ciudad se hienda por el medio y perezca.

VOLUMNIA. Os lo ruego, dejaos aconsejar. Tengo un corazón tan poco dado a ello como el vuestro, pero también un juicio que encauza mi enojo hacia mejor provecho.

MENENIO. Bien dicho, noble señora. Antes de que él tuviera que doblegarse así ante la grey —si no fuera porque el ímpetu violento de estos tiempos lo exige como medicina para todo el Estado— me pondría yo mismo mi armadura, que a duras penas puedo ya sostener.

CORIOLOANO. ¿Qué he de hacer?

MENENIO. Volver ante los tribunales.

CORIOLOANO. Bien, ¿y luego? ¿Y luego?

MENENIO. Arrepentiros de lo que habéis dicho.

CORIOLOANO. ¿Por ellos? No podría hacerlo ni por los dioses. ¿He de hacerlo, pues, por ellos?

VOLUMNIA. Sois demasiado absoluto, aunque en eso nunca podríais ser demasiado noble, salvo cuando hablan los extremos. Os he oído decir que el honor y la política, como amigos inseparables, crecen juntos en la guerra. Concededme eso, y decidme qué pierde cada uno con el otro en la paz, para que allí no se junten.

CORIOLANO. ¡Bah, bah!

MENENIO. Buena pregunta.

VOLUMNIA. Si es honroso en vuestras guerras pareceros lo que no sois, cosa que por vuestros mejores fines adoptáis como política, ¿en qué es menos o peor que ella tenga compañía en la paz con el honor, como la tiene en la guerra, puesto que a ambos conviene por igual?

CORIOLANO. ¿Por qué me forzáis esto?

VOLUMNIA. Porque ahora os toca hablar al pueblo, no según vuestra propia inclinación, ni según la materia que os dicta el corazón, sino con palabras que sólo tienen raíz en vuestra lengua, aunque sean bastardas y meras sílabas sin aval alguno en la verdad de vuestro pecho. Esto no os deshonra ahora en absoluto más que tomar una plaza con palabras suaves, lo cual, de otro modo, os pondría a merced de la fortuna y del riesgo de mucha sangre. Yo disimularía con mi naturaleza donde mi fortuna y mis amigos, puestos en juego, exigieran que lo hiciera por honor. En esto soy vuestra esposa, vuestro hijo, estos senadores, los nobles; y vos preferiréis mostrar a nuestros patanes generales cómo sabéis fruncir el ceño, antes que gastar con ellos un halago por la herencia de su afecto y la salvaguarda de lo que esa falta pudiera arruinar.

MENENIO. ¡Noble señora!—Venid, id con nosotros; hablad con dulzura. Así podréis remediar, no lo que hoy es peligroso, sino la pérdida de lo pasado.

VOLUMNIA. Te lo ruego ahora, hijo mío, ve a ellos con este bonete en la mano, y llegando hasta ese extremo —hete aquí con ellos—, tu rodilla besando las piedras —pues en tales trances la acción es elocuencia, y los ojos del ignorante son más doctos que sus oídos—,

moviendo la cabeza, corrigiendo así a menudo tu corazón altivo, hecho ahora humilde como la mora más madura, que no soporta que la manejen. O diles que eres su soldado, y que, criado entre reyertas, no tienes el modo suave que confieras te convendría usar, como a ellos les toca reclamarlo, al pedirles su buen afecto; pero que en adelante te harás, en verdad, suyo, en cuanto tengas poder y persona para ello.

MENENIO. Hecho esto tal como ella lo dice, sus corazones serían vuestros; pues, pedido, otorgan el perdón tan de balde como palabras de poco fuste.

VOLUMNIA. Te lo ruego, ve, y déjate guiar; aunque bien sé que preferirías seguir a tu enemigo por un abismo de fuego antes que halagarlo en una glorieta.

Entra Cominio.

Aquí está Cominio.

COMINIO. He estado en la plaza; y, señor, conviene que os forméis un partido fuerte, o que os defendáis con calma o con ausencia. Todo es ira.

MENENIO. Sólo con palabras corteses.

COMINIO. Creo que bastará, si él logra encauzar a ello su ánimo.

VOLUMNIA. Debe, y lo hará.—Te lo ruego, di ahora que sí, y ponte a ello.

CORIOLANO. ¿He de mostrarles mi cabeza sin yelmo? ¿He de dar, con mi vil lengua, a mi noble corazón una mentira que ha de sostener? Bien, lo haré. Y sin embargo, aunque sólo este molde único se perdiera, este molde de Marcio, ellos deberían molerlo a polvo y arrojarlo al viento. ¡A la plaza! Me habéis puesto ahora en un papel que jamás sabré representar con naturalidad.

COMINIO. Vamos, vamos, te apuntaremos.

VOLUMNIA. Te lo ruego ahora, dulce hijo, así como dijiste que mis alabanzas te hicieron primero soldado, así, para tener también mi

alabanza en esto, representa un papel que nunca has representado antes.

CORIOLOANO. Bien, he de hacerlo. ¡Fuera, mi natural condición, y que se apodere de mí el espíritu de alguna ramera! Que mi voz de guerra, que hacía coro con mi tambor, se torne en un pífano tan tenue como el de un eunuco o la voz virginal que arrulla a los niños hasta dormirlos. Que las sonrisas de los bellacos acampen en mis mejillas, y que las lágrimas de colegiales tomen posesión de mis ojos. Que la lengua de un mendigo haga andar mis labios, y mis rodillas guerreras, que sólo se doblaron en el estribo, se plieguen como las de quien recibe una limosna. No lo haré, no sea que deje de honrar mi propia verdad y, con la acción de mi cuerpo, enseñe a mi ánimo una bajeza que le sería del todo ajena.

VOLUMNIA. Haz, pues, lo que quieras. Mendigarte a ti es para mí mayor deshonor que para ti mendigar a ellos. Que todo se venga abajo. Deja que tu madre sienta más bien tu orgullo que tema tu peligrosa tenacidad, pues yo me río de la muerte con corazón tan grande como el tuyo. Haz lo que quieras. Tu valentía fue mía; la mamaste de mí, pero ese orgullo, poséelo tú solo.

CORIOLOANO. Os ruego, calmaos. Madre, voy a la plaza. No me riñáis más. Embaucaré su afecto con embustes, robaré sus corazones con lisonja, y volveré a casa amado de todos los gremios de Roma. Mirad, ya voy. Encomendadme a mi esposa. Volveré hecho cónsul, o que nunca más confíe en lo que mi lengua sepa hacer en el camino de la adulación.

VOLUMNIA. Haz tu voluntad.

[*Sale Volumnia.*]

COMINIO. ¡Vamos! Los tribunos os aguardan. Armaos para responder con mansedumbre, pues, según oigo, están dispuestos con acusaciones más fuertes que las que aún pesan sobre vos.

CORIOLOANO. La palabra es «mansedumbre». Os lo ruego, vamos. Que me acusen con invenciones; yo responderé con mi honor.

MENENIO. Sí, pero con mansedumbre.

CORIOLOGANO. Bien, mansedumbre sea, entonces. Mansedumbre.

[*Salen.*]

ACTO III

ESCENA III

ROMA. EL FORO

Entran Sicinio y Bruto.

BRUTO. En este punto, acusadlo de frente: que aspira al poder tiránico. Si en eso se nos escapa, cargadlo con su encono hacia el pueblo, y con que el botín ganado sobre los ancianos nunca fue repartido.

Entra un edil.

¿Qué, vendrá?

EDIL. Ya viene.

BRUTO. ¿Con quién viene acompañado?

EDIL. Con el viejo Menenio, y aquellos senadores que siempre lo favorecieron.

SICINIO. ¿Tenéis un catálogo de todos los votos que hemos conseguido, anotados uno por uno?

EDIL. Lo tengo. Está listo.

SICINIO. ¿Los habéis reunido por tribus?

EDIL. Así es.

SICINIO. Reunid al punto al pueblo aquí; y cuando me oigan decir «Así ha de ser, por el derecho y la fuerza del común», ya sea por muerte, por multa o por destierro, entonces que ellos, si digo «Multa», griten «Multa»; si «Muerte», griten «Muerte», insistiendo en la vieja prerrogativa y en el poder que asiste a la verdad de la causa.

EDIL. Se lo haré saber.

BRUTO. Y cuando hayan comenzado a gritar, que no cesen, sino que con estrépito confuso impongan la ejecución inmediata de lo que nos toque sentenciar.

EDIL. Muy bien.

SICINIO. Hacedlos fuertes y prontos para esta señal, cuando lleguemos a dársela.

BRUTO. Id a ello.

[*Sale el edil.*]

Ponedlo al punto en cólera. Ha estado siempre acostumbrado a vencer y a tener su ración de contradicción. Una vez irritado, ya no puede refrenarse hasta la templanza; entonces dice lo que lleva en el corazón, y eso es precisamente lo que, junto con nosotros, mira a quebrarle el cuello.

Entran Coriolano, Menenio y Cominio con otros senadores.

SICINIO. Bien, aquí viene.

MENENIO. Con calma, os lo suplico.

CORIOLANO. Sí, como un mozo de cuadra que, por la más mísera moneda, soporta injurias a raudales.—¡Que los honrados dioses mantengan a Roma a salvo, y los sitiales de la justicia provistos de hombres dignos! ¡Que planten el amor entre nosotros! ¡Que abarroten nuestros grandes templos las muestras de paz, y no nuestras calles la guerra!

PRIMER SENADOR. Amén, amén.

MENENIO. Noble deseo.

Entra el edil con los plebeyos.

SICINIO. Acercaos, pueblo.

EDIL. Escuchad a vuestros tribunos. ¡Audiencia! ¡Silencio, digo!

CORIOLOANO. Primero, oídme hablar.

LOS DOS TRIBUNOS. Bien, hablad.—¡Silencio, eh!

CORIOLOANO. ¿No se me acusará de más que de esto presente? ¿Ha de resolverse todo aquí?

SICINIO. Os pregunto si os sometéis a los votos del pueblo, si reconocéis a sus oficiales, y si estáis dispuesto a sufrir la censura legal por aquellas faltas que se os prueben.

CORIOLOANO. Estoy dispuesto.

MENENIO. Mirad, ciudadanos, dice que está dispuesto. Considerad el servicio guerrero que ha prestado. Pensad en las heridas que su cuerpo lleva, que parecen tumbas en el santo cementerio.

CORIOLOANO. Arañazos de zarzas, cicatrices que sólo mueven a risa.

MENENIO. Considerad además que, cuando no habla como un ciudadano, lo halláis hablar como un soldado. No toméis sus acentos más ásperos por sonidos malévolos, sino, como digo, por los que cuadran a un soldado antes que por rencor hacia vosotros.

COMINIO. Bien, bien, basta.

CORIOLOANO. ¿Qué sucede, que, habiendo sido nombrado cónsul por voto unánime, quedo tan deshonorado que en esa misma hora me lo arrebatáis de nuevo?

SICINIO. Respondednos.

CORIOLOANO. Decid, pues. Es cierto, así lo debo.

SICINIO. Os acusamos de haber tramado arrebatarse a Roma toda magistratura consagrada, y de insinuaros en un poder tiránico, por lo cual sois traidor al pueblo.

CORIOOLANO. ¿Cómo? ¿Traidor?

MENENIO. ¡No, con templanza! Vuestra promesa.

CORIOOLANO. ¡Que los fuegos del más hondo infierno envuelvan al pueblo! ¿Llamarme a mí su traidor? ¡Tribuno injurioso! En tus ojos anidan veinte mil muertes, en tus manos empuñas otros tantos millones, en tu lengua mentirosa ambos números juntos; te diría «mientes» con voz tan libre como con la que ruego a los dioses.

SICINIO. ¿Notáis esto, pueblo?

TODOS LOS PLEBEYOS. ¡A la roca, a la roca con él!

SICINIO. ¡Silencio! No necesitamos añadir nueva materia a su acusación. Lo que le habéis visto hacer y oído decir, golpeando a vuestros oficiales, maldiciéndoos a vosotros mismos, oponiéndose a las leyes a golpes, y desafiando aquí a quienes con su gran poder han de juzgarlo —esto solo, tan criminal y de tan capital especie, merece la más extrema de las muertes.

BRUTO. Pero puesto que ha servido bien a Roma—

CORIOOLANO. ¿Qué parloteáis vos de servicio?

BRUTO. Hablo de lo que sé.

CORIOOLANO. ¿Vos?

MENENIO. ¿Es ésta la promesa que le hicisteis a vuestra madre?

COMINIO. Sabed, os lo ruego—

CORIOOLANO. No quiero saber más. Que pronuncien la escarpada muerte Tarpeya, el destierro errante, el desollamiento, la reclusión donde se languidece con un grano al día; no compraría su clemencia al precio de una sola palabra amable, ni refrenaría mi ánimo por lo que puedan darme, con sólo decir «buenos días».

SICINIO. Porque él, en cuanto ha estado en su mano, ha mostrado una y otra vez rencor contra el pueblo, buscando medios de arrebatarle su poder, y ahora por fin ha llegado a los golpes hostiles, y no en presencia de la temida justicia, sino contra los ministros que la administran; en nombre del pueblo, y con el poder que a nosotros, los tribunos, nos asiste, desde este mismo instante lo desterramos de nuestra ciudad, bajo pena de ser precipitado desde la roca Tarpeya, para no volver a entrar jamás por las puertas de nuestra Roma. En nombre del pueblo, digo que así ha de ser.

TODOS LOS PLEBEYOS. ¡Así ha de ser, así ha de ser! ¡Que se vaya! Está desterrado, y así ha de ser.

COMINIO. Oídmе, señores míos y amigos comunes—

SICINIO. Está sentenciado. No hay más audiencia.

COMINIO. Dejadme hablar. He sido cónsul, y puedo mostrar por Roma las marcas de sus enemigos en mi cuerpo. Amo el bien de mi patria con un respeto más tierno, más sagrado y profundo que mi propia vida, que la estima de mi querida esposa, el fruto de su vientre y el tesoro de mis entrañas. Si, pues, quisiera decir eso—

SICINIO. Sabemos adónde vais. ¿Decir qué?

BRUTO. No hay más que decir, sino que queda desterrado como enemigo del pueblo y de su patria. Así ha de ser.

TODOS LOS PLEBEYOS. ¡Así ha de ser, así ha de ser!

CORIOLOANO. Vosotros, jauría vulgar de canes, cuyo aliento odio como el hedor de una ciénaga podrida, cuyo cariño estimo como los cadáveres insepultos de hombres muertos que corrompen mi aire, iyo os destierro a vosotros! Y quedaos aquí con vuestra incertidumbre; que cada rumor pusilánime os haga temblar el corazón; que vuestros enemigos, con sólo cabecear sus penachos, os precipiten a la desesperación. Conservad el poder de desterrar a quienes os defienden, hasta que al fin vuestra ignorancia —que no halla nada hasta que lo siente, sin reservaros más que a vosotros mismos, siempre enemigos vuestros propios— os entregue, cual

cautivos de la más baja condición, a alguna nación que os venza sin dar un golpe. Despreciando por vosotros esta ciudad, así os vuelvo la espalda. Hay un mundo en otra parte.

[Salen Coriolano, Cominio, con otros senadores.]

EDIL. El enemigo del pueblo se ha ido, se ha ido.

TODOS LOS PLEBEYOS. Nuestro enemigo está desterrado; se ha ido. ¡Uh, uh!

[Todos gritan y lanzan sus gorros al aire.]

SICINIO. Id a verlo salir por las puertas, y seguidlo, como él os ha seguido a vosotros, con todo desprecio. Dadle la afrenta merecida. Que una guardia nos acompañe por la ciudad.

TODOS LOS PLEBEYOS. ¡Vamos, vamos, veámoslo salir por las puertas! ¡Vamos! ¡Que los dioses guarden a nuestros nobles tribunos! Vamos.

[Salen.]

Acto IV

Escena I

ROMA. ANTE UNA PUERTA DE LA CIUDAD

Entran Coriolano, Volumnia, Virgilia, Menenio, Cominio, y la joven nobleza de Roma.

CORIOLANO. Vamos, dejad vuestras lágrimas. Una breve despedida. La bestia de muchas cabezas me embiste y me expulsa. No, madre, ¿dónde está vuestro antiguo valor? Solíais decir que los extremos eran la piedra de toque del ánimo; que los infortunios comunes los soportan los hombres comunes; que cuando el mar estaba en calma, todas las barcas por igual mostraban maestría al flotar; que los golpes de la fortuna, cuando más certeros dan, exigen, para sufrirlos con nobleza, una destreza también noble. Solíais cargarme de preceptos que harían invencible al corazón que los aprendiese.

VIRGILIA. ¡Oh, cielos! ¡Oh, cielos!

CORIOLANO. No, te lo ruego, mujer—

VOLUMNIA. ¡Que la roja peste hiera ahora a todos los gremios de Roma, y perezcan los oficios!

CORIOLOANO. ¡Qué, qué, qué! Seré amado cuando me echen de menos. No, madre, recobrad ese ánimo con que solíais decir que, si hubierais sido la esposa de Hércules, seis de sus trabajos habríais hecho vos, y ahorrado a vuestro esposo tanto sudor.—Cominio, no desmayes. Adiós.—Adiós, esposa mía, madre mía. Aún he de salir bien.—Tú, viejo y leal Menenio, tus lágrimas son más saladas que las de un hombre más joven, y venenosas para tus propios ojos.—Mi antiguo general, te he visto impasible, y tú mismo has presenciado a menudo espectáculos que endurecen el corazón. Dile a estas tristes mujeres que es tan necio llorar los golpes inevitables como reírse de ellos.—Madre mía, bien sabéis que mis peligros han sido siempre vuestro consuelo, y —no lo creáis a la ligera— aunque me vaya solo, como un dragón solitario a quien su marisma hace más temido y comentado que visto, vuestro hijo o superará lo común, o caerá en cautelosos cebos y ardidés.

VOLUMNIA. Hijo mío primero, ¿adónde irás? Lleva contigo un tiempo al buen Cominio. Determina algún rumbo, más que una exposición ciega a cada azar que se alce en tu camino.

VIRGILIA. ¡Oh, dioses!

COMINIO. Te seguiré un mes, decidiré contigo dónde has de reposar, para que tengas noticias nuestras y nosotros tuyas; así, si el tiempo trae ocasión para tu regreso, no tendremos que enviar por el vasto mundo en busca de un solo hombre y perder la ventaja, que siempre se enfría en ausencia de quien la necesita.

CORIOLOANO. Quedad con bien, todos.—Tú llevas ya años encima, y estás demasiado saciado de los excesos de la guerra para ir a vagar con quien aún no ha sido magullado. Sácame tan sólo hasta la puerta.—Venid, mi dulce esposa, mi queridísima madre, y vosotros, mis amigos de noble temple. Cuando esté fuera, decidme adiós, y sonreíd. Os lo ruego, venid. Mientras permanezca sobre la tierra, tendréis siempre noticias mías, y nunca sabréis de mí sino lo que siempre fui.

MENENIO. Eso está dicho tan noblemente como oído pueda serlo. Vamos, no lloremos. Si pudiera yo sacudirme siquiera unos siete años de estos viejos brazos y piernas, por los buenos dioses, iría contigo cada paso del camino.

CORIOLOANO. Dame tu mano. Vamos.

[*Salen.*]

Acto IV

Escena II

ROMA. UNA CALLE CERCA DE LA PUERTA

Entran los dos tribunos, Sicinio y Bruto, con el edil.

SICINIO. Decidles a todos que vuelvan a casa. Se ha ido, y no iremos más lejos. La nobleza está irritada, y hemos visto que se ha puesto de su parte.

BRUTO. Ahora que hemos mostrado nuestro poder, parezcamos más humildes una vez hecho que mientras se hacía.

SICINIO. Decidles que vuelvan a casa. Decid que su gran enemigo se ha ido, y que ellos permanecen en su antiguo vigor.

BRUTO. Enviadlos a casa.

[Sale el edil.]

Aquí viene su madre.

Entran Volumnia, Virgilia y Menenio.

SICINIO. No nos crucemos con ella.

BRUTO. ¿Por qué?

SICINIO. Dicen que está loca.

BRUTO. Ya han reparado en nosotros. Seguid vuestro camino.

VOLUMNIA. Oh, bien hallados estáis. ¡Que la plaga acumulada de los dioses pague vuestro amor!

MENENIO. ¡Paz, paz! No alcéis tanto la voz.

VOLUMNIA. Si por llorar pudiera, me oiríais— No, y algo habéis de oír. [*A Sicinio.*] ¿Queréis marcharos?

VIRGILIA. [*A Bruto.*] Vos también os quedaréis. Ojalá tuviera yo el poder de decirle eso a mi esposo.

SICINIO. ¿Sois vos de condición varonil?

VOLUMNIA. Sí, necio, ¿es eso una vergüenza? Repara sólo en esto, necio. ¿No fue mi padre un hombre? ¿Tuviste tú la astucia de una zorra para desterrar a quien asestó más golpes por Roma que palabras has pronunciado tú?

SICINIO. ¡Oh, benditos cielos!

VOLUMNIA. Golpes más nobles que jamás palabras sabias tuyas, y por el bien de Roma. Te diré una cosa —vete, sin embargo. No, pero tú también te quedarás. Ojalá mi hijo estuviera en Arabia, y tu tribu delante de él, con su buena espada en la mano.

SICINIO. ¿Y entonces qué?

VIRGILIA. ¿Y entonces qué? Acabaría con toda tu posteridad.

VOLUMNIA. Bastardos y todos. ¡Buen hombre, las heridas que él lleva por Roma!

MENENIO. Vamos, vamos, paz.

SICINIO. Ojalá hubiera continuado con su patria como empezó, y no hubiese deshecho el noble lazo que había anudado.

BRUTO. Ojalá lo hubiera hecho.

VOLUMNIA. ¿«Ojalá lo hubiera hecho»? Vosotros fuisteis quienes enardecisteis a la turba. Gatos, capaces de juzgar su valía tan

certeramente como yo puedo juzgar esos misterios que el cielo no quiere que la tierra conozca.

BRUTO. Vamos, os lo ruego.

VOLUMNIA. Ahora, os ruego, señor, marchaos. Habéis hecho una hazaña admirable. Antes de que os vayáis, oíd esto: tanto como el Capitolio excede a la más humilde casa de Roma, tanto excede mi hijo —el esposo de esta dama aquí presente, éste, ¿lo veis?— a quien habéis desterrado, os excede a todos vosotros.

BRUTO. Bien, bien, os dejamos.

SICINIO. ¿Para qué quedarnos a ser hostigados por una que ha perdido el juicio?

[Salen los tribunos.]

VOLUMNIA. Llevaos mis oraciones. Ojalá los dioses no tuvieran otra cosa que hacer sino confirmar mis maldiciones. Si pudiera encontrarlos aunque fuese una vez al día, aliviaría mi corazón de lo que pesa sobre él.

MENENIO. Bien se lo habéis dicho, y a fe mía que tenéis razón. ¿Cenaréis conmigo?

VOLUMNIA. La cólera es mi alimento. Me nutro de mí misma, y así me consumiré de hambre alimentándome. Vamos, vámonos. Dejad ese débil quejido, y lamentaos como yo, con ira, a la manera de Juno. Vamos, vamos, vamos.

[Salen.]

MENENIO. ¡Vergüenza, vergüenza, vergüenza!

[Sale Menenio.]

Acto IV

ESCENA III

UN CAMINO ENTRE ROMA Y ANCIO

Entran un romano y un volsco.

ROMANO. Os conozco bien, señor, y vos me conocéis a mí. Vuestro nombre, creo, es Adriano.

VOLSCO. Así es, señor. A decir verdad, os había olvidado.

ROMANO. Soy romano, y mis servicios están, como los vuestros, contra ellos. ¿Me reconocéis ya?

VOLSCO. ¿Nicanor, verdad?

ROMANO. El mismo, señor.

VOLSCO. Teníais más barba cuando os vi la última vez, pero vuestro semblante queda bien confirmado por vuestra lengua. ¿Qué nuevas hay en Roma? Tengo una nota del estado volsco para buscaros allí. Bien me habéis ahorrado un día de camino.

ROMANO. Ha habido en Roma extrañas insurrecciones, el pueblo contra los senadores, los patricios y los nobles.

VOLSCO. ¿Las ha habido? ¿Ha terminado ya, entonces? Nuestro estado no lo cree así. Están en los más belicosos preparativos, y

esperan caer sobre ellos en el calor mismo de su división.

ROMANO. Lo más recio del incendio ha pasado, pero poca cosa bastaría para que ardiera de nuevo; pues los nobles se toman tan a pecho el destierro de aquel digno Coriolano, que están ya maduros para arrebatarse todo el poder al pueblo y arrancarle sus tribunos para siempre. Esto queda ardiendo bajo la ceniza, os lo aseguro, y está casi a punto de estallar con violencia.

VOLSCO. ¿Coriolano, desterrado?

ROMANO. Desterrado, señor.

VOLSCO. Seréis bien recibido con esta noticia, Nicanor.

ROMANO. El momento les es ahora propicio. He oído decir que el tiempo más idóneo para corromper a la esposa de un hombre es cuando ha reñido con su marido. Vuestro noble Tulo Aufidio lucirá bien en estas guerras, ahora que su gran adversario, Coriolano, ya no goza del favor de su patria.

VOLSCO. No puede ser de otro modo. Soy muy afortunado de encontraros así por casualidad. Habéis dado fin a mi encargo, y os acompañaré de buen grado hasta vuestra casa.

ROMANO. Entre esto y la cena os contaré las cosas más extrañas de Roma, todas ellas favorables a sus adversarios. ¿Decís que tenéis un ejército preparado?

VOLSCO. Un ejército verdaderamente real. Los centuriones y sus tropas, ya distribuidos por sus alojamientos, están ya en nómina de guerra, y prestos a ponerse en pie de marcha con sólo una hora de aviso.

ROMANO. Me alegra saber que están dispuestos, y soy, creo, el hombre que ha de ponerlos en acción inmediata. Así que, señor, de todo corazón bien hallado, y muy contento de vuestra compañía.

VOLSCO. Me quitáis la palabra de la boca, señor. Soy yo quien tiene más motivo para alegrarse de la vuestra.

ROMANO. Bien, vayamos juntos.

[*Salen.*]

Acto IV

ESCENA IV

ANCIO. ANTE LA CASA DE AUFIDIO

Entra Coriolano, con ropas humildes, disfrazado y embozado.

CORIOLANO. Hermosa ciudad es este Ancio. Ciudad, yo soy quien hizo tus viudas. A muchos herederos de estos bellos edificios los he oído gemir y desplomarse ante mis guerras. No me conozcas, pues, no sea que tus mujeres, con asadores, y tus niños, con piedras, me den muerte en mezquino combate.

Entra un ciudadano.

Dios os guarde, señor.

CIUDADANO. Y a vos.

CORIOLANO. Indicadme, si es vuestra voluntad, dónde mora el gran Aufidio. ¿Está en Ancio?

CIUDADANO. Lo está, y esta noche agasaja en su casa a los nobles del estado.

CORIOLANO. ¿Cuál es su casa, os lo ruego?

CIUDADANO. Esta que tenéis delante.

CORIOLOANO. Gracias, señor. Adiós.

[Sale el ciudadano.]

¡Oh mundo, qué mudanzas tan resbaladizas las tuyas! Amigos ahora unidos por firme juramento, cuyos dos pechos parecen albergar un solo corazón, cuyas horas, cuyo lecho, cuya comida y ejercicio son siempre compartidos, que son, por así decirlo, gemelos en un amor inseparable, romperán dentro de esta misma hora, por la disensión de un cuarto, en la más amarga enemistad; y así los más encarnizados enemigos, cuyas pasiones y cuyas maquinaciones les han quitado el sueño por destruirse el uno al otro, convertidos por algún azar, por alguna treta que no vale un huevo, en entrañables amigos que enlazan su descendencia. Así me sucede a mí: odio mi tierra natal, y mi amor se ha puesto en esta ciudad enemiga. Entraré. Si me mata, hace justicia cabal; si me deja pasar, serviré a su patria.

[Sale.]

Acto IV

Escena V

ANCIO. UNA SALA EN CASA DE AUFIDIO

Suena música. Entra un criado.

PRIMER CRIADO. ¡Vino, vino, vino! ¿Qué servicio es este? Creo que nuestros compañeros están dormidos.

[Sale.]

Entra otro criado.

SEGUNDO CRIADO. ¿Dónde está Cotus? Mi amo lo llama. ¡Cotus!

[Sale.]

Entra Coriolano.

CORIOLANO. Buena casa. El festín huele bien, pero yo no tengo trazas de convidado.

Entra el primer criado.

PRIMER CRIADO. ¿Qué queréis, amigo? ¿De dónde venís? Aquí no hay sitio para vos. Os ruego que vayáis a la puerta.

[Sale.]

CORIOLOANO. No merezco mejor acogida, siendo Coriolano.

Entra el segundo criado.

SEGUNDO CRIADO. ¿De dónde venís, señor? ¿Es que el portero no tiene ojos en la cara, para dar entrada a semejantes compañías? Os ruego que salgáis.

CORIOLOANO. ¡Fuera!

SEGUNDO CRIADO. ¿Fuera? Fuera vos.

CORIOLOANO. Ahora sí que eres fastidioso.

SEGUNDO CRIADO. ¿Tan valiente sois? Ahora mismo haré que alguien os hable.

Entra el tercer criado; el primero, al entrar, se topa con él.

TERCER CRIADO. ¿Qué sujeto es este?

PRIMER CRIADO. El más extraño que he visto en mi vida. No consigo sacarlo de la casa. Anda, llama a mi amo para que venga.

TERCER CRIADO. ¿Qué tenéis que hacer aquí, amigo? Os ruego que dejéis la casa.

CORIOLOANO. Dejadme solo estar aquí. No haré daño a vuestro hogar.

TERCER CRIADO. ¿Qué sois?

CORIOLOANO. Un caballero.

TERCER CRIADO. Un caballero pobrísimo, a fe mía.

CORIOLOANO. Cierto, así es.

TERCER CRIADO. Os ruego, pobre caballero, que busquéis otro sitio. Aquí no hay lugar para vos. Marchaos, os lo ruego. Vamos.

CORIOLOANO. Sigue tu oficio, vete, y cébate con las sobras frías.

[Lo aparta de un empujón.]

TERCER CRIADO. ¿Cómo, no os vais? Anda, dile a mi amo qué extraño huésped tiene aquí.

SEGUNDO CRIADO. Así lo haré.

[*Sale.*]

TERCER CRIADO. ¿Dónde moras tú?

CORIOLOANO. Bajo el dosel del cielo.

TERCER CRIADO. ¿Bajo el dosel del cielo?

CORIOLOANO. Sí.

TERCER CRIADO. ¿Y eso dónde está?

CORIOLOANO. En la ciudad de los milanos y los cuervos.

TERCER CRIADO. ¿En la ciudad de los milanos y los cuervos? ¡Qué asno es este! Entonces, ¿también moras con las grajas?

CORIOLOANO. No, que no sirvo a tu amo.

TERCER CRIADO. ¿Cómo, señor? ¿Os metéis con mi amo?

CORIOLOANO. Sí, y es más honrado servicio que meterme con tu ama. Parlas y parlas sin parar. ¡Sirve con tu escudilla, y fuera de aquí!

[*Lo golpea y lo echa.*]

[*Sale el tercer criado.*]

Entra Aufidio con el segundo criado.

AUFIDIO. ¿Dónde está ese sujeto?

SEGUNDO CRIADO. Aquí, señor. Lo hubiera molido a palos como a un perro, de no ser por no molestar a los señores de dentro.

AUFIDIO. ¿De dónde vienes? ¿Qué quieres? ¿Tu nombre? ¿Por qué no hablas? Habla, hombre. ¿Cuál es tu nombre?

CORIOLOANO. [*Quitándose el embozo.*] Si tú, Tulo, aún no me conoces, y al verme no me tienes por el hombre que soy, la necesidad me manda decir mi nombre.

AUFIDIO. ¿Cuál es tu nombre?

CORIOLOANO. Un nombre poco musical a oídos de los volscos, y áspero de sonido a los tuyos.

AUFIDIO. Di, ¿cuál es tu nombre? Tienes aspecto torvo, y tu rostro lleva en sí un mando. Aunque tu aparejo esté roto, muestras ser noble nave. ¿Cuál es tu nombre?

CORIOLOANO. Prepara tu ceño para fruncirse. ¿Me conoces ya?

AUFIDIO. No te conozco. ¿Tu nombre?

CORIOLOANO. Mi nombre es Cayo Marcio, que a ti en particular y a todos los volscos ha hecho gran daño y mal; de ello puede dar fe mi sobrenombre de Coriolano. El penoso servicio, los peligros extremos y las gotas de sangre vertidas por mi ingrata patria no han sido recompensados sino con ese sobrenombre, buena memoria y testimonio del rencor y del disgusto que debes sentir hacia mí. Solo ese nombre me queda. La crueldad y la malicia del pueblo, consentidas por nuestros cobardes nobles, que me han abandonado del todo, han devorado lo demás, y han permitido que por voz de esclavos fuese yo expulsado a gritos de Roma. Ahora este extremo me ha traído a tu hogar, no con la esperanza —no me malentiendas— de salvar la vida; pues si hubiera temido la muerte, de entre todos los hombres del mundo a ti te habría evitado; pero por puro despecho, por quedar del todo vengado de quienes me desterraron, me presento aquí ante ti. Así pues, si tienes en el pecho un corazón de venganza, que quiera vengar tus propios agravios y poner fin a esas mancillas de vergüenza que se ven por toda tu patria, apresúrate al instante y haz que mi desdicha sirva a tu propósito. Úsala de modo que mis vengativos servicios resulten beneficios para ti, pues combatiré contra mi patria carcomida con la saña de todos los demonios del abismo. Pero si acaso no te atreves a esto, y estás cansado de tentar más fortunas, entonces, en una palabra, también yo estoy ya harto de seguir viviendo, y te presento mi garganta a ti y a tu antiguo rencor, la cual no cortar te mostraría por necio, pues siempre te he perseguido con odio, he sacado toneles de sangre del pecho de tu patria, y no puedo vivir sino para tu vergüenza, a menos que sea para servirte.

AUFIDIO. ¡Oh Marcio, Marcio! Cada palabra que has dicho ha arrancado de mi corazón una raíz de antigua envidia. Si Júpiter, desde aquella nube, hablase cosas divinas y dijese que esto es verdad, no le creería más de lo que te creo a ti, noblísimo Marcio. Deja que enlace mis brazos en torno a ese cuerpo, contra el cual mi fresno nudoso se ha quebrado cien veces y ha mellado la luna con sus astillas. Aquí abrazo el yunque de mi espada, y con tu amor contiendo con tanto ardor y tanta nobleza como alguna vez, con ambiciosa fuerza, contendí contra tu valor. Sabe primero que amé a la doncella con quien me casé, y que ningún hombre exhaló suspiro más sincero; pero al verte aquí, noble criatura, más baila mi corazón embelesado que cuando por vez primera vi a mi desposada esposa cruzar mi umbral. ¡Cómo, tú, Marte! Te digo que tenemos un ejército en pie, y era mi propósito arrancar una vez más tu escudo de tus brazos, o perder el mío en el empeño. Doce veces distintas me has vencido, y desde entonces, cada noche, he soñado con encuentros entre tú y yo; hemos caído juntos en mi sueño, desabrochándonos los yelmos, agarrándonos el uno al otro por la garganta, y he despertado medio muerto sin nada. Digno Marcio, aunque nouviéramos con Roma otra querella sino que tú de ella has sido desterrado, reuniríamos a todos, de doce a setenta años, y, derramando la guerra en las entrañas de la ingrata Roma, la arrollaríamos como una audaz avenida. Ea, ven, entra, y toma de las manos a nuestros senadores amigos, que están aquí ahora, despidiéndose de mí, que me hallo dispuesto contra vuestros territorios, aunque no contra Roma misma.

CORIOIANO. ¡Los dioses me bendicen!

AUFIDIO. Así pues, señor absoluto donde los haya, si quieres tomar el mando de tus propias venganzas, toma la mitad de mi mando, y dispón —pues nadie mejor que tú, que conoces la fuerza y la flaqueza de tu patria, lo sabrá hacer— tus propios planes: ya sea llamar a golpes a las puertas de Roma, o visitarla con rudeza por sus partes más remotas, para amedrentarla antes de destruirla. Pero entra. Deja que te presente primero a quienes han de decir que sí a tus deseos. ¡Mil bienvenidas! Y más amigo que jamás enemigo fuiste

—aunque, Marcio, aquello ya fue mucho—. Vuestra mano. ¡Muy bienvenido!

[Salen Coriolano y Aufidio.]

Dos de los criados se adelantan.

PRIMER CRIADO. ¡Vaya cambio más extraño!

SEGUNDO CRIADO. A fe mía, había pensado darle con un garrote, y sin embargo el ánimo me decía que sus ropas mentían sobre él.

PRIMER CRIADO. ¡Qué brazo tiene! Me hizo girar con el dedo y el pulgar como quien hace bailar una peonza.

SEGUNDO CRIADO. Ya, ya sabía yo, por su cara, que había algo en él. Tenía, señor, una especie de semblante, me parecía... no sabría cómo llamarlo.

PRIMER CRIADO. Así era, mirándolo bien... Que me ahorquen si no pensé que había en él más de lo que yo podía pensar.

SEGUNDO CRIADO. Y yo lo mismo, lo juro. Es, sencillamente, el hombre más singular del mundo.

PRIMER CRIADO. Yo creo que sí. Pero conocéis a un soldado mayor que él.

SEGUNDO CRIADO. ¿Quién, mi amo?

PRIMER CRIADO. No, no hace falta decirlo.

SEGUNDO CRIADO. Vale por seis como él.

PRIMER CRIADO. No, tampoco tanto. Pero lo tengo por el mejor soldado.

SEGUNDO CRIADO. A fe mía, mirad, eso no se puede decir así como así. Para la defensa de una plaza, nuestro general es excelente.

PRIMER CRIADO. Sí, y también para el asalto.

Entra el tercer criado.

TERCER CRIADO. ¡Oh, esclavos, os traigo noticias, noticias, bribones!

PRIMERO Y SEGUNDO CRIADOS. ¿Qué, qué, qué? Contádnoslas.

TERCER CRIADO. De todas las naciones, no querría ser romano; tanto me daría ser un condenado a muerte.

PRIMERO Y SEGUNDO CRIADOS. ¿Por qué? ¿Por qué?

TERCER CRIADO. Pues porque está aquí el que solía zurrar a nuestro general, Cayo Marcio.

PRIMER CRIADO. ¿Por qué decís «zurrar a nuestro general»?

TERCER CRIADO. No digo «zurrar a nuestro general», pero siempre estuvo a su altura.

SEGUNDO CRIADO. Vamos, somos compañeros y amigos. Siempre le pudo; se lo he oído decir a él mismo.

PRIMER CRIADO. Le pudo de veras, a decir verdad, ante Corioles; lo tajó y lo acuchilló como a una carbonada.

SEGUNDO CRIADO. Y si hubiera sido dado a comer carne humana, hasta lo habría cocido y comido.

PRIMER CRIADO. Pero, ¿qué más de tus noticias?

TERCER CRIADO. Pues ahí dentro lo festejan como si fuera hijo y heredero de Marte; lo sientan a la cabecera de la mesa; ningún senador le hace una pregunta sino descubriéndose ante él. Nuestro propio general lo trata como a una dama a la que cortejar, se santigua con su mano, y pone los ojos en blanco al oírle discurrir. Pero el fondo de la noticia es que nuestro general está partido por la mitad, y no es sino la mitad de lo que era ayer, pues el otro tiene la otra mitad, por ruego y concesión de toda la mesa. Dice que irá y arrastrará por las orejas al portero de las puertas de Roma. Segará a todos los que se le pongan delante, y dejará su paso pelado.

SEGUNDO CRIADO. Y es tan capaz de hacerlo como cualquier hombre que yo pueda imaginar.

TERCER CRIADO. ¿Hacerlo? ¡Lo hará! Pues mirad, señor, tiene tantos amigos como enemigos; y esos amigos, señor, por así decirlo, no se atrevían, mirad, señor, a mostrarse, como quien dice, amigos suyos mientras estaba en «directitud».

PRIMER CRIADO. ¿«Directitud»? ¿Y eso qué es?

TERCER CRIADO. Pero cuando vean, señor,alzada de nuevo su cresta, y al hombre otra vez en su sazón, saldrán de sus madrigueras como conejos después de la lluvia, y todos se solazarán con él.

PRIMER CRIADO. Pero, ¿cuándo se pone esto en marcha?

TERCER CRIADO. Mañana, hoy, al punto. Esta misma tarde oiréis batir el tambor. Es, por así decirlo, parte de su festín, y ha de ejecutarse antes de que se limpien los labios.

SEGUNDO CRIADO. Pues entonces volveremos a tener un mundo agitado. Esta paz no sirve más que para oxidar el hierro, multiplicar sastres y criar coplistas.

PRIMER CRIADO. Dadme la guerra, digo yo. Aventaja a la paz tanto como el día a la noche. Es viva de andar, sonora, y llena de desahogo. La paz es una verdadera apoplejía, un letargo; embotada, sorda, soñolienta, insensible; engendra más bastardos de los que la guerra destruye hombres.

SEGUNDO CRIADO. Así es; y así como de la guerra puede decirse, en cierto modo, que es una violadora, tampoco puede negarse que la paz es una gran fabricante de cornudos.

PRIMER CRIADO. Sí, y hace que los hombres se odien entre sí.

TERCER CRIADO. Razón: porque entonces se necesitan menos los unos a los otros. ¡La guerra, por mi dinero! Espero ver a los romanos tan baratos como a los volscos. Se levantan; se levantan.

TODOS. ¡Adentro, adentro, adentro, adentro!

[*Salen.*]

Acto IV

ESCENA VI

ROMA. UN LUGAR PÚBLICO

Entran los dos tribunos, Sicinio y Bruto.

SICINIO. Nada sabemos de él, ni tenemos por qué temerlo. Sus remedios son mansos: la paz presente y la quietud del pueblo, que antes andaba en salvaje agitación. Con esto hacemos que sus amigos se avergüencen de que al mundo le vaya bien, ellos que preferirían, aunque ellos mismos salieran perjudicados, ver las calles infestadas de multitudes discordes antes que ver a nuestros mercaderes cantando en sus tiendas y ocupados amistosamente en sus oficios.

BRUTO. A tiempo nos mantuvimos firmes.

Entra Menenio.

¿Es este Menenio?

SICINIO. Es él, es él. ¡Oh, se ha vuelto muy afable últimamente!
—¡Salud, señor!

MENENIO. Salud a los dos.

SICINIO. A vuestro Coriolano no se le echa mucho de menos, salvo por sus amigos. La república se mantiene en pie, y así se mantendría aunque él se enojara más por ello.

MENENIO. Todo va bien, y hubiera podido ir mucho mejor si él hubiese sabido transigir.

SICINIO. ¿Dónde está? ¿Tenéis noticias?

MENENIO. No, no sé nada; ni su madre ni su esposa tienen noticias de él.

Entran tres o cuatro ciudadanos.

TODOS LOS CIUDADANOS. ¡Que los dioses os guarden a los dos!

SICINIO. Buenas tardes, vecinos.

BRUTO. Buenas tardes a todos, buenas tardes a todos.

PRIMER CIUDADANO. Nosotros mismos, nuestras esposas y nuestros hijos, de rodillas, estamos obligados a rogar por los dos.

SICINIO. ¡Vivid y prosperad!

BRUTO. Adiós, buenos vecinos. Quisiéramos que Coriolano os hubiera amado como nosotros os amamos.

CIUDADANOS. ¡Que los dioses os guarden!

LOS DOS TRIBUNOS. Adiós, adiós.

[Salen los ciudadanos.]

SICINIO. Este es un tiempo más feliz y más decoroso que cuando esta gente corría por las calles clamando confusión.

BRUTO. Cayo Marcio era un digno oficial en la guerra, pero insolente, dominado por el orgullo, ambicioso, y en extremo, más allá de todo pensar, egoísta.

SICINIO. Y con ansias de un trono único, sin ayuda de nadie.

MENENIO. No lo creo así.

SICINIO. A estas horas, para lamento de todos, lo habríamos comprobado, de haber salido cónsul.

BRUTO. Los dioses lo han impedido a tiempo, y Roma está segura y tranquila sin él.

Entra un edil.

EDIL. Dignos tribunos, hay un esclavo, al que hemos metido en prisión, que informa de que los volscos, con dos ejércitos distintos, han entrado en territorio romano, y con la más profunda malicia de la guerra destruyen cuanto encuentran a su paso.

MENENIO. Es Aufidio, que, al oír del destierro de nuestro Marcio, vuelve a asomar sus cuernos al mundo, cuernos que estaban guardados en su concha mientras Marcio defendía Roma, y no osaba ni siquiera asomarlos.

SICINIO. Vamos, ¿por qué habláis de Marcio?

BRUTO. Id a que azoten a ese propalador de rumores. No puede ser que los volscos se atrevan a romper con nosotros.

MENENIO. ¿No puede ser? Tenemos constancia de que puede ser muy bien, y en mi tiempo ha habido tres ejemplos semejantes. Pero razonad con ese hombre antes de castigarlo, preguntadle dónde lo oyó, no sea que por azar azotéis a vuestra propia información, y golpeéis al mensajero que os avisa de lo que hay que temer.

SICINIO. A mí no me lo digáis. Sé que esto no puede ser.

BRUTO. Imposible.

Entra un mensajero.

MENSAJERO. Los nobles, con gran premura, se dirigen todos a la Casa del Senado. Llegan noticias que les mudan el semblante.

SICINIO. Es ese esclavo... Id, azotadlo ante los ojos del pueblo... lo que ha alterado a todos no es sino su informe.

MENSAJERO. Sí, digno señor, el informe del esclavo se confirma, y más, más temible aún, se ha traído.

SICINIO. ¿Qué hay más temible?

MENSAJERO. Se dice abiertamente por muchas bocas —cuán probable sea, no lo sé— que Marcio, unido a Aufidio, dirige un ejército contra Roma, y jura una venganza tan vasta como la distancia entre lo más joven y lo más viejo que existe.

SICINIO. ¡Esto es de lo más probable!

BRUTO. Levantado solo para que los más débiles deseen que el buen Marcio vuelva a casa.

SICINIO. La treta misma.

MENENIO. Esto es improbable; él y Aufidio no pueden reconciliarse más de lo que pueden avenirse las más violentas contrariedades.

Entra un segundo mensajero.

SEGUNDO MENSAJERO. Se os llama al Senado. Un ejército temible, capitaneado por Cayo Marcio junto con Aufidio, hace estragos en nuestros territorios, y ya se ha abierto paso arrollando cuanto encontraba, consumiéndolo con fuego y tomándolo.

Entra Cominio.

COMINIO. ¡Oh, buena obra habéis hecho!

MENENIO. ¿Qué noticias? ¿Qué noticias?

COMINIO. Habéis ayudado a que violen a vuestras propias hijas, a que se os derripan los plomos de la ciudad sobre las coronillas, a ver a vuestras esposas deshonradas ante vuestras propias narices...

MENENIO. ¿Cuáles son las noticias? ¿Cuáles son las noticias?

COMINIO. Vuestros templos, ardidados hasta sus cimientos, y vuestros privilegios, sobre los que os manteníais firmes, reducidos al agujero de una barrena.

MENENIO. Vamos, ¿vuestras noticias? Buena obra habéis hecho, me temo. Vamos, ¿vuestras noticias? Si Marcio se hubiera unido a los volscos...

COMINIO. ¿Sí? Es su dios; los guía como cosa hecha por otra deidad distinta de la Naturaleza, que forma mejor al hombre; y ellos lo siguen contra nosotros, mocosos, con no menos confianza que los niños que persiguen mariposas de verano, o los carniceros que matan moscas.

MENENIO. Buena obra habéis hecho, vos y vuestros hombres de delantal, vos que tanto os apoyasteis en la voz de los oficios y el aliento de los comedores de ajo.

COMINIO. Os hará temblar Roma sobre las orejas.

MENENIO. Como Hércules sacudía la fruta madura. Buena obra habéis hecho.

BRUTO. Pero, ¿es esto cierto, señor?

COMINIO. Sí, y os pondréis pálidos antes de que lo halléis de otro modo. Todas las regiones se rebelan sonrientes, y a quien resiste se le escarnece por su valerosa ignorancia, y perece como necio constante. ¿Quién puede culparlo? Vuestros enemigos y los suyos hallan algo en él.

MENENIO. Estamos todos perdidos, a menos que ese noble varón tenga piedad.

COMINIO. ¿Quién ha de pedirla? Los tribunos no pueden hacerlo, de vergüenza; el pueblo merece de él tanta piedad como el lobo de los pastores. En cuanto a sus mejores amigos, si le dijeran «Sé bueno con Roma», lo cargarían tanto como lo harían aquellos que hubiesen merecido su odio, y en ello se mostrarían como enemigos.

MENENIO. Es cierto. Aunque estuviera aplicando a mi casa la tea que hubiese de consumirla, no tendría cara para decir «Os lo ruego, cesad». ¡Buenas manos habéis hecho, vos y vuestros oficios! ¡Buena maña os habéis dado!

COMINIO. Habéis traído sobre Roma un temblor tal como nunca la halló tan incapaz de auxilio.

TRIBUNOS. No digáis que lo trajimos nosotros.

MENENIO. ¿Cómo? ¿Fuimos nosotros? Nosotros lo amábamos, pero, como bestias y nobles cobardes, cedimos ante vuestras turbas, que lo echaron a gritos de la ciudad.

COMINIO. Pero me temo que a fuerza de rugidos lo harán volver. Tulo Aufidio, el segundo nombre entre los hombres, obedece sus órdenes como si fuera su oficial. La desesperación es toda la política, la fuerza y la defensa que Roma puede oponerles.

Entra una tropa de ciudadanos.

MENENIO. Aquí vienen las turbas. ¿Y Aufidio está con él? Vosotros sois los que hicisteis irrespirable el aire al arrojar vuestros gorros hediondos y grasientos, gritando de júbilo por el destierro de Coriolano. Ahora viene él, y no habrá un solo pelo en la cabeza de un soldado que no se convierta en un látigo. Tantas mentecatas cabezas como gorros arrojasteis al aire derribará él, y os pagará por vuestros votos. No importa. Aunque nos redujera a todos a un solo carbón, lo tendríamos merecido.

TODOS LOS CIUDADANOS. A fe que oímos noticias temibles.

PRIMER CIUDADANO. Por mi parte, cuando dije que lo desterrarán, dije que era una lástima.

SEGUNDO CIUDADANO. Y yo también lo dije.

TERCER CIUDADANO. Y yo también. Y, a decir verdad, así lo dijeron muchos de nosotros. Lo que hicimos, lo hicimos por el bien de todos; y aunque consentimos de buen grado en su destierro, fue contra nuestra voluntad.

COMINIO. ¡Buenas alhajas sois, vosotros, los votos!

MENENIO. Buena obra habéis hecho, vosotros y vuestro griterío. ¿Vamos al Capitolio?

COMINIO. Oh, sí, ¿qué si no?

[Salen Cominio y Menenio.]

SICINIO. Id, señores, marchaos a casa. No os desalentéis. Esta es gente que se alegraría de que fuese cierto lo que tanto parece

temer. Id a casa, y no mostréis señal alguna de miedo.

PRIMER CIUDADANO. ¡Que los dioses nos sean propicios! Vamos, señores, vámonos a casa. Siempre dije que obrábamos mal al desterrarlo.

SEGUNDO CIUDADANO. Eso dijimos todos. Pero, vamos, vámonos a casa.

[Salen los ciudadanos.]

BRUTO. No me gustan estas noticias.

SICINIO. Ni a mí.

BRUTO. Vamos al Capitolio. ¡Ojalá la mitad de mi fortuna bastara para comprar que esto fuese mentira!

SICINIO. Vamos, os lo ruego.

[Salen.]

Acto IV

ESCENA VII

UN CAMPAMENTO A POCA DISTANCIA DE ROMA

Entra Aufidio con su lugarteniente.

AUFIDIO. ¿Siguen acudiendo en tropel hacia el romano?

LUGARTENIENTE. No sé qué brujería hay en él, pero vuestros soldados lo tratan como la bendición antes de comer, como el tema de su charla en la mesa, y como la acción de gracias al final; y vos quedáis eclipsado en esta empresa, señor, hasta por los vuestros.

AUFIDIO. No puedo remediarlo ahora, a menos que, empleando medios para ello, cojee el pie de nuestro designio. Se comporta con más orgullo, incluso hacia mi persona, de lo que pensé cuando por vez primera lo abracé. Y sin embargo, en eso su naturaleza no ha cambiado, y he de disculpar lo que no se puede enmendar.

LUGARTENIENTE. Con todo, quisiera, señor —lo digo por vuestro particular interés—, que no os hubierais unido en el mando con él, sino que hubierais llevado la empresa vos solo, o se la hubierais dejado a él enteramente.

AUFIDIO. Te entiendo bien, y ten por seguro que, cuando llegue a rendir cuentas, no sabrá qué puedo alegar contra él, aunque parezca

—y así lo cree él, y no menos lo advierte el ojo vulgar— que lleva todo con nobleza, que administra bien los intereses del estado volsco, que combate como un dragón, y logra tanto como desenvaina la espada; sin embargo ha dejado sin hacer aquello que le romperá el cuello, o pondrá en riesgo el mío, cuando lleguemos a rendir cuentas.

LUGARTENIENTE. Señor, os lo ruego, ¿pensáis que se apoderará de Roma?

AUFIDIO. Todos los lugares se le rinden antes de que él siquiera se asiente, y la nobleza de Roma es suya; los senadores y los patricios también lo aman. Los tribunos no son soldados, y su pueblo será tan precipitado en revocar el destierro como lo fue en apresurarse a expulsarlo de allí. Creo que él será para Roma lo que el águila pescadora para el pez, al que captura por soberanía de naturaleza. Al principio fue para ellos un noble servidor, pero no supo llevar sus honores con medida. Ya fuera el orgullo, que de la fortuna diaria siempre mancha al hombre dichoso; ya fuera defecto de juicio, al fallar en disponer bien de las ocasiones de que era dueño; ya fuera su naturaleza, incapaz de ser otra cosa que una sola, sin pasar del yelmo al almohadón, sino imponiendo la paz con la misma austeridad y el mismo talante con que gobernaba la guerra; pero uno de estos —pues de todos tiene algo, aunque no de todos, que hasta ahí me atrevo a disculparlo— lo hizo temido, tan odiado y tan desterrado. Pero tiene un mérito capaz de ahogar todo esto en cuanto se pronuncia. Así nuestras virtudes dependen de la interpretación del momento, y el poder, por más loable que sea en sí mismo, no tiene tumba tan patente como una silla desde la que ensalzar lo que ha hecho. Un fuego expulsa a otro fuego, un clavo a otro clavo; los derechos flaquean ante los derechos, las fuerzas fallan ante las fuerzas. Vamos, marchémonos. Cuando, Cayo, Roma sea tuya, serás el más pobre de todos; y entonces, pronto, serás mío.

[*Salen.*]

Acto V

ESCENA I

ROMA. UN LUGAR PÚBLICO

Entran Menenio, Cominio, Sicinio y Bruto (los dos tribunos), con otros.

MENENIO. No, no iré. Oís lo que ha dicho quien fue en su día su general, que lo amaba con el más entrañable afecto particular. A mí me llamaba padre. ¿Y qué con eso? Id vosotros, que lo desterrasteis; a una milla de su tienda, caed de rodillas y abríos camino de rodillas hasta su misericordia. No, si se esquivó de oír hablar a Cominio, yo me quedo en casa.

COMINIO. No dio muestras de conocerme.

MENENIO. ¿Oís eso?

COMINIO. Aunque una vez sí me llamó por mi nombre. Le recordé nuestra vieja amistad, y la sangre que juntos hemos derramado. Al nombre de «Coriolano» no quiso responder, prohibió todos los nombres. Era como una especie de nada, sin título, hasta que se forjara un nombre en el fuego de Roma en llamas.

MENENIO. Vaya, así es; ¡buena obra habéis hecho! ¡Un par de tribunos que han arruinado Roma para abaratar el carbón! ¡Noble

recuerdo!

COMINIO. Le hice notar cuán regio es perdonar cuando menos se espera. Respondió que no era sino la mísera petición de un estado a aquel a quien habían castigado.

MENENIO. Muy bien. ¿Podía decir menos?

COMINIO. Me ofrecí a despertar su consideración por sus amigos particulares. Su respuesta fue que no podía detenerse a escogerlos en un montón de paja hedionda y mohosa. Dijo que era una necedad dejar sin quemar uno o dos pobres granos, y seguir oliendo la ofensa.

MENENIO. ¡Uno o dos pobres granos! ¡Yo soy uno de esos! Su madre, su esposa, su hijo, y este valiente también, nosotros somos los granos; vosotros sois la paja mohosa, y a vosotros se os huele hasta más allá de la luna. A nosotros nos toca arder por vosotros.

SICINIO. No, os lo ruego, tened paciencia. Si negáis vuestra ayuda en este auxilio como nunca antes necesitado, no por ello nos reprochéis nuestra desdicha. Pero seguramente, si quisierais ser el abogado de vuestra patria, vuestra buena lengua, más que el ejército que podamos reunir al instante, podría detener a nuestro compatriota.

MENENIO. No, no me meteré en ello.

SICINIO. Id a verlo, os lo ruego.

MENENIO. ¿Qué habría de hacer yo?

BRUTO. Solo poner a prueba lo que vuestro afecto puede lograr por Roma, ante Marcio.

MENENIO. Bien, y suponed que Marcio me devuelve, como a Cominio, sin haberme oído, ¿qué entonces? Sino como un amigo descontento, herido de pesar por su desabrimiento. ¿Suponed que así sea?

SICINIO. Y aun así vuestra buena voluntad ha de recibir de Roma el agradecimiento a la medida de vuestra buena intención.

MENENIO. Lo intentaré. Creo que me escuchará. Sin embargo, que se mordiera el labio y murmurara ante el buen Cominio me desanima mucho. No lo tomó bien; no había comido. Con las venas vacías, nuestra sangre está fría, y entonces ponemos mal gesto a la mañana, y no estamos dispuestos ni a dar ni a perdonar; pero cuando hemos llenado estos conductos y estos cauces de nuestra sangre con vino y con alimento, tenemos almas más flexibles que en nuestros ayunos como de sacerdote. Así pues, lo vigilaré hasta que esté dispuesto a mi antojo, y entonces lo abordaré.

BRUTO. Conocéis bien el camino hasta su bondad, y no podéis perderos.

MENENIO. A fe mía, lo pondré a prueba, salga como salga. Pronto tendré noticia de mi éxito.

[*Sale.*]

COMINIO. Nunca lo escuchará.

SICINIO. ¿No?

COMINIO. Os digo que se sienta entre el oro, con los ojos rojos como si fueran a quemar Roma; y su agravio hace de carcelero a su piedad. Me arrodillé ante él; con voz muy débil dijo «Levantaos»; me despidió así, con su mano muda. Lo que estaba dispuesto a hacer me lo envió por escrito después; lo que no, quedó atado por juramento a sus condiciones. De modo que toda esperanza es vana, a menos que su noble madre y su esposa, que según oigo se proponen suplicarle piedad para su patria, lo consigan. Vayamos, pues, y con nuestros buenos ruegos apresurémoslas.

[*Salen.*]

Acto V

ESCENA II

UN PUESTO AVANZADO DEL CAMPAMENTO VOLSCO ANTE ROMA

Entra Menenio ante la guardia, o centinela.

PRIMER CENTINELA. ¡Alto! ¿De dónde venís?

SEGUNDO CENTINELA. Deteneos, y volved atrás.

MENENIO. Vigiláis como hombres cabales; está bien. Pero, con vuestro permiso, soy un funcionario del estado y vengo a hablar con Coriolano.

PRIMER CENTINELA. ¿De dónde venís?

MENENIO. De Roma.

PRIMER CENTINELA. No podéis pasar; debéis volver. Nuestro general no quiere oír más de allí.

SEGUNDO CENTINELA. Antes veréis vuestra Roma abrazada por el fuego que hablar con Coriolano.

MENENIO. Buenos amigos, si habéis oído a vuestro general hablar de Roma y de sus amigos allí, apostaríais cualquier cosa a que mi

nombre ha llegado a vuestros oídos. Es Menenio.

PRIMER CENTINELA. Sea así; volved. La virtud de vuestro nombre no tiene aquí paso franco.

MENENIO. Te digo, amigo, que tu general es mi amigo del alma. He sido el libro de sus buenas acciones, donde los hombres han leído su fama sin par felizmente amplificada; pues siempre he acreditado a mis amigos —y él es el primero de ellos— con toda la magnitud que la verdad podría consentir sin desmentirse. Es más: a veces, como una bola sobre terreno traidor, he rodado más allá de la tirada, y en alabanza suya casi he acuñado la mentira. Por tanto, amigo, se me ha de dar licencia para pasar.

PRIMER CENTINELA. A fe, señor, que aunque hubierais dicho tantas mentiras en favor suyo como palabras habéis proferido en el vuestro, no pasaríais por aquí; no, ni aunque mentir fuese tan virtuoso como vivir castamente. Conque atrás.

MENENIO. Te lo ruego, amigo, repara en que mi nombre es Menenio, siempre partidario del bando de tu general.

SEGUNDO CENTINELA. Por más que hayáis sido su embustero, como decís haberlo sido, yo soy de los que, diciendo verdad bajo sus órdenes, os han de decir que no podéis pasar. Conque atrás.

MENENIO. ¿Ha comido ya, sabrías decírmelo? Porque no quisiera hablarle hasta después de la comida.

PRIMER CENTINELA. Sois romano, ¿no es cierto?

MENENIO. Lo soy, como lo es tu general.

PRIMER CENTINELA. Entonces deberíais odiar a Roma como él la odia. ¿Podéis, después de haber echado fuera de vuestras puertas al defensor mismo de ellas y de haber entregado, en una violenta ignorancia popular, vuestro escudo al enemigo, pensar en hacer frente a sus venganzas con los fáciles gemidos de unas viejas, con las palmas virginales de vuestras hijas o con la intercesión temblona de un chocho tan decrepito como parecéis ser? ¿Pensáis apagar de un soplo el incendio ya dispuesto en que vuestra ciudad está a punto

de arder, con un aliento tan flaco como ese? No, os engañáis. Conque atrás, a Roma, y preparaos para vuestra ejecución. Estáis condenados. Nuestro general ha jurado que no habrá para vosotros prórroga ni perdón.

MENENIO. Bribón, si tu capitán supiera que estoy aquí, me trataría con estimación.

SEGUNDO CENTINELA. Vamos, mi capitán no os conoce.

MENENIO. Digo tu general.

PRIMER CENTINELA. A mi general no le importáis nada. Atrás, os digo; marchaos, no sea que os saque el medio cuartillo de sangre que os queda. ¡Atrás! Eso es todo lo que vais a sacar. ¡Atrás!

MENENIO. Pero, amigo, amigo...

Entran Coriolano y Aufidio.

CORIOLOANO. ¿Qué ocurre?

MENENIO. Ahora, mequetrefe, voy a decir un recado por ti. Ahora sabrás que se me tiene en estima; percibirás que un Juan de guardia no puede apartarme a fuerza de oficio de mi hijo Coriolano. Adivina no más, por el recibimiento que me haga, si no estás ya en trance de ser ahorcado, o de alguna muerte más larga de contemplar y más cruel de padecer; mira ahora mismo, y desmáyate por lo que se te viene encima. [*A Coriolano.*] ¡Que los dioses gloriosos se sienten en sínodo a todas horas en torno a tu propia prosperidad y no te amen menos de lo que te ama tu viejo padre Menenio! ¡Oh, hijo mío, hijo mío! Nos estás preparando fuego; mira, aquí tienes el agua que ha de apagarlo. A duras penas me dejé mover a venir hasta ti; pero, asegurado de que nadie sino yo podría moverte a ti, he sido arrojado de vuestras puertas a fuerza de suspiros, y te conjuro a que perdones a Roma y a tus compatriotas suplicantes. Que los dioses buenos aplaquen tu cólera y viertan las heces de ella sobre este villano de aquí, este que, como un tocón, me ha negado el acceso a ti.

CORIOLOANO. ¡Fuera!

MENENIO. ¿Cómo? ¿Fuera?

CORIOLANO. Esposa, madre, hijo: no los conozco. Mis asuntos están al servicio de otros. Aunque mi venganza me pertenece en propiedad, mi perdón reside en pechos volscos. Nuestra antigua familiaridad, antes ha de emponzoñarla el ingrato olvido que apuntar la piedad cuánta fue. Conque márchate. Mis oídos contra vuestras súplicas son más fuertes que vuestras puertas contra mi fuerza. Con todo, porque te amé, llévate esto; lo escribí por ti,

[Da un papel a Menenio.]

y pensaba enviártelo. Ni una palabra más, Menenio; no te oiré hablar. —Este hombre, Aufidio, fue mi amado en Roma; y ya ves.

AUFIDIO. Mantenéis un temple constante.

[Salen.]

[Quedan los centinelas y Menenio.]

PRIMER CENTINELA. Y bien, señor, ¿os llamáis Menenio?

SEGUNDO CENTINELA. Es un ensalmo, ya lo veis, de mucho poder. Ya sabéis el camino de vuelta a casa.

PRIMER CENTINELA. ¿Oís cómo se nos reprende por haber detenido a Vuestra Grandeza?

SEGUNDO CENTINELA. ¿Qué motivo os parece que tengo para desmayarme?

MENENIO. Ni me importa el mundo ni vuestro general. De cosas como vosotros apenas puedo pensar que exista ninguna, de tan insignificantes que sois. Quien tiene voluntad de morir por su propia mano no la teme de mano ajena. Que vuestro general haga lo peor que sepa. En cuanto a vosotros, iseguid siendo largo tiempo lo que sois, y crezca vuestra miseria con vuestros años! Os digo lo que a mí se me dijo: ¡fuera!

[Sale.]

PRIMER CENTINELA. Un tipo noble, os lo garantizo.

SEGUNDO CENTINELA. El hombre digno es nuestro general. Él es la roca, el roble que no ha de estremecer el viento.

[*Salen.*]

Acto V

ESCENA III

LA TIENDA DE CORIOLANO

Entran Coriolano y Aufidio.

CORIOLOANO. Mañana asentaremos nuestro ejército ante los muros de Roma. Compañero mío en esta empresa, habréis de informar a los señores volscos de cuán limpiamente he llevado este asunto.

AUFIDIO. Solo sus fines habéis atendido; habéis cerrado los oídos a la súplica general de Roma; jamás habéis admitido un susurro en privado, no, ni siquiera con aquellos amigos que se tenían por seguros de vos.

CORIOLOANO. Este último anciano, a quien con el corazón quebrado he devuelto a Roma, me amaba por encima de la medida de un padre; más aún: verdaderamente me hizo su dios. Su último recurso fue enviarle a él, y por su viejo cariño he ofrecido una vez más —aunque me mostré agrio con él— las primeras condiciones, que ellos rechazaron y que ahora no pueden aceptar, solo por honrar a quien creyó que podría más. A muy poco he cedido. A nuevas embajadas y súplicas, ni del Estado ni de amigos particulares, prestaré oído en adelante.

[*Griterío dentro.*]

¿Eh? ¿Qué griterío es este? ¿Voy a ser tentado a quebrantar mi voto en el mismo instante en que lo hago? No lo haré.

Entran Virgilia, Volumnia, Valeria y el joven Marcio, con acompañantes.

Mi esposa viene delante; luego, el molde honrado en que fue formado este tronco, y de su mano, el nieto de su sangre. ¡Pero fuera, afecto! ¡Rómpanse todo lazo y privilegio de la naturaleza! Sea virtud la obstinación. ¿Cuánto vale esa reverencia? ¿O esos ojos de paloma, capaces de hacer perjuros a los dioses? Me derrito, y no soy de barro más recio que los demás. Mi madre se inclina, como si el Olimpo hubiera de doblarse en súplica ante un montón de tierra de topo; y mi tierno hijo tiene un aire de intercesión ante el cual la gran Naturaleza grita: «¡No lo niegues!». Aren los volscos a Roma y rastrillen Italia: jamás seré tan ansarino que obedezca al instinto, sino que me mantendré como si el hombre fuese autor de sí mismo y no conociera otro parentesco.

VIRGILIA. Mi señor y esposo.

CORIOOLANO. Estos ojos no son los mismos que llevaba en Roma.

VIRGILIA. El dolor que nos presenta así de cambiadas os lo hace pensar.

CORIOOLANO. Como un actor torpe, ahora he olvidado mi papel y me he quedado en blanco, hasta la completa vergüenza. Lo mejor de mi carne, perdona mi tiranía; pero no digas por ello: «Perdona a nuestros romanos».

[*Se besan.*]

¡Oh, un beso largo como mi destierro, dulce como mi venganza! Ahora, por la celosa reina del cielo, ese beso me lo llevé de ti, amor mío, y mi labio fiel lo ha guardado virgen desde entonces. ¡Dioses! Parloteo, y dejo sin saludar a la madre más noble del mundo. ¡Húndete, rodilla mía, en la tierra!

[*Se arrodilla.*]

Muestra de tu hondo deber huella más profunda que la de los hijos comunes.

VOLUMNIA. Oh, levántate bendito,

[*Se levanta.*]

mientras que, sin cojín más blando que el pedernal, me arrodillo ante ti y muestro impropriamente un deber que hasta ahora ha andado equivocado entre el hijo y la madre.

[*Ella se arrodilla.*]

CORIOLOANO. ¿Qué es esto? ¿Vuestras rodillas ante mí? ¿Ante vuestro hijo corregido?

[*La levanta.*]

¡Entonces, que los guijarros de la playa hambrienta den un capirotazo a las estrellas! ¡Que los vientos amotinados azoten los cedros soberbios contra el sol de fuego, asesinando lo imposible para hacer de lo que no puede ser obra liviana!

VOLUMNIA. Tú eres mi guerrero; yo ayudé a formarte. ¿Conocéis a esta dama?

CORIOLOANO. ¡La noble hermana de Publícola, la luna de Roma, casta como el carámbano que la escarcha cuaja de la nieve más pura y que pende del templo de Diana! —Querida Valeria.

VOLUMNIA. Este es un pobre compendio vuestro, que, por la interpretación del tiempo cumplido, podrá mostrarse enteramente igual a vos.

CORIOLOANO. ¡Que el dios de los soldados, con el consentimiento del supremo Júpiter, informe de nobleza tus pensamientos, para que resultes invulnerable a la vergüenza y te alces en las guerras como una gran baliza marina que resiste toda ráfaga y salva a cuantos la miran!

VOLUMNIA. [*Al joven Marcio.*] Vuestra rodilla, rapaz.

[*Se arrodilla.*]

CORIOLOANO. ¡Ese es mi valiente muchacho!

VOLUMNIA. Él mismo, vuestra esposa, esta dama y yo somos suplicantes ante vos.

[*El joven Marcio se levanta.*]

CORIOLOANO. Os lo suplico, callad; o, si queréis pedir, recordad antes esto: lo que he jurado no conceder jamás debéis tenerlo por negativa mía. No me mandéis licenciar a mis soldados ni capitular otra vez con los menestrales de Roma. No me digáis en qué parezco desnaturalizado; no pretendáis calmar mis furias y mis venganzas con vuestras razones más frías.

VOLUMNIA. ¡Oh, basta, basta! Habéis dicho que no nos concederéis nada, pues nada tenemos que pedir sino aquello que ya nos negáis. Con todo, pediremos, para que, si faltáis a nuestra demanda, la culpa quede colgada de vuestra dureza. Escuchadnos, pues.

CORIOLOANO. Aufidio, y vosotros, volscos, atended, pues nada oiremos de Roma en privado. ¿Cuál es vuestra demanda?

VOLUMNIA. Aunque calláramos y no dijésemos palabra, nuestro atavío y el estado de nuestros cuerpos delatarían qué vida hemos llevado desde tu destierro. Considera contigo mismo cuánto más desdichadas que todas las mujeres vivas hemos venido hasta aquí, pues tu vista, que debiera hacer que nuestros ojos se desbordaran de gozo y que nuestros corazones danzaran de consuelo, los fuerza a llorar y a temblar de miedo y de pena, haciendo que la madre, la esposa y el hijo vean al hijo, al esposo y al padre arrancando las entrañas de su patria. Y para nosotras, pobres de nosotras, es tu enemistad la más capital de todas: nos vedas nuestras plegarias a los dioses, que son un consuelo del que todos gozan menos nosotras. Porque ¿cómo podemos —ay, cómo podemos— rogar por nuestra patria, a lo cual estamos obligadas, y a la vez por tu victoria, a lo cual también estamos obligadas? ¡Ay!, o hemos de perder la patria, nuestra querida nodriza, o tu persona, nuestro consuelo

dentro de la patria. Hemos de hallar una calamidad manifiesta aunque se cumpliera nuestro deseo sobre qué bando ha de vencer, pues o bien tú, como renegado extranjero, has de ser llevado con grillos por nuestras calles, o bien pisarás triunfante la ruina de tu patria y te llevarás la palma por haber derramado bravamente la sangre de tu esposa y de tus hijos. Por lo que a mí toca, hijo, no me propongo aguardar a la fortuna hasta que estas guerras se decidan. Si no puedo persuadirte a mostrar una noble gracia a ambas partes antes que a buscar el fin de una de ellas, no marcharás a asaltar tu patria sin pisar antes —tenlo por cierto, no lo harás— el vientre de tu madre que te trajo a este mundo.

VIRGILIA. Sí, y el mío, que os dio a luz este niño para mantener vuestro nombre vivo en el tiempo.

JOVEN MARCIO. A mí no me pisará. Echaré a correr hasta ser más grande, y entonces pelearé.

CORIOLANO. Para no ser de una ternura de mujer no conviene mirar rostro de niño ni de mujer. —Demasiado tiempo he estado sentado.

[*Se levanta.*]

VOLUMNIA. No, no os apartéis así de nosotras. Si fuera de tal suerte que nuestra demanda tendiese a salvar a los romanos y a destruir con ello a los volscos a quienes servís, podríais condenarnos como emponzoñadoras de vuestro honor. No: nuestra súplica es que los reconciliéis, de modo que los volscos puedan decir «esta clemencia hemos mostrado» y los romanos «esto hemos recibido», y que cada uno de ambos bandos te dé el parabién y clame: «¡Bendito seas por haber ajustado esta paz!». Bien sabes, gran hijo, que el fin de la guerra es incierto; pero esto es cierto: que, si conquistas Roma, el provecho que de ello sacarás será un nombre cuya repetición irá acosada de maldiciones, cuya crónica se escribirá así: «Fue noble este hombre, pero con su última empresa lo borró todo; destruyó su patria, y su nombre queda aborrecido para la edad venidera». Háblame, hijo. Has aspirado a los delicados acordes del

honor, a imitar las gracias de los dioses, a desgarrar con el trueno las anchas mejillas del aire y, sin embargo, a cargar tu azufre con un rayo que no rompa sino un roble. ¿Por qué no hablas? ¿Te parece honroso que un hombre noble recuerde siempre los agravios? —Hija, hablad vos. No le importa vuestro llanto. —Habla tú, muchacho. Quizá tu niñez le mueva más de lo que pueden nuestras razones. —No hay hombre en el mundo más obligado a su madre, y sin embargo aquí me deja parlotear como a quien está en el cepo. Jamás en tu vida has mostrado a tu querida madre cortesía alguna, cuando ella, pobre gallina que no quiso segunda nidada, te ha cloqueado hacia las guerras y de vuelta a casa a salvo, cargado de honores. Di que mi petición es injusta y recházame a puntapiés; pero, si no lo es, no eres honrado, y los dioses te castigarán por negarme el deber que a la parte de una madre corresponde. —Se aparta. —¡De rodillas, señoras! Avergoncémosle con nuestras rodillas. A su sobrenombre de Coriolano le pertenece más orgullo que piedad a nuestras plegarias. ¡De rodillas! Y se acabó.

[*Se arrodillan.*]

Esta es la última. Así pues, nos volveremos a Roma y moriremos entre nuestros vecinos. —No; míranos. Este niño, que no sabe decir qué es lo que quiere, pero que se arrodilla y alza las manos por hacer compañía, razona nuestra petición con más fuerza de la que tú tienes para negarla. —Vamos, marchémonos.

[*Se levantan.*]

Este hombre tuvo por madre a una volsca, su esposa está en Corioles y su hijo se le parece por casualidad. —Con todo, despáchanos. Callo hasta que nuestra ciudad esté ardiendo, y entonces hablaré un poco.

[*La toma de la mano, en silencio.*]

CORIOLANO. ¡Oh, madre, madre! ¿Qué habéis hecho? Mirad: se abren los cielos, los dioses bajan la vista y se ríen de esta escena desnaturalizada. ¡Oh, madre mía, madre, oh! Habéis ganado para Roma una victoria feliz; pero, para vuestro hijo —creedlo, oh,

creedlo—, peligrosísimamente habéis prevalecido sobre él, si no mortalmente. Mas venga lo que haya de venir. —Aufidio, ya que no puedo hacer guerras verdaderas, ajustaré una paz conveniente. Ahora bien, buen Aufidio: si vos estuvierais en mi lugar, ¿habríais escuchado menos a una madre? ¿O concedido menos, Aufidio?

AUFIDIO. También yo me conmoví con ello.

CORIOLANO. Juraría que sí. Y, señor, no es poca cosa hacer que mis ojos suden compasión. Pero, buen señor, aconsejadme qué paz haréis. Por mi parte, no iré a Roma: volveré con vos; y os ruego que me sostengáis en esta causa. —¡Oh, madre! ¡Esposa!

[Habla aparte con ellas.]

AUFIDIO. *[Aparte.]* Me alegra que hayas puesto en discordia dentro de ti tu clemencia y tu honor. De ahí me labraré la fortuna de antes.

CORIOLANO. *[A las mujeres.]* Sí, en seguida; pero beberemos juntos, y os llevaréis de vuelta un testimonio mejor que las palabras, el cual, en iguales condiciones, haremos refrendar. Venid, entrad con nosotros. Señoras, merecéis que se os levante un templo. Todas las espadas de Italia, y sus armas confederadas, no habrían podido hacer esta paz.

[Salen.]

Acto V

ESCENA IV

ROMA. UN LUGAR PÚBLICO

Entran Menenio y Sicinio.

MENENIO. ¿Veis aquel ángulo del Capitolio, aquella piedra angular?

SICINIO. ¿Y bien, qué hay con eso?

MENENIO. Si os es posible desplazarla con vuestro dedo meñique, hay alguna esperanza de que las damas de Roma, y en especial su madre, prevalezcan sobre él. Pero yo digo que no hay esperanza alguna. Nuestras gargantas están sentenciadas y solo aguardan la ejecución.

SICINIO. ¿Es posible que tan poco tiempo altere la condición de un hombre?

MENENIO. Hay diferencia entre una oruga y una mariposa, y sin embargo vuestra mariposa fue oruga. Este Marcio ha pasado de hombre a dragón. Tiene alas; es más que un bicho que se arrastra.

SICINIO. Amaba tiernamente a su madre.

MENENIO. También me amaba a mí; y ahora no se acuerda de su madre más que un caballo de ocho años. La acritud de su rostro agría las uvas maduras. Cuando anda, se mueve como una máquina de guerra, y el suelo se encoge bajo su pisada. Es capaz de atravesar una coraza con la mirada; habla como un doble de campanas, y su gruñido es una batería. Se sienta en su trono como una cosa hecha para Alejandro. Lo que manda hacer queda hecho con mandarlo. Nada le falta de un dios sino la eternidad y un cielo donde entronizarse.

SICINIO. Sí: la clemencia, si lo retratáis con verdad.

MENENIO. Lo pinto tal cual es. Fijaos en qué clemencia le sacará su madre. No hay en él más clemencia que leche en un tigre macho. Eso lo descubrirá nuestra pobre ciudad, y todo esto se debe a vosotros.

SICINIO. Que los dioses nos sean propicios.

MENENIO. No; en tal caso los dioses no nos serán propicios. Cuando le desterramos, no los respetamos a ellos; y ahora que él vuelve a rompernos el cuello, ellos no nos respetan a nosotros.

Entra un mensajero.

MENSAJERO. Señor, si queréis salvar la vida, huid a vuestra casa. Los plebeyos se han apoderado de vuestro colega el tribuno y lo arrastran de acá para allá, jurando todos que, si las damas romanas no traen consuelo, le darán muerte pulgada a pulgada.

Entra otro mensajero.

SICINIO. ¿Qué nuevas hay?

SEGUNDO MENSAJERO. ¡Buenas nuevas, buenas nuevas! Las damas han prevalecido. Los volscos han levantado el campo y Marcio se ha ido. Jamás saludó a Roma día más alegre; no, ni el de la expulsión de los Tarquinos.

SICINIO. Amigo, ¿estás seguro de que esto es cierto? ¿Es certísimo?

SEGUNDO MENSAJERO. Tan cierto como sé que el sol es fuego. ¿Dónde os habéis escondido para dudarlo? Jamás se precipitó bajo un arco la marea hinchada como la gente reconfortada por las puertas. ¡Vamos, escuchad!

[Trompetas, oboes y tambores, todo a la vez.]

Las trompetas, los sacabuches, los salterios y los pífanos, los tamboriles y los címbalos, y los romanos que gritan, hacen danzar al sol. ¡Escuchad!

[Griterío dentro.]

MENENIO. Estas son buenas nuevas. Voy a salir al encuentro de las damas. Esta Volumnia vale una ciudad entera de cónsules, senadores y patricios; de tribunos como vos, un mar y una tierra llenos. Bien habéis rezado hoy. Esta mañana no habría dado un cuarto por diez mil gargantas como la vuestra. ¡Escuchad cómo se alegran!

[Sigue la música con el griterío.]

SICINIO. Primero, que los dioses os bendigan por vuestras noticias; después, aceptad mi gratitud.

SEGUNDO MENSAJERO. Señor, todos tenemos gran motivo para dar grandes gracias.

SICINIO. ¿Están cerca de la ciudad?

MENSAJERO. Casi a punto de entrar.

SICINIO. Iremos a su encuentro y aumentaremos la alegría.

[Salen.]

Acto V

ESCENA V

ROMA. UNA CALLE CERCA DE LA PUERTA

Entran dos senadores, con las damas (Volumnia, Virgilia, Valeria), que cruzan la escena, y otros nobles.

SENADOR. ¡Contemplad a nuestra patrona, la vida de Roma! Convocad a todas vuestras tribus, alabad a los dioses y encended hogueras triunfales. Esparcid flores a su paso, desgritad el clamor que desterró a Marcio, revocad su destierro con la bienvenida de su madre. Gritad: «¡Bienvenidas, señoras, bienvenidas!».

TODOS. ¡Bienvenidas, señoras, bienvenidas!

[Fanfarria con tambores y trompetas.]

[Salen.]

Acto V

ESCENA VI

ANCIO. UN LUGAR PÚBLICO

Entra Tulo Aufidio con acompañantes.

AUFIDIO. Id a decir a los señores de la ciudad que estoy aquí. Entregadles este papel.

[Les da un papel.]

Cuando lo hayan leído, decidles que acudan a la plaza, donde yo, a oídos de ellos mismos y del común, atestiguaré su verdad. Aquel a quien acuso ha entrado ya a estas horas por las puertas de la ciudad y se propone comparecer ante el pueblo, esperando purgarse con palabras. Daos prisa.

[Salen los acompañantes.]

Entran tres o cuatro conspiradores del bando de Aufidio.

¡Muy bienvenidos!

PRIMER CONSPIRADOR. ¿Cómo se halla nuestro general?

AUFIDIO. Ni más ni menos que un hombre envenenado por su propia limosna y muerto por su propia caridad.

SEGUNDO CONSPIRADOR. Nobilísimo señor, si mantenéis el mismo propósito en que nos quisisteis partícipes, os libraremos de vuestro gran peligro.

AUFIDIO. Señor, no sabría decirlo. Hemos de proceder según hallemos al pueblo.

TERCER CONSPIRADOR. El pueblo permanecerá indeciso mientras haya discordia entre vosotros; pero la caída de cualquiera de los dos hace al superviviente heredero de todo.

AUFIDIO. Lo sé, y mi pretexto para herirle admite buena interpretación. Yo le levanté, y empecé mi honor por su lealtad; y él, viéndose así encumbrado, regó sus nuevas plantas con rocío de lisonja, seduciendo así a mis amigos; y con este fin dobló su natural, nunca conocido antes sino por áspero, indomable y libre.

TERCER CONSPIRADOR. Señor, esa entereza suya cuando se presentó para cónsul, que perdió por no saber doblegarse...

AUFIDIO. De eso mismo quería hablar. Desterrado por ello, vino a mi hogar, presentó a mi cuchillo su garganta. Yo le acogí, le hice compañero mío en el mando, le di paso en todos sus deseos; más aún: le dejé escoger de mis filas, para llevar a cabo sus proyectos, a mis hombres mejores y más frescos; serví sus designios en mi propia persona; le ayudé a segar la fama que él acabó haciendo toda suya; y aun me enorgullecí de hacerme a mí mismo este agravio; hasta que al fin parecí su secuaz, no su socio, y él me pagaba con su buena cara como si yo hubiera sido un mercenario.

PRIMER CONSPIRADOR. Así lo hizo, señor. El ejército se maravillaba de ello; y, al final, cuando ya había tomado Roma y esperábamos no menos botín que gloria...

AUFIDIO. Ahí está aquello por lo cual he de tensar mis nervios contra él. Por unas cuantas gotas de llanto de mujeres, tan baratas como las mentiras, vendió la sangre y el trabajo de nuestra gran empresa. Por eso morirá, y yo me renovaré en su caída. Mas ¡escuchad!

[Suenan tambores y trompetas, con grandes gritos del pueblo.]

PRIMER CONSPIRADOR. En vuestra ciudad natal entrasteis como un correo y no tuvisteis bienvenida alguna; en cambio él regresa hendiendo el aire con estruendo.

SEGUNDO CONSPIRADOR. Y unos necios pacientes, cuyos hijos ha matado, se desgarran sus viles gargantas dándole gloria.

TERCER CONSPIRADOR. Por eso, aprovechando vuestra ventaja, antes de que se explique o mueva al pueblo con lo que quiera decir, hacedle sentir vuestra espada, que nosotros secundaremos. Cuando yazga en tierra, contada su historia a vuestro modo, ella enterrará sus razones con su cuerpo.

AUFIDIO. No digáis más. Aquí llegan los señores.

Entran los señores de la ciudad.

TODOS LOS SEÑORES. Sed muy bienvenido a casa.

AUFIDIO. No lo he merecido. Pero, dignos señores, ¿habéis leído con atención lo que os he escrito?

TODOS LOS SEÑORES. Lo hemos leído.

PRIMER SEÑOR. Y nos duele saberlo. Las faltas que cometió antes de la última creo que habrían hallado multas leves; pero acabar allí donde debía empezar, y regalar el fruto de nuestras levas, pagándonos con nuestro propio gasto, y hacer un tratado donde había una rendición: esto no admite excusa.

Entra Coriolano marchando con tambor y banderas, acompañado del común.

AUFIDIO. Se acerca. Vais a oírle.

CORIOLANO. ¡Salud, señores! He vuelto como soldado vuestro, no más contagiado del amor a mi patria que cuando partí de aquí, sino subsistiendo aún bajo vuestro alto mando. Habéis de saber que he acometido con próspera fortuna y que, por sangrienta senda, he llevado vuestras guerras hasta las mismas puertas de Roma. El botín que hemos traído a casa contrapesa con creces la tercera parte

entera de los gastos de la empresa. Hemos hecho una paz con no menos honra para los ancianos que vergüenza para los romanos, y aquí entregamos, suscrito por los cónsules y los patricios, junto con el sello del Senado, aquello en que hemos convenido.

[Ofrece un papel a los señores.]

AUFIDIO. No lo leáis, nobles señores; decid más bien al traidor en el grado más alto que ha abusado de vuestros poderes.

CORIOLANO. ¿«Traidor»? ¿Qué es esto?

AUFIDIO. Sí, traidor, Marcio.

CORIOLANO. ¿Marcio?

AUFIDIO. Sí, Marcio, Cayo Marcio. ¿Crees que voy a honrarte con ese robo, tu nombre hurtado de Coriolano, en Corioles? Vosotros, señores y cabezas del Estado: pérfidamente ha traicionado vuestros asuntos y ha entregado, por unas cuantas gotas de sal, vuestra ciudad de Roma —digo vuestra ciudad— a su mujer y a su madre, quebrando su juramento y su resolución como una hebra de seda podrida, sin admitir jamás consejo de guerra, sino que, ante las lágrimas de su nodriza, gimoteó y berreó hasta echar a perder vuestra victoria, de suerte que los pajes se ruborizaban ante él y los hombres de corazón se miraban unos a otros con asombro.

CORIOLANO. ¿Oyes esto, Marte?

AUFIDIO. No nombres al dios, muchacho de lágrimas.

CORIOLANO. ¿Eh?

AUFIDIO. Nada más.

CORIOLANO. ¡Embustero sin medida! Has hecho mi corazón demasiado grande para lo que lo contiene. ¿«Muchacho»? ¡Oh, esclavo! —Perdonadme, señores; es la primera vez en mi vida que me veo forzado a reñir a voces. Vuestros juicios, graves señores, han de desmentir a este perro; y su propia conciencia —la de él, que lleva impresos encima mis latigazos y que ha de llevar mis golpes hasta la tumba— se unirá para arrojarle a la cara el mentís.

PRIMER SEÑOR. ¡Paz, los dos, y oídme hablar!

CORIOLANO. Cortadme en pedazos, volscos. Hombres y muchachos, manchad en mí todos vuestros filos. ¿«Muchacho»? ¡Perro falso! Si habéis escrito con verdad vuestros anales, allí está: que, como un águila en un palomar, hice aletear a vuestros volscos en Corioles. Yo solo lo hice. ¡«Muchacho»!

AUFIDIO. Pues qué, nobles señores, ¿vais a consentir que este fanfarrón impío os recuerde su ciega fortuna, que fue vuestra vergüenza, ante vuestros propios ojos y oídos?

TODOS LOS CONSPIRADORES. ¡Que muera por ello!

TODO EL PUEBLO. ¡Despedazadle! ¡Hacedlo ahora mismo! ¡Mató a mi hijo! ¡A mi hija! ¡Mató a mi primo Marco! ¡Mató a mi padre!

SEGUNDO SEÑOR. ¡Paz, ea! ¡Nada de violencias! ¡Paz! El hombre es noble, y su fama abarca este orbe de la Tierra. Sus últimas ofensas contra nosotros tendrán juiciosa audiencia. Deteneos, Aufidio, y no turbéis la paz.

CORIOLANO. ¡Oh, si le tuviera delante, con seis Aufidios, o más, con toda su tribu, para emplear mi espada legítima!

AUFIDIO. ¡Insolente villano!

TODOS LOS CONSPIRADORES. ¡Matad, matad, matad, matad, matadle!

[Desenvainan los conspiradores y matan a Marcio, que cae. Aufidio se le pone encima.]

SEÑORES. ¡Deteneos, deteneos, deteneos, deteneos!

AUFIDIO. Mis nobles dueños, oídme hablar.

PRIMER SEÑOR. ¡Oh, Tulo!

SEGUNDO SEÑOR. Has hecho una acción por la cual llorará el valor.

TERCER SEÑOR. No le piséis. —Señores, sosegaos todos. —Envainad vuestras espadas.

AUFIDIO. Señores míos, cuando sepáis —como en este arrebató, provocado por él, no podéis— el gran peligro que la vida de este hombre os debía, os alegraréis de que haya sido segado así. Si place a Vuestras Señorías llamarme ante vuestro senado, me mostraré leal servidor vuestro o soportaré vuestra más dura censura.

PRIMER SEÑOR. Llevaos de aquí su cuerpo y guardadle luto. Sea tenido por el cadáver más noble que jamás siguió heraldo alguno hasta su urna.

SEGUNDO SEÑOR. Su propia impaciencia quita a Aufidio gran parte de la culpa. Saquemos de ello el mejor partido.

AUFIDIO. Mi furia se ha ido, y me hiere el dolor. —Levantadle. Ayudad, tres de los mejores soldados; yo seré uno de ellos. —Bate tú el tambor, de modo que hable lúgubrementé. —Arrastrad vuestras picas de acero. Aunque en esta ciudad ha dejado viudas y sin hijos a muchos, que hasta esta hora lloran el agravio, tendrá, con todo, noble memoria. Ayudad.

[Salen llevando el cuerpo de Marcio. Suena una marcha fúnebre.]

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB